

MIL MANERAS
DE HACER SONREÍR AL
Highlander



Martina Leiva

MIL MANERAS
DE HACER SONREÍR AL
Highlander

Título: Mil maneras de hacer sonreír al Highlander
Autora: Martina Leiva

Género: Comedia romántica.

1ªEdición: Febrero de 2020

Todos los derechos reservados.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Un viaje, una nueva vida y unas nuevas tierras ¡Aterrizamos en las Highlands!

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Capítulo 1

Después de soñarlo tantas veces ya estaba en Escocia, precisamente en Inverness, en las Tierras Altas.

El taxi me había dejado en la puerta de ese edificio donde había alquilado mi vivienda para comenzar una nueva vida.

Miré la fachada y sonreí, la había visto en las fotos de la página *web* de la agencia. Me pareció realmente preciosa. Se trataba de un edificio de nueva construcción en medio de una calle muy concurrida. Bueno, a decir verdad, se notaba que era un edificio antiguo totalmente remodelado que habían destinado a apartamentos para alquiler.

Veinticinco años, sin familia, con algunos ahorros en el banco procedentes de la más desgraciada de las vías: la herencia de mis padres y dispuesta a vivir en ese lugar que ardía en deseos de visitar. Por fin, un día se me encendió una bombillita y decidí comenzar allí una nueva vida, lejos de todo, dejando atrás una historia dolorosa y una serie de recuerdos, muchos de ellos no demasiado buenos.

Había estudiado Filología Inglesa y además hablaba varios idiomas más. Me había ido muy bien en los estudios, esos que mi padre con tanto gusto me pagó antes de fallecer y que luché con uñas y dientes por acabar, a pesar de estar por los suelos a nivel anímico.

Tenía lo suficiente para mantenerme unos años antes de agotar el dinero que percibí de la venta de la casa de mis padres, pero quería intentar vivir de mi sueldo. Por tal razón, estaba dispuesta a trabajar duro para conseguir un empleo e ir labrándome un futuro en Inverness. Mi deseo era comenzar desde cero y el primer paso ya lo había dado.

Entré en el apartamento y olía a pintura. Era nuevo, su propietario lo había adquirido para alquilarlo. Iba a estrenarlo yo y eso me daba muy buena onda.

Un pasillo dividía el piso, a la izquierda, nada más entrar, la puerta de la cocina; más adelante, la puerta del cuarto de baño; al fondo, el salón con un pequeño balcón que daba a la calle; al otro lado del pasillo, mi dormitorio, amplio y con cama grande, además de una puerta que daba a un

pequeño vestidor.

Todo bien amueblado, moderno, nuevo y muy limpio ¿Qué más podía pedir?

Comencé a sacar mis objetos personales y a colocarlos en el mueble aparador del dormitorio. Después llevé los del cuarto de baño para ponerlos allí a mano. Por último, saqué la ropa y listo, las tres maletas vacías, esas que contenían lo poco que poseía de toda una vida.

Me senté un rato en el borde de la cama mirando a todos los rincones de la habitación, ¡qué difícil era volver a empezar!

Consulté el móvil y caí en que ya era mediodía y, por tanto, tocaba ir a algún supermercado para hacer una compra inicial, de las que suelen ocupar dos carritos.

El día sugería tristeza y, aunque corría el mes de mayo, más bien parecía que fuera otoño. Ahora bien, yo ya era conocedora del clima de esos lares y era lo que cabía esperar, de modo que con la sudadera y el bolso cruzado en mi pecho salí a hacer la compra.

Observé cómo las personas andaban relajadamente y se paraban a charlar unos con otros. Aquella debía ser la vida de las gentes de un lugar de cincuenta mil habitantes, por lo que muchos se conocían. También había muchos turistas, haciéndose *selfies*, paseando, descubriendo... ¿Quién no había soñado con conocer un lugar tan emblemático?

En ese momento, mientras iba llenando el carrito de la compra, me acordé de mi amiga Nuria, aquella preciosa chica con la que había crecido y que la vida se llevó dos años atrás a causa de una enfermedad dura e imprevista.

Su muerte fue otra de las razones por las que entendí que, tras la pérdida de todos mis seres queridos, lo mejor era alejarme de mi ciudad natal para comenzar algo nuevo, en un lugar diferente.

En Nuria, más que una amiga, yo había encontrado a una hermana. Mi madre, que en paz descansa, siempre decía que nunca olvidaría lo mucho que le reconfortó que mi primer día de cole, cuando yo estaba hecha un mar de lágrimas en la puerta, llegara Nuria, con la decisión que siempre la caracterizó y me cogiera de la mano.

Pienso que aquella mañana de septiembre comenzó a forjarse una preciosa amistad que no hizo

sino acrecentarse a lo largo del resto de nuestras vidas, hasta que una enfermedad se la llevó por delante, dejando mis días grises. Fue el segundo revés que sufrí, pues un terrible accidente de tráfico se había llevado por delante un tiempo antes a mi adorada madre.

De esa forma, y en un corto espacio de tiempo, vi partir de mi lado a las dos mujeres a las que más había querido y cuya pérdida me pesaba como una losa. No había día que no las recordara y es que los momentos vividos junto a ellas fueron un verdadero tesoro.

Volviendo a mi amiga en concreto, su muerte me había dejado “tocada y hundida” y eso que en el momento de su fallecimiento yo no tenía ni idea de que poco después enterraríamos también a mi padre, en la flor de la vida.

Con Nuria cursé hasta el Bachillerato y puedo decir sin temor a equivocarme que nos convertimos en verdaderas almas gemelas. Todo lo que hacía la una lo hacía la otra y nuestra infancia y adolescencia estuvo plagada de preciosos momentos en los que disfrutamos al máximo juntas.

Desde peques nos matriculamos en clases de inglés y años más tarde yo compartía su afición por el deporte, inscribiéndome en todo lo que se le ocurriera y ella la mía por el baile, por lo que recibimos clases de distintos estilos modernos.

Los fines de semana siempre tensábamos a dúo la cuerda para volver más tarde de lo que nuestros padres querían y raro era el viernes o el sábado que no acabara una en casa de la otra para dormir.

Juntas fuimos creciendo y abriéndonos a la vida, conocimos a los primeros chicos, hicimos viajes con el instituto, forjamos nuestro carácter y decidimos estudiar la misma carrera. La etapa de la universidad fue fascinante y allí hicimos mucha vida social, pero siempre eran nuevas amistades que sumar al pack que ya de por sí formábamos.

Creo estar en posesión de la verdad si afirmo que de Nuria jamás recibí un feo ni una palabra más alta que otra. Cuando teníamos algo que discutir lo hacíamos desde la tranquilidad y el cariño.

El día que me confesó, entre sollozos, que le habían detectado el mal que terminaría por llevársela al otro barrio, fue sin duda uno de los más amargos de mi vida.

Una vez se marchó recuerdo que chillé y que le pedí al universo que no me golpeara más, que no me arrebatará a mi amiga, que ella estaba llena de vida y que era una persona que merecía vivir.

Huelga decir que el universo debía estar sordo.

Cuando falleció ambas acabábamos de licenciarnos en la carrera, habíamos cumplido nuestro sueño y nada me hubiera gustado más que viajar a aquellas tierras con ella, quien también compartía mi amor por ese rincón escocés tan especial.

Estaba muy sensible ese día. Nadie dijo que fuera fácil alejarte de donde lo tuviste todo y también lo perdiste. Ya no me quedaba nada. No se me ocurría un lugar al que dirigirme, ni nadie que me esperara ¿Podía ser más triste? Pues sí, pero al menos tenía salud, algo de dinero para comenzar y una sonrisa permanente, a pesar de todos los palos que me había dado la vida.

Regresé a la que ya consideraba mi casa y me puse a colocar la compra, gracias a lo cual vi ante mis ojos una nevera decente y unos muebles llenos de alimentos de los que no deben de faltar en la cocina, como bollería, leche, cacao en polvo y otros que no perdonaba, pues me cuidaba mucho.

Me dispuse a cocinar un revuelto de champiñones. No tenía muchas ganas de partirme la cabeza y estaba cansada. Había volado temprano y a mí los viajes me resultaban muy cansados.

Mi cabeza era un hervidero de sentimientos contradictorios: miedo, ilusión, felicidad, tristeza... Todos a la vez, priorizándose según el momento. No podía negar que ello me agotaba psicológicamente.

Miré por el balcón y vi cómo comenzaba a llover, no hacía mucho frío, pero el ambiente estaba de lo más gris. Lo tomaría como un cumplido de la lluvia, que quiso darme la bienvenida.

Me eché sobre uno de los dos sofás blancos con una pequeña manta que tenía de viaje y un café. Siempre solía tomarlo después de comer, era en el único momento en el que lo hacía, ya que mi vicio era desayunar con Nesquik, mi marca de cacao en polvo favorita.

El apartamento me gustaba, pero aún no lo hacía mío. De momento, me sentía una extraña en aquel lugar, me costaba ser yo. Tenía la sensación de que cualquier movimiento por mi parte pudiera molestar o alguien me estuviera vigilando. Necesitaba adaptarme cuando antes, ya que esa sensación me resultaba inquietante.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas y rompí a llorar como hacía mucho que no

me ocurría. Echaba tanto de menos a mis padres y a mi amiga, me hacían tanta falta que me desgarraba el alma ¡Qué injusta había sido la vida conmigo!

La tarde fue de bajón total, de sentimientos encontrados y de hallarme en la más absoluta soledad que pudiera sentir una persona.

A la mañana siguiente decidí salir a investigar un poco la ciudad. Mi intención no era otra que ver cómo enfocar el tema de la búsqueda de empleo. No iba a ser exquisita, me daba igual el que fuera, aunque prisas no tenía. Lo primero que necesitaba era encontrar mi lugar, adaptarme y establecer una rutina.

Entré en una tienda de golosinas y fui introduciendo todas las que me llamaban la atención en el plástico. A esas alturas yo ya sabía que el azúcar era mi vicio. Por suerte había heredado el físico de mi madre y no engordaba ni así me zampara todas las bandejas de una pastelería de golpe.

La chica me miraba sonriente y cuando le di la bolsa para que la pesara y me cobrara me preguntó amablemente.

— ¿De turismo?

— ¡No! — reí con gesto apretado — Acabo de llegar a la ciudad, me quedo por ahora una temporada o toda la vida... ya veremos, de momento estoy instalándome.

— Me llamo Evelin, un placer — me dio la mano, sonriente.

— Soy Irina, un placer.

— Pues cuando necesites a alguien en la ciudad puedes venir a buscarme, para cualquier cosa en la que te pueda ayudar estoy disponible.

— Gracias. Eres muy amable.

— Soy de las que piensa que hoy por ti y mañana por mí.

— Tienes razón, buena filosofía de vida.

Evelin debía ser algo más pequeña que yo, una preciosa rubia de ojos verdes con una piel blanca y perfecta. Saltaba a la vista que era poseedora de un brillo especial, quedamos en que nos veríamos otro día, ya la había puesto al tanto de mi vicio por el azúcar.

Los primeros días los dediqué a conocer la ciudad. Volví a la tienda de chuches varias veces. Entre Evelin y yo estaba naciendo una bonita complicidad y hasta habíamos quedado un par de veces para tomar un café. Ya sabía que tenía veintitrés años, dos menos que yo.

Ella era hija única, vivía con sus padres. Los dos poseían su propia farmacia, en la que Evelin jamás pensó en trabajar, así que a ella le montaron una coqueta, cuidada y bonita tienda de caramelos, que era toda una preciosidad. Le iba genial.

A ambos me los presentó el día anterior y me dijeron que estaba invitada a almorzar en su casa cuando quisiera. Percibí que eran unas personas muy bondadosas.

Pronto constaté que Evelin se estaba convirtiendo en un gran apoyo para mí, hasta el punto de que a ratos lograba llenar un poquito ese vacío que yo sentía, llamado soledad.

Dediqué aquellos primeros días a repartir currículums y a hablar con un montón de gente de la ciudad. Ya iba familiarizándome con muchos de los comerciantes y empleados de los lugares que frecuentaba.

Capítulo 2

¿Qué me pasó dos semanas después?

Aquella mañana me desperté pensando en mi vaso de Nesquik, mi gran vicio desde que tenía uso de razón.

Algo me decía que iba a tener un día de lo más inusual y yo para eso era muy intuitiva.

Miré el móvil y tenía un mensaje de una empresa de la localidad en la que me inscribí y en la que me hicieron una entrevista. Su misión era mediadora, tratando de encontrar un trabajo adaptado para cada persona. Eso sí, ya me habían avisado de que no esperara inicialmente un puesto a la altura de mi preparación, dada mi total carencia de experiencia laboral.

Me decían que me pasara por allí lo antes posible para ofrecerme un puesto de trabajo que requería incorporación inmediata.

No sabía si reír, llorar o tocar las palmas. Me bebí el Nesquik casi de un trago y me preparé para ir a la oficina intermediaria de empleo.

Por el camino parecía un pato mareado de lo rápido que andaba, además de lo nerviosa que estaba, ¡ni que fuera a una entrevista para una película de la gran pantalla!

Entré emocionada y rápidamente me hicieron pasar al despacho de la empleada que llevaba mi expediente.

Saludé a Beth y me hizo tomar asiento.

- Hemos querido estudiar la posibilidad de que pudieras encajar en un puesto que quizás no esperas, pero que puedes aprovechar hasta que te llegue una mejor oportunidad.
- Estoy abierta a cualquier posibilidad, todo es escuchar propuestas.
- Me gusta tu actitud — sonrió — Verás, yo te voy a hablar muy claro, este es un trabajo

para toda la vida, pero nadie dura ni un mes, así que siempre va quedando la vacante. En cualquier caso, todo es probar, el tiempo lo decidirás tú.

— Me estás asustando — bromeé, riendo.

— Ya, no es para menos — hizo un gesto de terror devolviéndome la broma — Se trata de trabajar en una casa, como empleada de hogar. Tu labor sería mantenerla recogida, dejar lista la comida antes de irte y aguantar al que será tu jefe, que es el problema y la razón de que nadie permanezca allí.

— ¿Es violento? — pregunté preocupada, aunque si lo era iba a pensarlo su madre.

— ¡No! — volvió a reír — Es su carácter, no falta el respeto a sus empleados ni mucho menos, pero es muy serio, cabezón, controlador y pesado cuando quiere. La gente lo comienza a detectar y termina abandonando el trabajo.

— No entiendo, si él es serio, tiene mal carácter y es tonto, con no hacerle caso y dedicarse a trabajar, creo que no debería haber mayor problema.

— Aguantar a una persona así puntualmente puede ser fácil, pero hacerlo día tras día ya es cuestión distinta. A todas las empleadas que han pasado por la casa se les ha hecho demasiado cuesta arriba.

— Me están dando ganas de aceptar el trabajo, dado que me llama la atención aceptar el reto de poder con él, además, lo mismo lo que le falta es alegría ¿Y su mujer?

— Ese es el problema, ella murió hace dos años. De ahí parte su complicada forma de comportarse, además de ser un *highlander* de pura cepa, con todo lo que eso conlleva.

— Es rudo...

— Es todo lo que te puedas imaginar.

— ¿Cuántas horas y días tendría que trabajar?

— El horario sería de lunes a viernes de ocho de la mañana a dos de la tarde. El cobro es

semanal, de manera que te abonaría el dinero en tu cuenta todos los viernes, una vez finalizada la semana. Lo que percibirías en cada uno de esos ingresos sería la cantidad de cuatrocientas veinte libras esterlinas

Esa cantidad equivaldría a unos quinientos euros a la semana. No estaba nada mal, con lo de una sola semana ya tendría pagado el mes de renta de la casa. Bien mirado, me llegaría hasta para ahorrar bastante, ya que yo miraba mucho por el dinero.

— Quiero probar, me interesa este empleo. Me permitiría no tener que tocar mis ahorros e ir haciéndome a la vez con otro colchón de dinero. Me viene genial, creo que al final hasta domaré a la fiera — reí.

— Pues comienzas mañana, aquí está el contrato para que me firmes donde te vaya diciendo— señaló varios recuadros de diferentes hojas que comencé a leer para luego firmar.

— Allí estaré.

— Recuerda, se llama Cameron, es viudo, tiene cuarentas y tres años y es muy peculiar — dijo apretando los dientes.

— Volveré habiendo lidiado con él — le hice un guiño y me marché con la copia del contrato en las manos.

Pasé por la tienda de Evelin y se lo conté. Se emocionó mucho hasta que le dije la casa de la que se trataba...

— La casa de Cameron — dijo con la boca abierta.

— Sí, ese mismo — reí.

— No durarás ni un mes, lo sé de buena tinta — se puso las manos en la boca.

— Ya me lo han dicho, pero mañana comienza mi apuesta, veremos cuánto tarda el tal Cameron en acabar con mi paciencia.

- Hazte a la idea de que es muy, muy, muy serio.
- Pues nada, lo imitaré ¡será por fingir! Además, paga muy bien.
- Normal, si no, nadie se la jugaría.
- ¿Pero lo ves una persona mala?
- No, pero sí muy extraña, enfadada con el mundo.
- Pues a ese lo pongo a hacer las paces y se acabó, yo voy a poder con él.
- Ay, te deseo mucha suerte.
- Ya veremos, Evelin, ya veremos — sonreí.

Me despedí de ella y me fui hacia casa a comer, tenía preparadas de la noche anterior unas lentejas que había cocinado.

Me hacía gracia que Evelin se sorprendiera de lo de trabajar en la casa de Cameron. A todos les inspiraba tal cosa que ya estaba deseando comprobar de primera mano de qué se trataba.

No me llegaba a creer que no se pudiera aguantar a un tipo serio, con lo fácil que era llevarles la corriente.

Esa noche me acosté a las nueve, quería levantarme descansada y desayunar antes de poner rumbo a mi primera jornada laboral. Era viernes y, por tanto, ya no volvería hasta el lunes.

Estaba nerviosa y a la expectativa de todo lo que pudiera acontecer. Cierto que yo tenía paciencia, pero eso sí, ante esas situaciones me volvía irónica y entonces salía una parte de mí que nada tenía que envidiarle a una actriz. Por esa razón, no sabía qué era peor si aguantarlo a él o aguantarme a mí.

Se suponía que el tal Cameron nunca había despedido a nadie, a ver si iba a ser yo a la primera que tuviera que poner de patitas en la calle. Me lo veía venir, me conocía, yo por las buenas era la mejor, por las malas había que tenerme bendita paciencia.

Capítulo 3

Me acongojé al ver la entrada de ese casoplón con aquellos jardines que ocultaban al exterior los grandes muros.

La puerta se había abierto electrónicamente para darme paso.

Sentí como si allí dentro hubiera un pequeño universo que poco tenía que ver con el exterior. Lógicamente estaba un poco sugestionada por la opinión de todas las personas con las que había hablado del tema.

Incluso esa noche la había pasado un tanto inquieta por no saber realmente de qué pie cojeaba un Cameron que todos pintaban poco menos que como a una bestia. Me eché a reír interiormente pensando en que yo me sentía bella, así que igual nos terminaba contratando la Disney y sacábamos tajada del asunto.

Aunque bien mirado, poco debía interesarle a quien viviera allí sacar tajada económica de ningún asunto. Mantener una casa así debía costar un riñón y parte del otro, por lo que dinero no debía faltarle a su dueño.

Cogí aire y comencé a andar esperando que alguien saliera a recibirme, aunque me parecía que ahí la única trabajadora que iba a haber iba a ser yo, además del jardinero, que me habían dicho que iba una vez por semana.

Y por fin apareció Cameron ante la puerta con una media sonrisa de lo más forzada, pero con una cara... ¡Madre mía! El tipo era lo más guapo y sexy que había visto en mi vida.

— Buenos días, soy Irina — sonreí amablemente sin parecer exagerada.

— Buenos días, Irina — su tono era seco, pausado y serio ¡Me gustaba! Le iba a dar para el pelo por tonto y encima ni me iba a despeinar — Mi nombre es Cameron y su lugar a partir de ahora estará sobre todo en la cocina — Ay, Dios, ¡me lo estaba poniendo a huevo! Este no sabía que yo tenía una vida de mierda, casi me consumía en la tristeza y que un rato de ironía y diversión todos los días, me vendría de perilla. En la cocina decía ¿Se podía ser más retrasado? Lo seguí por ese pasillo a la izquierda hasta llegar

a ella — Además irás controlando todo el mantenimiento que la casa requiera.

— Usted tranquilo que estoy viendo que, al no ser una gran casa — sabía que le iba a joder ese comentario que no parecía ofensivo, pero que él se iba a tomar como tal — la sabré llevar bien. Estoy acostumbrada a la que mis padres tenían en España y era tres veces más grande — Claro que sí, había exagerado un poquito ya que vivíamos en un piso de setenta metros cuadrados, pero ya me había salido mi alma de teatrera. En cuanto a la suya, sí era una casa grande de narices.

— A esta hora lo primero que debes hacer es ponerme el desayuno en la mesa del salón. Suelo tomar café con bastante leche además de una tostada con ajo y aceite.

— Ahora mismo se lo llevo — me puse el delantal que había en la cocina y él se marchó en silencio hacia la mesa donde desayunaría.

Era un rubio muy guapo, muy fino, pero con un cuerpo fuerte. Tenía una casa de padre y muy señor mío y, hasta donde yo sabía, había heredado tal fortuna que no le hacía falta trabajar ¿Qué cojones le pasaba para llevar esa cara de enterrador?

Estaba claro que había perdido a su mujer dos años atrás, pero tenía toda una vida por delante y no podía vivir eternamente con ese rencor que transmitía su mirada, no había duda de eso que decían de que se le veía en contra del mundo.

Después de registrar de mil maneras ese pedazo de cocina, ya sabía ubicar todo, lo primero que hice fue el café y lo segundo, las tostadas con el pan que le llevaría, por lo visto, a primera hora de la mañana.

Me dirigí al salón y ahí estaba él, de punta en blanco, ni que fuera a una boda, con ese rostro serio y mirándome de forma descarada.

— Café y su tostada — sonreí poniendo las cosas sobre la mesa.

— Puedes tomar en la cocina todo lo que te apetezca, hacerte café, beberte un refresco, no hay problema — miraba a la nada mientras lo decía.

— Gracias, me sentiré en mi cocina como en mi propia casa — contesté con ironía.

— Así es, buen comienzo de mañana.

— Igualmente, señor.

Me fui evitando echarme a reír. En la cocina, decía, este estaba obsesionado con tenerme encerrada ahí. O igual era de esos machistas que consideran, aun en la época en la que vivimos, que ese es el lugar de la mujer, ¿por qué no probaba también a atarme a la pata de la cama? Algo me decía que me lo iba a pasar muy bien, además se me iban a olvidar a ratos mis desdichas personales.

Me puse a preparar un guiso, ya que vi que había toda clase de ingredientes. Me dediqué igualmente a poner lavados en la zona de lavandería de al lado de la cocina donde con carteles estaba todo bien explicado. Se notaba el constante cambio de empleadas y eso evitaba el que tuviera que explicar a cada una el funcionamiento de la casa.

Cameron era una mezcla entre el deseo que provocaba su físico y todo aquello que no gustaba de un hombre, sobre todo su poca cercanía. Parecía que hubiera una barrera imaginaria que impedía llegar a él. Y eso no era fruto de la casualidad, sino que obviamente estaba establecida por él.

Dejé puesta la olla y me marché a su habitación a hacerle la cama, estaba recogida, así que poco más tuve que hacer. Eché una visual por toda la casa y volví al salón a retirarle el desayuno. Me lo encontré por el pasillo, camino del jardín. A ver con el dinero que tenía, no iba a deslomarse trabajando.

— Irina, estaré por el jardín, ya que quiero hacer unas cosas en el cuarto de fuera. Te agradecería que me dejaras preparada algo de pasta para el fin de semana.

— Por supuesto, no sabe usted la buena mano que tengo con la pasta a la carbonara, no querrá comer otra que no sea la mía — sonreí y me fui aguantando la risa para la cocina.

Ni le di opción a contestar ni a ver si gesticulaba con tal comentario. Yo tenía que ganar la guerra a su actitud y él tenía que librar la batalla de digerir que yo era de todo menos sumisa.

En unas horas ya me había familiarizado con una casa en la que podían correr caballos. Yo no sabría a ciencia cierta calcular cuántos metros cuadrados había allí, pero vaya tela marinera.

La cuestión es que, en contra de lo que hubiera podido imaginar, no esperaba ver aparecer por allí al cochero de Drácula. Me explico, tal como me habían pintado el panorama, yo imaginaba una casa lúgubre y nada más lejos de la realidad.

La de Cameron era una vivienda realmente majestuosa. Su estilo era sobrio, obvio. Estaba situada en el corazón de las Highlands y su dueño era una persona más que acomodada a nivel económico. No me lo imaginaba comprando en la gran empresa sueca en la que todos estamos pensando, que te sirve a domicilio el kit de muebles o te lo llevas tú mismo para montarlos.

Como correspondía a una edificación así, el mobiliario parecía estar fabricado a conciencia y, por múltiples detalles, diría que a medida. Se trataba de muebles robustos y de primera calidad, que combinaban a la perfección con la suntuosidad de la casa, pero no exentos de ciertos toques actuales que llevaran a pensar que estamos en pleno siglo XXI.

Parecía que allí estuviera todo calculado al milímetro, aunque resultaba paradójico hablar de medidas tan pequeñas en una vivienda en la que uno podía perderse y cuyas estancias se regían por la amplitud y la luminosidad.

Daba la sensación de ser una casa pensada para ser habitada por una familia y era muy probable que ese fuera el sueño truncado de Cameron, pues su esposa y él no llegaron a tener descendencia, aunque eso ya era mucho suponer.

A falta de hijos, eran varios los dormitorios de invitados con los que contaba, todos lujosamente decorados y con grandes ventanales al jardín. La casa albergaba también un despacho y varios cuartos de baño, aparte de aquella impresionante cocina y del dormitorio del propio Cameron, como no podría ser de otra manera.

A la hora de la salida le dejé la comida sobre la mesa, todo recogido y me despedí hasta el lunes.

— El lunes nos vemos — me colgué el bolso a modo de bandolera.

— En un rato te haré la transferencia de esta semana, que en este caso es un único día.

— Claro, pero me lo puede dar con lo de la próxima.

— Me gusta pagar por semana cerrada.

— Entonces lo que a usted le tenga contento — dije con ironía. A ese no le ponía feliz ni aunque le hicieran un *striptease*. Y yo decía que era desgraciada, ¡madre mía ya quisiera Cameron tener mi sonrisa!

— Hasta el lunes, Irina.

— Hasta el lunes, Señor Cameron.

Salí de allí sonriente, tampoco había sido para tanto o es que estaba conteniéndose por aquello de que era el primer día.

Me fui hacia mi casa y comí, podía almorzar en la suya, pero no tenía ganas ese día prefería tomar un poco de sopa que tenía preparada, algo ligero, ya que me encontraba un poco pesada de estómago. Normal, con el miedo que me habían metido todos en el cuerpo... Yo más que a trabajar pensé que iba al matadero.

Capítulo 4

Aquel sábado Evelin trabajaba hasta las dos, habíamos quedado en salir por la noche, ya que el domingo no abría.

Era mi primera marcha por la ciudad y me apetecía mucho conocer la noche de Inverness.

Al no trabajar, aproveché para levantarme tarde, limpiar mi casa a fondo para toda la semana y hacer algunas compras, entre ellas un pantalón largo pitillo que me compré para nuestra deseada salida nocturna.

Por la noche nos fuimos a cenar un perrito caliente y luego a un pub que a ella le gustaba mucho.

Estaba preciosa, también llevaba unos vaqueros ajustados con unos tacones y una camiseta suelta, parecía que nos habíamos puesto de acuerdo, además Evelin era muy parecida a mí, tenía mucho humor y todo se lo tomaba a risa.

Nos pedimos una jarra de cerveza bien fría cada una apoyadas en la barra, sonaba música escocesa, sobre todo instrumental, era una gozada.

Me sorprendió ver a un grupo de chicos con sus *kilts*, aquellas faldas escocesas que no me podía imaginar que todavía fueran de uso frecuente por parte de los hombres.

- Con el pelirrojo estuve liada yo, se llama Archie y es un gilipollas de primera.
- Y, ¿por qué viste así?
- Porque sigue anclado en el pasado, proviene de uno de los clanes más importantes de la zona. Por cierto, Cameron también es de un clan y tiene una mentalidad muy antigua — dijo refiriéndose a mi jefe.
- Madre mía, con lo que yo he leído de los clanes y la historia de los escoceses, me tendrás que poner más al día de su actualidad, quiero conocer los detalles.
- Son todos iguales — le salió una carcajada. — Los *highlanders* suelen ser personas de

carácter, trabajadores, rudos...Piensa que provienen de unos antepasados que tuvieron que luchar en épocas turbulentas, aún queda en sus linajes esa sangre, ese ego.

— Y en la cama dicen que son todo un portento.

— Bueno, no me puedo quejar de lo poco que he probado, sobre todo de ese — se refirió al pelirrojo sexy que lucía la falda y había estado con ella — Todo un espectáculo en la intimidad — rio ruborizada — pero terminamos fatal, no lo aguantaba, tenía un carácter que no iba conmigo.

Me lo pasé esa noche genial con Evelin. Comprobé lo que ya sabía, que era graciosa, comedida, con ese tono de voz tan dulce... Me encantaba su forma de ser.

El domingo salimos a almorzar, la noche anterior no nos habíamos acostado muy tarde. Nos portamos genial, pues nos tomamos un par de jarras de cerveza y nos recogimos. En el fondo Evelin era como yo, la noche no le gustaba mucho, prefería disfrutar del día, tal cual estábamos haciendo en ese momento en el que salimos a comer.

Fuimos a una churrasquería. Me comentó que hacían una carne a la brasa que estaba riquísima, además de que tenía una terraza interior que era muy acogedora. La elección fue perfecta y quedé encantada con la comida y con el lugar.

Estuvo contándome un poco sobre más aspectos de su vida, como que no quiso estudiar a pesar de dársele bien. Por ello, terminó el instituto y renunció a ir a la universidad.

Por lo visto a sus padres, farmacéuticos ambos de carrera, la idea les chocó en un principio. Hasta cierto punto era lógico, Evelin era su única hija y casi que estaba destinada a ocupar su lugar en el negocio familiar, pero ella debió pensar que prefería un futuro a su gusto que uno previamente establecido, por muy halagüeño que fuera a nivel económico.

Yo me terminé de abrir en canal y le conté toda mi vida, ya sabía un poco de ella y empatizaba mucho conmigo. A pesar de ser más pequeña se mostraba muy protectora o al menos yo así lo percibía.

Ella alucinaba en colores de que la desgracia pudiera haberse cebado hasta ese punto con mi entorno. La noté tan afectada que, entre bromas, tuve que decirle que estuviera tranquila, que yo no

era gafe ni nada parecido. Vamos, que lo de la mala suerte no se contagiaba.

Pasamos una tarde preciosa paseando, enseñándome increíbles rincones de la ciudad, explicándome muchas historias y cómo no, poniéndome al tanto de ciertos cotilleos que se daban en el lugar. Me hacía mucha gracia.

Desde luego que, por mucho que siempre imaginé que las Tierras Altas me fascinarían, estar paseando por Inverness, su capital y la ciudad más al norte de todo el Reino Unido, suponía para mí todo un acontecimiento.

— Llevas los ojos como un búho, estás para echarte no ya una foto, sino un reportaje entero —reía Evelin.

— Es que no sabes cómo me gusta todo lo que veo. Para mí es un sueño estar aquí, tú como eres autóctona, pues igual no lo aprecias, pero yo...

— Claro, a ver que yo sí lo aprecio, pero también me gustaría vivir una temporada en un lugar soleado como España, tostándome en la playita y perdiendo este color blanco pescadilla que tengo—reía.

— ¡No creo que vayas a quejarte! Tienes una piel preciosa...

— No me quejo, pero un poco más doradita no me importaría estar—rio.

— Yo la playa sí que la echo un poquito de menos, no te voy a engañar, pero vosotros tenéis unos parajes admirados en el mundo entero, ya lo sabes...

— Sí y con centenares de mitos y leyendas...

— Guau... Eso sí que es emocionante.

— ¿Te gustan esos temas?

— ¡Bromeas? Me apasionan...

— Pues entonces tienes que aceptar un día la invitación de mis padres y venir a casa, porque yo creo que mi padre debe ser el hombre que más sepa de esas cuestiones del lugar...

- ¿En serio me lo dices? Me quedaré embobada escuchándolo...
- Y tan en serio. Ten en cuenta que mi madre y yo siempre le decimos que se repite más que el ajo y le gustará encontrar a alguien que lo escuche con emoción.
- Pues sí, será estupendo....
- Yo espero también poderte llevar conmigo algún día a mi ciudad, cuando vuelva de vacaciones y enseñarte la playa...
- ¿La tenías cerca de casa?
- Y tan cerca, a un tiro de piedra...
- ¡Madre mía, qué lujo! Si yo tengo eso, no me mueve de allí...
- Si tú hubieras pasado lo que yo a lo mejor también hubieras querido poner tierra de por medio.
- Ahí tienes razón, perdona mi falta de sensibilidad amiga, me he colado.
- No has dicho nada, es normal. ¿Qué es aquello? Vamos volando a hacernos unas fotos allí...

De las muchas cosas que me enseñó aquella tarde Evelin me quedo con el entramado de calles peatonales y con algunos edificios de principios de siglo del centro histórico, que están al abrigo del castillo, que por cierto es imponente.

De hecho, delante de él nos hicimos un sinfín de fotos y luego aprovechamos para deleitarnos con las incomparables imágenes que se ven desde sus jardines.

Había que reconocer que Inverness no era una ciudad como pudieran ser Edimburgo o Glasgow, mucho más grandes y bulliciosas, pero tenía un encanto al que yo no estaba dispuesta a renunciar.

Quizás no tuviera monumentos para quitar el hipo, quizás no rebosara atracciones, pero tampoco le hacía ninguna falta. A mi entender tenía una magia que no era fácil de igualar y mucho por ofrecer a los locales, a los visitantes y a quienes, como yo, no éramos ni lo uno ni lo otro, sino que nos habíamos afincado allí.

Y, si disfruté de ese callejeo que he contado, me volví loca siguiendo el curso del río Ness que, aunque no fuera tan conocido como su hermano, el famoso lago, ofrece un paseo fluvial que me dejó hipnotizada.

Evelin me contó que las islas del río, las Ness Islands, eran un lugar que no me podía perder y yo me imaginaba ya en ellas. Por lo visto, se trataba de un remanso de paz y de naturaleza del que poder disfrutar a pocos minutos de la ciudad, o, dicho de otro modo, un auténtico lujo a nuestro alcance.

Antes de despedirnos, le agradecí efusivamente aquellas bonitas horas que habíamos pasado juntas. Poco podía imaginar ella hasta qué punto me venía bien su compañía.

Yo allí no era más que una forastera y contar con su apoyo era para mí fundamental. Cuando Nuria murió, pensé que sería muy difícil volver a entablar una relación de amistad como la que mantuve con ella. Ojalá la mía con Evelin me demostrara que estaba equivocada. A falta de familia, para mí los amigos eran pieza clave en mi vida.

Capítulo 5

Y vuelta a empezar la semana...

La cancela del jardín de Cameron se abrió y entré directa hacia la casa donde ya me había dejado también la puerta abierta.

Me encantaba ese exterior tan extremadamente cuidado, con ese césped perfecto que hacía de él un lugar para tumbarse a tomar el sol y relajarse ¡Cosas de ricos!

Entré a la cocina, me puse el delantal y... ¡A preparar el desayuno del hombre más simpático del mundo!

Aparecí sonriente por el salón donde estaba en la mesa esperándome.

— Buenos días, Señor Cameron. Su desayuno — se lo coloqué en la mesa sin perder la sonrisa.

— La pasta no me gustó tanto como decías — soltó en ese tono seco y serio. ¡Huy lo que me había dicho!

— Verá, es que no tenía los productos idóneos que yo uso como toque mágico, así que tuve que hacerlo amoldándome a lo que había, pero seguro que no estaba mala en absoluto — sonreí como si no le diera importancia.

— Podía haber estado mejor — echaba el azúcar en el café.

— Vaya, cuánto lamento haber sido causante de su desastrosa comida del fin de semana — fingí preocupación cuando me importaba una mierda. Me había salido buenísima, pero a ese hombre le gustaba clavar la chincheta.

— Tranquila, intenta mejorar.

— Claro que sí, siempre.

Salí de allí y al llegar a la cocina me puse la mano en la boca para reír, ¿Cómo podía ser tan presuntuoso? Anda y que le dieran, no le iba a dar yo guerra al tal Don Cameron, o señor o lo que fuera...

No me podía creer que no hubiera ningún tipo de gesto en su cara. Era como si tuviera el mismo semblante en todo momento, así no se iba a arrugar en la vida ese hombre.

Me dediqué a poner lavados, tender, hacer su habitación, fregué el suelo de una parte de la casa, la otra la dejé para el día siguiente, terminé de hacer la comida y listo, la hora de irme.

Le dejé todo en la mesa y al salir me lo crucé, ya que iba para la cocina.

— Ya salgo — sonreí.

— Claro. Hasta mañana.

— Hasta mañana Don Cameron.

Tal como atravesé el jardín y salí de la puerta exterior me eché a reír, yo ya no sabía si tratarlo de señor, de don o de lord para terminar de liarla.

En el fondo ese hombre hasta me ponía, aunque era mucho mayor que yo, dieciocho años de nada, la verdad es que estaba para chuparle hasta los dedos de los pies, con ese gesto serio, seco y con esa chulería que se traía con él mismo.

La gente huía del trabajo y yo me lo pasaba en grande con él, la pena es que la mayoría de la mañana estaba desaparecido en combate. De otro modo sería un espectáculo continuo.

Por la tarde pasé por la tienda de Evelin y se moría de la risa cuando le contaba lo que pensaba. No daba crédito y me decía que en cualquier momento explotaba ese hombre y me mandaba a la mierda.

— Pues mira sería de lo más gracioso, en ese preciso instante me pondría la mano en el pecho y me haría la ofendida. Encima fingiría echarme a llorar y le diría que lo admiraba, respetaba y estaba sus pies. Ese trabajo no lo pierdo por nada del mundo — reímos.

— ¿Y tú crees que él se da cuenta de tu ironía?

— Hombre, pues claro, ese es más listo... Y muy observador, no se le va una, pero a mí me da igual, chico problema tengo.

— No sé cuánto tiempo tardará en explotar, pero si sigues en esa línea no tardará en hacerlo, lo tengo claro.

— Que salte, verás lo bien que me lo paso, te lo digo en serio.

De camino hacia mi casa me encontré a Beth, la chica de la empresa de colocación, que me preguntó qué tal me iba en el trabajo. Se quedó sorprendida al decirle que era un chollo y que eran muy fáciles las mañanas allí, que en menos de un mes me pasaría con él por su oficina para que viera lo dócil que lo había vuelto. Ella no dejaba de reírse, no podía con mis cosas.

Me estaba gustando mucho mi día a día, mi rutina, además ese trabajo me ocupaba solo la mañana y tenía mucho tiempo durante la tarde para hacer lo que quisiera, descansar, pasear, salir a tomar un café, comprar...No podía sentirme más afortunada en esos momentos.

Paré en una tienda que me gustaba mucho y en la que hasta la fecha no había entrado, pero tenía unas camisetas en el escaparate a muy buen precio y que me vendrían muy bien para ir a trabajar.

A ver, que eso no lo he mencionado, pero yo hasta para trabajar iba monísima con mis *leggings* vaqueros y camisetas muy chulas, antes muerta que sencilla, que una era humilde, pero le gustaba estar presentable. No en vano, yo era muy joven y no podía perder las ganas de sentirme bien en todo momento. ¡Hasta ahí podría llegar la broma!

Para cenar saqué un sándwich que me había comprado en una sandwichería que los hacía al momento. Me resultó delicioso, además me lo estaba comiendo en el balcón de mi apartamento, viendo el ir y venir de la gente en esa noche que estaba perfecta. Había sido un día muy bonito y soleado, la primavera nos regalaba algún que otro delicioso rayo de sol.

Me venía a la mente Cameron y su carácter especial, que lo hacía de lo más gracioso, aunque eso solo lo supiera apreciar yo. Pero sí, a mí me causaba risa, me encantaba su aire protestón y yo no perdía ocasión de meter baza con mis irónicas réplicas.

Si algo tenía claro es que a mí el trabajo no me iba mal, no era lo que esperaba y menos para lo que había estudiado, pero me valía para sacar un buen salario y vivir tranquilamente. Al fin y al cabo, de perdidos al río, eso era lo único que le pedía a la vida en esos momentos.

Antes de dormir me puse a colocar un poco una parte del salón que estaba acondicionando como escritorio, con mi portátil y mis cosas. Una de mis aficiones preferidas era la de escribir relatos cortos y dejar volar mi imaginación. En aquella ocasión estaba dispuesta a comenzar uno sobre un *highlander*, ya que en Cameron iba a tener el claro ejemplo de cómo describirlo.

Vamos que al final aquel hombre tan serio hasta me iba a servir de inspiración. Y los demás que pensaban que no le iba a durar ni un asalto. Claro, eso les pasaba por no conocer la esencia Irina, menudita era yo.

Puse la taza para lapiceros que me había comprado en una tienda de artículos muy bonitos, de colores suaves y con un mensaje positivo de lo más gracioso.

Al final había quedado ese rincón muy cuqui, con esa mesa de comedor pequeña a modo de oficina, conjuntada con la silla que había comprado en rebajas hacía unos días. Desde luego que quien no se consolaba era porque no quería.

Me gustó el resultado, no rompía la estética, ya tenía otra mesa en medio de los dos sofás y para mí sola era más que suficiente, además de contar con la de la cocina.

De esa forma usaría muchas más horas para escribir relajadamente. En honor a la verdad, echaba de menos hacerlo y tenía ganas de vivir mil historias como si fueran la mía propia. ¡Escribir era sumergirme en una aventura continua!

Capítulo 6

Entré a la cocina y casi me muero de un infarto al ver sentado en la mesa a Cameron, no me lo esperaba.

— ¡Dios! — me puse la mano en el pecho — no le esperaba ahí. Buenos días.

— Buenos días, Irina. No soy tan feo.

Eso había estado buenísimo, encima creído ¿Qué más podía tener ese hombre para no dejar de hacerme reír? Tenía una colleja bien dada, pero ante todo el respeto con indirectas reinaría entre nosotros.

— Claro que no es tan feo. Para la edad que tiene está muy bien, imagino que para las cuarentonas aún debe resultar atractivo — ¿me había colado?

— Tienes veinticinco ¿verdad?

— Claro. Aún soy una niña — sonreí mientras le preparaba el café — ¿Desayuna usted ahí? — pregunté al ver que no se movía de la mesa de la cocina.

— Sí. Hay días que te haré compañía un rato.

¿Compañía? ¿Ahora era su mascota? Ay, el señor frialdad, qué gracia tenía y qué poco la percibía la gente.

— Pues yo encantada de tenerlo aquí a mi lado, además esas vueltas que me ahorro hasta el salón y no porque sea floja, es porque así aprovecho el tiempo para hacer más cosas. Yo es que soy de lo más responsable — le puse el café y me fui a la encimera a preparar las tostadas, que ya estaban en su punto.

— Tampoco tengo tan mal la casa, creo que la mantengo bien.

— Sí, a decir verdad, no me encuentro muchas sorpresas, casi ninguna. Es usted un señor muy ordenado.

- Me gusta tenerlo todo en su sitio, no soporto ver un papel o una ropa donde no pertenece.
- Como yo, que tengo mi casa como los chorros del oro — presumí.
- Miedo me va a dar ir a Fort William. Mi segunda vivienda lleva cerrada dos años...
- ¿Tiene una casa allí?
- Sí. Estoy pensando ir en algún momento y llevar a alguien unos días para que me la limpie y deje lista. Me estoy planteando la posibilidad de vivir temporadas allí, vamos, de permanecer a caballo entre mis dos casas.

Imaginé que desde que murió su mujer no había vuelto a ir.

- ¿Entonces cuando se vaya a su otra casa por temporadas me pone de patitas en la calle? — pregunté bromeando, pero pensando que así podría ser.
- No — le salió una leve levísima sonrisa, lástima que no tenía el móvil si no le hubiera tirado una foto — Siempre te puedes venir allí de lunes a viernes, puedo darte alojamiento.
- Todo sería hablarlo — le puse el pan sobre la mesa — Por cierto, que si quiere un fin de semana puedo ir a limpiársela. Un viernes puedo salir de aquí e irme para allá hasta el domingo. Eso sí, me lo paga aparte — lo miré sonriendo.
- Claro. Pues no es mala idea ¿Y si nos vamos el viernes por la mañana?
- Por la mañana trabajo — reí y me quedé impresionada con la ligereza con la que quería marcharse. ¡Pues sí que estaba aburrido! Luego pensé en lo cansadito que estaba el pobre de trabajar y lo entendí.
- Bueno, no pasa nada, iremos temprano, no hay ni dos horas, así tenemos más tiempo allí.

- Usted manda — levanté las manos mientras sonreía.
- Espero que no te haya cortado ningún plan, por lo del fin de semana.
- Nada, lo más que hubiera hecho sería tomar dos copas el sábado, así que eso que me ahorro.
- Allí te las puedes tomar, tengo buenas botellas — decía en tono serio.
- Ah no, trabajando no — reí imaginándome borracha diciéndole de todo.

Desayunó en silencio, serio. Me impresionaba mucho verlo sin gesticular, sin sonreír, sin vivir... Con lo que tenía en su poder podía disfrutar y vivir la vida como le diera la gana, no encerrado entre esas cuatro paredes sin hacer nada, inmerso en una eterna amargura.

Cameron se había recluido en su propia cárcel de oro y había tirado la llave. ¡Qué hombre tan desaprovechado! Desde luego que iba a empezar a creer que todo el poder está en la mente. Pues a ver si la suya cambiaba un poquito porque falta le hacía...

Después de desayunar se levantó y desapareció hasta que me despedí de él cuando se sentó a almorzar. ¿No podía haberme hecho otro ratito de compañía? Yo no necesitaba entrenar para ser irónico, pero hombre, un poquito de práctica siempre me venía bien, para qué me iba a engañar...

Llegué a casa ya almorzada, había comido un poco de guiso del que le había hecho a Cameron. Eso sí, lo hice antes de que él se sentara, no me imaginaba compartiendo mesa con ese hombre que tanto me imponía, pese a que yo le plantara cara en todo momento.

Me pasé la tarde escribiendo, conseguí avanzar bastante en un relato que se me había ocurrido en las Highlands.

Y es que claro, no hay nada como escribir de un sitio que conoces bien o en el que estás. Eso facilita mucho las cosas y aquel lugar, qué duda cabía, no tenía fama por casualidad. Creía haber dado justo en el blanco de la diana al escogerlo. ¡Vaya suerte la mía! ¿Había dicho suerte? Sí, por fin empezaba a ver las cosas desde otro prisma.

A la mañana siguiente me encontré con una sorpresa al llegar a casa de Cameron, aparte de que volvía a desayunar en la cocina me hizo una revelación impresionante.

- Hoy comienzo a trabajar en los temas de los que antes me ocupaba respecto a mis empresas y de los que me di un respiro por un período de tiempo indeterminado, que finalmente ha sido de dos años. Así que a partir de ahora estaré todas las mañanas encerrado en mi despacho trabajando.
- Eso está genial, me alegra mucho que vuelva a retomar parte de su vida. El trabajo viene bien para desconectar en la mayoría de las ocasiones — no sabía si me debería haber llamado un poquito, de todas formas, pasó de mi comentario como de la mierda.

Nadie me había dado vela en ese entierro, pero hasta cierto punto sí, pues él no tenía por qué darme indicaciones de dónde estaba o de dónde dejaba de estar por las mañanas. Al decirlo, dio pie a que yo opinara.

En cualquier caso, me alegraba que volviera a trabajar, que tomara el control de sus cosas. Semejante decisión podría propiciar que adoptara una actitud mejor, en el fondo me daba pena verlo de esa manera, no era mala persona, pero estaba muerto en vida.

Era justo eso, porque a mí, en resumidas cuentas, poco me importaba su comportamiento. Cuando decía alguna impertinencia yo pasaba olímpicamente, de forma que la única víctima de su evidente amargura era él mismo.

Al final de la mañana me marché, dejándole la comida en la mesa. Me lo crucé por el pasillo y le dije que lo vería al día siguiente, él hizo un gesto con su cabeza y listo. ¡Ya podía darme por despedida! Palabras no gastaba muchas, desde luego...

Me fui pensando que era guapísimo, un hombre muy fino y sexy, cuya imagen llamaba la atención a primera vista. Si encima sonriera sería la hostia, pero me parecía a mí que eso no era algo fácil de lograr, aunque sí se convertiría en mi cometido y lo conseguiría tarde o temprano. ¡O no me llamaba Irina!

Aquella fue una tarde de lo más tranquila. Yo estaba algo revuelta y decidí que me vendría fenomenal quedarme en casa.

Comencé a mirar mis redes sociales. Yo hasta el momento apenas había colgado nada de mi estancia en las Highlands, pero me apetecía saber qué tal les iba a mis amigos en España, o fuera de ella... Y es que yo no era la única que había hecho las maletas en los últimos tiempos. También había cogido las de Villadiego mi amigo Jorge.

Jorge era muy querido para mí. Nuria y yo lo conocimos en la temporada en la que fuimos a las clases de baile. Resulta que por aquel entonces él comenzaba a hacer sus pinitos como bailarín profesional y también impartía clases.

Tenía nuestra misma edad, pero, a diferencia de para nosotras, que encontrábamos en el baile una afición, para él era su vida. Hasta el punto de que había sido persistente al máximo y hacía un par de meses lo había fichado una compañía de Miami, gracias a que uno de sus directores fue de vacaciones a España y lo vio bailar en un local.

Vi que estaba conectado en ese momento y comencé a hablarle. Me dijo lo que yo ya sabía, que le daba muchísima pereza escribir por Messenger y que hiciéramos una videollamada.

Total, con él tenía toda la confianza del mundo y, aunque estaba revoleada en el sofá y medianamente despelucada, acepté.

— ¡Qué puñetero! Vaya buen color que tienes.

— A ver Irina, uno que sabe dónde pone el culo—Jorge era de lo más gracioso—Yo soy de sangre caliente y necesitaba un sitio con playa, a mí no me coges tú en las Tierras Altas esas por muy bonitas que sean, ni borracho.

— Ya, ya, ¡menuda prenda estás tú hecha! Sabe Dios las que estarás formando en Miami.

— Ni te cuento. Ha sido llegar y besar el santo. Creo que les he caído en gracia, porque llevo aquí dos meses y me he tirado por lo menos a dos docenas de buenorros—se echó a reír.

Jorge no conocía la vergüenza ni le interesaba. Era gay y, aparte, su vida sexual era todo un numerito. La de risas que nos echamos en su día Nuria y yo con él...

— Y yo que me lo imaginaba...

- Sí, sí, yo sabía que aquí me ponía las botas. Veía a esos tíos cachas en la playa embadurnándose en aceite y sabía que me estaba perdiendo algo—rio.
- Y eso no lo podías consentir, anda, anda, ten cuidado no te vayan a deportar...
- Bueno, ¿y tú? Dime si ya has tenido tema con algún *highlander*, porque eso sí te voy a decir, por tirarme a uno de esos sí que movía yo el culo para allá, ¡y rapidito!
- No, todavía no ha caído la breva...
- ¿Pero te gusta alguno?
- Bueno, tengo un jefe que....

Lo puse en antecedentes de todo y él es que se tronchaba. Me decía que me tirara a la piscina, que no tenía nada que perder. Él era así, vamos yo ni muerta.

De hecho, no me veía de matahari precisamente y mucho menos con mi jefe. Ni por todo el oro del mundo. Como para hacerle caso al vendaval Jorge, mi amigo es que no las pensaba. El caso es que a él le iba bien.

- Déjate de locuras, que para las cosas del corazón tú y yo somos la noche y el día.
- ¿De qué corazón me hablas? Irina, yo estoy hablando de sexo, de ese que te falta a borbotones en tu vida. Vamos, lo que te quiero decir es que tú tienes que averiguar por ti misma si esos tíos llevan o no calzoncillos debajo de las falditas esas tan sexys. Y luego decírselo a tu amigo, que soy yo. Esa es la parte más divertida del asunto, claro.
- Sí, sí, en cuanto tenga información de primera mano te la paso, ¡tú estás loco! Anda vete a coger peras...
- ¿Peras? Más bien te diría yo plátanos, que hoy he quedado con un compañero cubano con el que repito. Tiene una minga que...
- ¡Jorge!
- ¿Qué he dicho?

Así era él. Incorregible, pero adorable. Yo lo quería muchísimo y me dio un poquito de pena tener que despedirme, pero me alegré de que tuviera un plan succulento entre manos que no iba a desaprovechar. ¡Menudo era él!

Jueves y último día de esa semana de trabajo en Inverness.

Entré en la cocina, algo me decía que iba a estar ahí y no me equivoqué.

— Buenos días, señor.

— Puedes llamarme Cameron — no levantó la cara de su móvil.

Aguanté la risa por el personaje que era, madre del amor hermoso que ese tío tenía menos empatía que todas las cosas.

— Su café y su tostada — esta vez se lo puse todo a la vez.

— No me hables de usted, tutéame. Estaremos más cómodos.

¿Quién se habría querido morir? Pues nada, le contentaría, que para ironizar me cogía más a mano el tuteo...

— Como quieras...

— Mañana te recojo en la esquina de tu calle.

— ¿Sabes dónde vivo?

— Claro, tengo el contrato.

— Es verdad — ya sabía que ese se lo había leído mil veces y se sabía hasta mi número de documento de identidad a la perfección.

— ¿A las ocho?

— Claro. Allí estaré puntual.

— Hoy me quedaré todo el día en el despacho y dejo listo lo de mañana. De todas formas, allí tengo otro para trabajar, pero este fin de semana aquello necesitará más manos que otra cosa.

— Tranquilo, que lo dejaré como nuevo todo.

¿Más manos había dicho? A ver, a ver, que una cosa es que yo lo notara algo más cercano en las últimas horas y otra muy distinta que me lo imaginara plumero en mano quitando el polvo de su casa cerrada. ¿Polvo? A otra cosa mariposa. Irina, céntrate, pensé a continuación.

Desayunó en el más absoluto de los silencios, yo mientras iba preparando comida y recogiendo un poco lo que iba manchando. Que tampoco es que se necesitara un pollo para ir recogiendo sus restos de comida, pero yo era de lo más meticulosa. Y cuando él estaba delante me encantaba hacer gala de ello. ¡Que no se dijera que no me ganaba mi salario!

Se levantó y se fue a su despacho, ni por ahí te pudras me dijo, yo no podía dejar de reírme, a mí personalmente me causaba risa ¿Eso era lo que no podía aguantar la gente? Si era por su cara rancia que no se la miraran, pero no sería porque diera el hombre mucho por saco.

Eché una ojeada a la cocina, que era una mezcla de moderno y clásico, como el resto de la casa, y pensé que había que tener mucho gusto para lograr esa combinación sin caer en lo estafalario ¿sería idea de la que fue su mujer o de él? Quien quisiera que hubiera decorado la casa demostró un estilo excelente.

A mi hora de salida me despedí quedando en verlo por la mañana en la calle de al lado de mi casa, el coche me podía recoger perfectamente en ese punto.

Por la tarde fui a ver a Evelin y le conté que me iba a limpiar el fin de semana la casa de Cameron de Fort William.

— ¿Vas a pasar el fin de semana aguantando a ese hombre?

— Pero si es un amor. No habla, no jode, solo lleva esa cara de enfado permanente, pero te acostumbras y se lleva bien.

— Ay, Dios con él a Fort William ¡No me lo creo! ¿Tú estás segura de que es una buena idea?

— ¡Calla! Más dinero para la hucha — reí.

— Bueno, tú ante cualquier mal gesto lo mandas a tomar por culo y te coges un bus ¿eh?

— A mí me trae ese, aunque sea con la cara de enterrador que tiene.

Salí de su tienda y me fui hacia mi casa, preparé todo, cené y a la cama. Al día siguiente comenzaría aquella extraña jornada.

Capítulo 7

A las ocho menos cinco ya estaba yo en la esquina de mi calle.

Él también llegó puntual, como yo esperaba, y me monté en su coche, no sin antes meter la maleta de fin de semana en el maletero, que me abrió desde dentro.

— Buenos días, Señor Cameron — me acomodé y me puse el cinturón.

— Cameron, llámame, Cameron.

— Perdón, es la educación que me dieron mis padres y la llevo a rajatabla, pero lo intentaré.

— Vamos a parar a desayunar en un bar que hay a diez minutos de aquí, nos coge de camino.

— Está bien — sonreí mirando hacia adelante.

Me daba la sensación de que Cameron era una persona muy sibilina, como si ocultara cosas. No sabía qué, pero su forma de ser tenía que encerrar algo más allá que la pérdida de su mujer, algún sentido debía tener esa actitud.

Por el camino yo iba sencillamente flipando del espectáculo que aquellos parajes suponían para los sentidos, y en particular, para la vista. Yo ya estaba al tanto de que la riqueza paisajística de Escocia no tenía límites, pero vivirla de primera mano estaba suponiendo para mí una maravillosa experiencia.

Aquellas inmensas praderas verdes, bajo cielos nublados y grises me podían, del mismo modo que me fascinaba el azul oscuro del mar, por no hablar de aquellos acantilados o de los fiordos que allí se estrechan en la desembocadura de los ríos.

— Tenéis unos parajes que a mí me dejan impresionada—hice una reflexión en alto casi sin darme cuenta.

— Soy consciente. Estoy muy ligado a mi tierra. Entiendo que para cada uno lo suyo sea

especial, pero no puedo imaginar haber nacido en un lugar mejor—confesó Cameron.

— No me extraña. Ver esto en primera persona es algo flipante, no sabes hasta qué punto me alegra...

— Bien, entonces, ¿sabías que las montañas más altas del Reino Unido se encuentran aquí en Escocia? —me preguntó.

— Sí, lo había leído.

— Entonces voy con otra pregunta, ¿estás al tanto de que Nessie no vive en el lago más grande de Escocia?

— Ahí me has pillado, pero seguramente sí en el más famoso, ¿verdad?

Si algo sacaba yo en claro de aquella conversación era que Cameron era un *highlander* de pro, de esos que aman su tierra al máximo, como ya me habían comentado.

Viendo aquello yo le daba la razón, debían sobrarle motivos para ello y es que pocas regiones del mundo pueden presumir de la singular belleza de las Highlands.

Mirara donde mirara, lo que veían mis ojos era un paraíso natural rebosante de sorpresas que yo me moría por descubrir, de la mano de aquellos caminos que se me antojaban tan salvajes como aislados. Un conglomerado de castillos y leyendas que adornaban una preciosa ruta que a mí no me dejaba indiferente.

Admiraba la belleza de sus montañas, que era agreste a más no poder, sin picos en sus cimas, pero desde las que Cameron me iba comentando que había unas excelentes vistas.

Llamaba poderosamente mi atención el silencio, un silencio adornado por interminables extensiones de helechos, musgos y brezo, apenas interrumpidos por unos cuantos coches que circulaban por aquellas solitarias carreteras.

Hospitalaria, bella y mágica, así me habían pintado a mí aquella zona y en mi breve estancia allí ya podía dar fe de ello. Y es que daba igual que pusiera los ojos en un castillo de impresionante historia o en un pueblecito pesquero salpicado de islas pequeñas, todo en Escocia me resultaba seductor.

Yo ya lo tenía bastante claro antes de llegar, pero mis sospechas se confirmaban cada vez más: viajar hasta las Highlands era lo mejor que podía haber hecho, porque esa tierra no decepciona.

El que muchos consideran un territorio inhóspito se presentaba ante nosotros como un panorama plagado de cadenas montañas, interrumpido por verdes valles y barrancos. En el coche de Cameron y con aquella visión, solo podía pensar en que el tiempo jugaba con nosotros y se había detenido para hipnotizarnos.

Nos bajamos a desayunar en un precioso bar con una terraza con las mejores vistas que había visto hasta el momento en la zona.

Nos fuimos a desayunar a la terraza, hubiera sido un crimen quedarse en el interior. Me fijé en lo guapo que iba con esos jeans y esas deportivas blancas como la camisa que lucía, que le quedaba de lo más perfecta y ceñida a ese cuerpo que podía calificarse de escultural.

- Esta porquería que le dan a los niños es perjudicial para los adultos — se refirió al cacao que pedí para la leche, porque no había mi Nesquik.
- No debe preocuparse, estoy de lo más sana.
- Pero las enfermedades aparecen con el tiempo...
- ¿Usted siempre desayuna ajo y aceite en el pan? No sé un poco de mantequilla, paté, mermelada... — ignoré lo de lo malo del cacao.
- Me gusta desayunar sano...
- Bueno, tampoco pasa nada por saltarse el aceite y el ajo algún día.
- Me gusta seguir los buenos hábitos...
- Pues a mí me gusta darme muchos caprichos, sobre todo de azúcar.
- El azúcar es lo peor para el cuerpo, un auténtico veneno.

- Bueno, dicen que la sonrisa es lo más sano y yo como ando todo el día sonriendo puedo tomar un poco de todo — solté directa a su yugular.
- Sonreír produce arrugas — me echó una mirada de esas que intentan matar pero que me parecía de lo más sensual. A ese hombre solo le faltaba sonreír para ser perfecto.
- Ya entiendo entonces por lo que usted no sonrío, ahora lo entiendo todo, pensé que era algo peor — solté el aire fingiendo alivio, si de esta no me mandaba a la mierda ya no lo haría jamás.
- Pocas cosas consiguen sacarme una sonrisa... Y, por cierto, ya te dije ayer que me tutearas...

Bueno, al menos decía que pocas, algo era algo, así que tenía que averiguar el qué. Y en cuando a lo del tuteo, se me había olvidado, me estaba costando.

- ¿Por ejemplo?
- Los niños — dijo causándome mucha impresión, pues era lo último que esperaba que dijera — No sé por qué extraña sensación cuando un niño me habla se me escapa una sonrisa.
- Vaya. A mí también me la sacan, aunque ya por naturaleza soy una persona risueña.

Volvió a hacerse el silencio entre nosotros, su rostro serio miraba al horizonte mientras sostenía la taza de café en sus manos ¿Qué le pasaría por la mente? ¿Por qué le costaría tanto hablar? Aunque por lo que me habían informado, podría afirmar que conmigo había mantenido la conversación más larga de la historia entre él y sus trabajadoras. Total, que podía considerarme una afortunada. Purito arte que tenía una.

Reanudamos el viaje hacia Fort William. La belleza del paisaje era tal que transmitía una paz de esas que es difícil de alcanzar y más al lado de Cameron, que era una pieza que no hablaba y no miraba ni para un lado, ni para el otro. ¡La expresividad hecha persona!

Llegamos ante una verja que se abrió con el mando, pero esa ocasión pude observar que la

vivienda era más estilo finca, al abrir las puertas me quedé un poco loca.

Aquello era diferente a lo de Inverness. Lo que tenía ante mis asombrados ojos era la recreación de un castillo. Me trasladó de golpe a la época de los *highlanders* y sus batallas, a todo eso que había leído.

Hasta donde la vista alcanzaba, era todo de tierra, con árboles frutales. La de Cameron era una especie de finca rustica, con un camino de piedra de lo más pintoresco que llevaba hasta la impresionante edificación.

Reparé en un pozo de piedra, madera y hierro que me llamó mucho la atención, era una reliquia. Ya me haría alguna foto allí, que podría hacer pasar por una de época a poco que utilizara alguno de los efectos del editor del móvil.

Entré en la casa y era preciosa, pero como ya he dicho cien por cien rústica. La madera y la piedra resaltaban en todas las dependencias, los muebles en madera maciza y blanca le iban genial. Sin duda, era un lugar para retirarse una época.

— Es impresionante...

— Se construyó y amuebló con mucho cariño. Nunca la llegué a estrenar.

— ¿En serio? — Eso me dejó impactada.

— Sí. Pero ya es hora de que me instale aquí algunas temporadas y me divida entre las dos ciudades.

— Y si yo me tengo que venir a seguir haciendo mi trabajo, me vengo. Ya voy y vengo los fines de semana.

— ¿Lo harías?

— Claro. Me traigo mi portátil y por las tardes me siento debajo de un árbol a escribir y soy la mujer más feliz del mundo.

— ¿Escribes?

— Sí, pero para mí, jamás publiqué nada.

— ¿Qué escribes?

— Relatos románticos...

— Me sorprende.

Claro, ¿no le iba a sorprender? Con ese semblante no lo tenía yo por el colmo del romanticismo, como evidentemente tampoco era la alegría de la huerta. No obstante, la vida da muchas sorpresas y las personas tenemos múltiples caras, porque tampoco podría haber imaginado que su sonrisa estuviera vinculada a las palabras de un pequeño, como me contó.

Me enseñó cuál sería mi dormitorio, que por cierto tenía hasta baño privado y era más grande que mi apartamento en Inverness. Coloqué mis cosas y bajé para disponer en la cocina la compra que habíamos hecho antes de llegar a la casa. Más tarde fregaría un poco la mencionada cocina y ya me pondría a cocinar.

La casa lo que tenía era mucho polvo, que fue lo primero que quité de la cocina mientras iba colocando la comida. Obvio que Cameron no me ayudó y es que solo hubiera faltado. Gracias a Dios que no lo hizo porque no sé cómo hubiera podido contener la risa.

Puse a cocer pasta y aproveché para dar un enjuague al suelo de la cocina y al pasillo de la planta de abajo. Más tarde empezaría con las distintas dependencias, poco a poco, menos mal que allí no había vivido nadie y sería mucho más fácil de limpiar.

Volví a la cocina, terminé de cocinar el fondo para la pasta con la intención de volcarlo en la cacerola y listo. Reí pensando en que esperaba que no tuviera narices de volver a criticar mi pasta o me iba a escuchar de nuevo. Esperaba que hubiera paz, iba notando más cordialidad.

Almorzamos juntos en la cocina. Era una situación extraña pero tampoco para temerle. Yo pensaba que Cameron hacía bueno el dicho de que “perro ladrador, poco mordedor”.

— Mi habitación ya la limpié yo — dijo ante mi asombro.

— ¿Y de dónde has sacado los productos?

— Del cuarto de la limpieza de arriba, subí alguno de la compra.

— Pues ni me di cuenta — sonreí.

Me impresionaba que hubiera limpiado su cuarto, eso me hacía ver que no era tan vago, quería creer que tenía esa alma trabajadora tan típica del hombre de las Tierras Altas. He de reconocer que, de no ser así, para mí hubiera perdido mucho encanto. A mí me gustaban los hombres con sangre y no los que eran más vagos que el fango.

Opté por limpiar primero su despacho y se puso a trabajar toda la tarde, pues le habían llamado y le escuché decir que mandaría la oferta antes de que terminara el día.

En la charla telefónica me di cuenta de que a pesar de su seriedad mantenía conversaciones amenas, ligeras, de trabajo, pero se le notaba que tenía todo controlado y que hablaba con decisión sobre lo que pensaba para que tuviera mejor impacto el producto. Un producto que yo desconocía por completo, pues sabía que tenía varias empresas, pero poco más.

El día resultó francamente agotador, ya que yo quería verlo todo brillante. Por esa razón dejé toda la parte de abajo lista y una parte de la de arriba, con dos o tres horas al día siguiente aquello estaría ya limpio como la patena.

Me acosté tras cenar sola, ya que él seguía trabajando y le acerqué su plato al despacho.

Me quedé dormida rápidamente, ya que el día había sido largo.

Capítulo 8

Aquella mañana le serví el desayuno en una terraza que había en el exterior. Yo desayuné en la cocina y me puse manos a la obra con el almuerzo, además de con lo que me quedaba de la parte alta de la casa.

A la hora del almuerzo ya lo tenía todo reluciente, la casa como nueva y estaba sentada con él a punto de hincarle el diente a mi guiso.

— Has trabajado más rápido de lo que imaginaba...

¿Eso era un cumplido? No podía ser, había sonado como música para mis oídos...

— Sí, tenía ganas de verlo todo pulcro.

— Ahora entonces te toca descansar, si quieres volvemos esta noche o lo hacemos mañana.

— Me da igual, de verdad.

— Pues si te da igual lo hacemos mañana, me siento bien en este lugar.

— Y yo, tiene algo que inspira mucha paz.

— Eso es, no me imaginé que el primer contacto con la casa fuera tan placentero.

— Me alegro mucho.

— Está muy buena esta carne estofada.

— Ayer no me dijiste nada de la pasta — sonreí a la vez que levantaba la ceja esperando que respondiese sobre ello.

— Esta vez estaba mucho mejor — me miró sin sonreír, pero algo me decía que sus ojos lo hacían.

Vaya, cierto que iba a haber algo de verdad en eso de que no es tan fiero el león como lo pintan, porque últimamente Cameron no solo no atacaba, sino que su tono era cordial e inclusive se dejaba caer con algunos cumplidos. ¡Vivir para ver!

Tras la comida retiré los platos y recogí la cocina. Después me fui a mi habitación y me eché un rato a dormir, lo mismo que iba a hacer él.

Cada vez me resultaba más interesante Cameron. Deseaba averiguar más sobre él, estaba empatizando mucho más de lo que imaginaba y le quería sacar alguna sonrisa. Lo tenía en mente a cada momento, sabía que algún día lo conseguiría.

Cuando me desperté dos horas después bajé a la cocina a tomar un café, allí me encontré con él, que se estaba haciendo uno y me impresionó que se ofreciera a prepararme otro a mí.

- Tranquilo, me lo preparo yo. Siéntate.
- No, no, ya que estoy... — se puso a prepararlo.
- Gracias.
- ¿Nos lo tomamos fuera?
- Claro — cogí mi taza y él llevó la suya.

Nos acomodamos en la terraza donde habíamos comido y él se quedó mirándome unos segundos.

- ¿Qué te trajo a las Tierras Altas? — acababa de formular la pregunta del millón.
- Siempre fueron mi debilidad, leí mucho sobre ellas. Murió mi madre, luego mi mejor amiga y más tarde mi padre, así que me quedé sola y con ganas de empezar una nueva vida, eso me trajo hasta aquí.
- Vaya, no me lo esperaba.
- Estaba decidida a trabajar y lo primero que me salió fue la oferta de tu empleo, así que aquí estoy — sonreí.
- ¿A qué aspiras?
- Pues la verdad es que estudié Filología Inglesa, quería ser profesora de inglés, pero a día de hoy no lo tengo claro. Quiero vivir tranquila, contar con unos ahorros que me permitan no tener que gastar lo que heredé de mis padres. En cierto modo quiero

establecerme en algún lugar y cuando lo tenga claro comprar una casa con el dinero heredado.

— Está bien pensado y ¿crees que será Inverness?

— No me importaría, allí ya cuento con una amiga y créeme que eso para mí hoy en día es como tener una familia — dije refiriéndome a Evelin.

— Si necesitas algo en cualquier momento también puedes contar conmigo — me impresionó su ofrecimiento, al final iba a tener corazón y todo.

— Gracias, lo mismo digo — se me ocurrió aprovechar para preguntarle algo, me iba a jugar que me dijera que me metiera en mis asuntos, pero bueno, quien no arriesga no gana — ¿No tienes familia?

— Bueno... la típica pregunta — ladeó su cara y perdió la vista hacia el terreno de la finca — Mis padres viven en Edimburgo, la última vez que vinieron a verme fue hace unos meses. Yo desde que murió mi mujer no he viajado para visitarlos, realmente no he salido de la casa apenas.

— Pero no puedes vivir eternamente encerrado...

— Ya, pero lo necesitaba, la realidad es que no me apetecía seguir con mi vida como si no pasara nada, no podía, pero bueno, ya retomé el trabajo y espero también salir de mi zona de confort y venir temporadas aquí, además de ir a ver a mis padres a Edimburgo — su tono lento, pausado, con mirada triste.

— ¿Puedo preguntarte algo? — ya me estaba viniendo arriba, me la seguía jugando.

— Claro, ya veré yo si contesto — me miró sin sonreír, ese era el tema.

— ¿Nunca sonríes de verdad más que con los niños y poco más?

— Bueno — se le escapó una leve sonrisa — me cuesta, pero como te dije con algunas cosas me es más fácil.

— A ver si voy a tener que secuestrar por ahí un pequeñajo para traértelo un rato y que sonrías. Ya luego lo devolvemos — reí.

— No, mujer — sonrió otro poquito.

— Me estás asustando, llevas dos leves sonrisas en menos de un minuto ¿Estás bien?

— Bueno, pero no te acostumbres — levantó la ceja, cosa que también me impactó, pues comprobé que gesticulaba y todo. Un poco más de tiempo y lo ponía a hablar como un loro, cuestión de paciencia.

— No, no, para nada, asumo que es un caso puntual en un momento que te relajaste un poco — apreté los dientes y adoptó una expresión con la que casi se me caen las bragas.

Ese ladeo de cabeza con esa mirada penetrante y ese gesto que le quedó tan sensual ¡Vivan los maduros! Me encantaba, si al final iba hasta terminar pagando por ir a trabajar.

— ¿Qué cenaremos esta noche?

— Pues yo pensaba hacer algo ligero, una ensalada y unos sándwiches.

— Genial. Luego te invitaré a probar un whisky de una de mis empresas.

— ¿Produce whisky?

— Uno de los mejores de Escocia — hizo otro gesto con la cara que provocó mis ganas de aplaudir, ¿se iba a hacer mi amigo?

— Pues acepto el trato — aplaudí emocionada.

Recogí los vasos de café y me fui a la cocina a preparar la ensalada y los sándwiches tranquilamente mientras él se duchaba, yo ya lo había hecho antes de echarme la siesta.

Bajó con una camiseta y un pantalón. Estaba guapo de todas formas ese hombre, madre mía que no me había fijado en la vida en uno de más de treinta y ahora lo hacía en uno de cuarenta y tres. Iba a ser verdad que me iban los maduritos.

Cenamos en el porche que había delante de la puerta exterior de la cocina. Era lo que más me fascinaba de esa vivienda, el hecho de que contara con tres porches, aquel, el de entrada a la casa y uno de salida exterior desde el salón.

Comenzó a contarme cómo se hizo con esas tierras. Según sus palabras, su ilusión siempre había sido vivir a las afueras de Fort William y lograr ese terreno era su sueño, pero existía una gran disputa familiar por parte de los vendedores y le costó muchos años alcanzarlo.

Cuando lo tuvo en su poder, lo mandó reconstruir por completo, pero sin modificar la estética y cuando estaban terminando de amueblar falleció su mujer.

Ese hombre estaba hundido en la tristeza, lo podía percibir. Se le había ido la vida el día que la perdió, no asimiló el quedarse sin su esposa, la amaba demasiado.

Me lo contaba relajadamente, mirándome con ese dolor que le había causado todo y en ese momento empaticé mucho más con él y supe que sí, que tenía que conseguir volver a hacerlo sonreír.

Tras la cena sacó la botella de whisky, yo cogí la Coca Cola y el hielo, él sonrió levemente mientras me decía que echarle refresco era cargarse la esencia de su licor.

A mí la idea de beber whisky a palo seco como que me resultaba demasiado fuerte, pero tenía que reconocer que el experto era él y que, si decía que con el refresco me lo cargaba, pues eso... Decidí hacerle caso y no me equivoqué. El sabor de aquel licor te hacía tocar el cielo.

Ya al menos hablaba, seguía con esa seriedad, pero se comunicaba bastante, al menos charlábamos sin que pareciera un monólogo por mi parte.

Me contó que sus padres vivieron siempre en Inverness en esa casa que ahora habitaba él, ya que se la habían regalado cuando se fueron a Edimburgo. Por aquel entonces, él tenía otra casa que vendió e invirtió mucho en reformar a su gusto, así que vivía donde pasó toda su infancia y vida adulta, un hogar que para él era muy importante y estaba plagado de recuerdos.

A su mujer apenas la nombraba, le costaba mucho, hablaba más de él y su familia que de otra cosa.

Era un tipo que había trabajado mucho y había demostrado gran capacidad empresarial. Le iba muy bien en sus diferentes negocios que controlaba y que delegó en personas de su confianza, aunque por fin volvía a retomar sus riendas, cosa que le venía genial para desconectar de esos pensamientos que lo tenían inmerso en el ostracismo.

Sabía que era de lo más enigmático, pero porque le costaba abrirse a cualquiera. Conmigo parecía que algo había conectado o es que me veía diferente a todas las mujeres que antes habían trabajado en la casa para él.

Estuvimos tomando copas hasta altas horas de la madrugada. Entre silencios, alguna media sonrisa le saqué y se lo hice ver. Una de las veces negó, ahí me di cuenta de que ya casi lo estaba consiguiendo, pero era terco como una mula

Nos fuimos a dormir despidiéndonos con unas “buenas noches” y unas miradas que se me clavaron en el corazón, Cameron me había ganado a pasos agigantados, me había metido un buen gol en pocas horas.

Me metí en aquella comfortable cama, con esas agradables sábanas de algodón y un colchón de alta gama, que invitaba al más reparador de los descansos.

Por un momento cerré los ojos y me acordé de la casa de mis abuelos, en el pueblo donde nació mi madre y a la que siempre íbamos en las vacaciones de verano. En cierto modo, estar en un ambiente rural evocaba muchos de esos preciosos recuerdos de una infancia que daría lo que tenía por revivir.

En aquella casa, infinitamente más humilde que la de Cameron, mi madre venía por las noches a taparme y a contarme un cuento, hasta que me quedaba dormida. Ella era una persona especial donde las hubiera y a su lado pasé momentos inolvidables, igual que al de mi padre.

Entre ellos se adoraban y desde jóvenes deseaban formar una familia. Yo fui una niña muy buscada y eso hizo que el cariño y el mimo no faltaran en ningún momento de mi vida.

Dicen que por la noche nos asaltan todos los fantasmas, pero en mi caso no era así. En el silencio y la oscuridad, a veces los percibía muy cercanos, lo mismo que me sucedía con Nuria, a la que consideraba mi hermana, aunque no nos unieran lazos de sangre.

Cuando eso ocurría sentía una gran paz. Me daba la sensación de que ellos estaban conmigo e incluso a menudo terminaba soñando que volvíamos a estar juntos. Hacerlo era para mí un regalo, pues en parte me permitía disfrutar por unos instantes de mis seres queridos.

La nostalgia me invadió en aquellos momentos y la imagen de Cameron al despedirnos antes de ir a dormir fue la que vino a mi rescate. Poco podía imaginar hacía tan solo unos días que me acostaría con una sensación así.

Capítulo 9

Me levanté a las nueve de la mañana, no tenía que trabajar, así que me permití el placer de despertarme un poco más tarde.

- Buenos días — dije sonriendo al entrar en la cocina.
- Buenos días, Irina. Estoy preparando el desayuno, siéntate en el porche.
- No por favor, ya sigo yo — reí.
- No, no te toca trabajar, también te mereces que te pongan por delante un buen desayuno.
- Me estás sorprendiendo — lo miré sonriendo.
- Al porche — murmuró arqueando la ceja y señalando para que saliera.
- A sus órdenes — bromeé sacándole otra media sonrisa mientras me miraba y le hacía “adiós” con la mano mientras iba saliendo.

¿Se podía decir que me estaba ganando a Cameron? Me iba a preparar el desayuno y todo ¿No era para emocionarse? Y eso de que dije de “a sus órdenes”, como que me había puesto. Es que tenía mucho sexapil el jodido.

Salió con la bandeja y puso todo sobre la mesa. Se acomodó en la silla y me señaló al desayuno para que comenzara a disfrutarlo.

- ¿Qué tal dormiste?
- Genial, la verdad que la cama es muy cómoda.
- Me alegro de que así te haya parecido. ¿Así que volverías aquí si yo me vengo una temporada?
- Por trabajo te sigo al fin del mundo, además siempre puedo volver los fines de semana al piso — sonreí.
- Gracias. Ya estoy un poco cansado de tanto cambio de empleada.
- Las asustas — solté bromeando.

- En mi vida le falté el respeto a nadie.
- A mí me dijiste que mi lugar estaba en la cocina — reí recordádoselo— Y eso tienes que reconocer que suena un poco mal...
- No, te quise decir que la mayoría del tiempo sería donde estarías — negó levantando la ceja.
- Pues de lo que quisiste decir a cómo lo dijiste, va un trecho. Por esos comentarios, a más de una la habrás sacado de quicio. Pero vamos, también entiendo que haya personas a las que le ponga mal cuerpo estar todo el día viendo a un hombre con tanta seriedad, hay gente que no lo aguanta. La saca de sus casillas.
- Vienen a trabajar no a que yo les dé lecciones de agrado.
- Bueno, pero entiende que la gente se pueda sentir mal.
- Es su problema, no el mío. ¿Y tú porque lo aguantas?
- Si yo te contara...
- Adelante — levantó la ceja.
- Primero porque a mí me da igual tu seriedad, yo como dices vengo a trabajar, pero reconozco por Dios que estoy en medio de un reto.
- ¿Un reto?
- Ajá — apreté los dientes.
- ¿Se puede saber qué reto?
- El de hacerte sonreír — me encogí de hombros y me tuve que poner a aplaudir al ver que se dibujaba por fin una sonrisa en su cara.
- Casi que lo has conseguido — volvió a levantar la ceja con esa mirada que penetraba.
- Casi dice, ya hemos pasado de las medias sonrisas a las sonrisas, en menos de un mes

lloras de la risa a carcajadas, ya lo verás.

— Si me nace no me cuesta hacerlo.

— Pues conmigo te está naciendo, yo creo que me estoy volviendo “la empleada del año”
— reí.

— Se nota que eres de España, tienes ese desparpajo de allí.

— Y eso que soy muy comedida, pero deja que pase un tiempo, en esa cara tengo que ver una sonrisa diaria y de eso me encargo yo.

Aguantó la sonrisa, pero estuvo a punto de volver a sonreír y eso me hacía sentir bien, además que había notado que se había abierto ese fin de semana mucho conmigo.

Tras el desayuno regresamos para Inverness, me dejó en casa y subí la maleta. Le había puesto un mensaje a Evelin y quedamos para comer en una pizzería.

Le conté todo y alucinaba, no se lo podía creer, eso de que Cameron hubiera sonreído e inclusive se hubiera tomado unas copas conmigo era algo que no hubiera imaginado la pobre, pero ahí estaba yo, desde España, con todo el arte para hacer cambiar las cosas.

Pasamos el día por la ciudad relajadamente, luego nos tomamos un café y unos pasteles en una cafetería muy bonita y ambientada.

Tenía la sensación de haber encontrado en Evelin esa amiga que tanto necesitaba, pero a la vez también la tenía de que con Cameron estaba surgiendo mucha complicidad y que estaba en el camino de conseguir que se abriera totalmente conmigo.

Nos despedimos a las seis de la tarde. Yo quería limpiar un poco en casa y acostarme temprano, esa semana había sido un no parar y quería descansar bien antes de enfrentarme a la nueva semana laboral que comenzaba el día siguiente.

Puse música y lo hice de lo más animada. Si, cuando estaba todavía en España, por un lado, deseosa, pero por otro, temerosa de poner los pies en las Highlands, un pajarito me hubiera dicho lo bien que me iba a sentir, apenas lo hubiera creído.

Mientras limpiaba me reía pensando en los muchos momentos tan cercanos que habíamos vivido en la casa. Si se los contara a Beth, la chica de la agencia de empleo, me diría que me estaba quedando con ella.

Iba a ser verdad eso de que a la vida había que echarle cara, porque si me hubiera amilanado ante el serio semblante de Cameron o ante sus impertinentes comentarios iniciales, a esas alturas habría perdido la posibilidad de disfrutar de un trabajo bien remunerado y de conocer a una persona que por momentos me llenaba más.

Por la noche me acosté feliz, me había encantado haberle arrancado esa sonrisa de su cara, pero aún le tenía que sacar muchas más. Me había propuesto conseguir que Cameron viera la vida de otra manera como tuve que hacer yo al perder a todas las personas que quería. Sabía que una buena actitud era importante para no sentir cómo se quemaban días, tenía que aprender a disfrutar de ellos, a ser feliz a pesar de los golpes que nos propinara la vida.

Y tenía claro algo, yo llegué buscando una nueva vida y muchas sonrisas alrededor de ella...

Capítulo 10

Abrió la verja exterior y entré comprobando que estaba en la puerta interior, parado.

— Buenos días, Cameron ¿Desde cuándo me esperas en la puerta?

— Buenos días, Irina — me regaló una media sonrisa y me puse a negar, riendo.

— ¿Me has sonreído?

— Un poco, Irina, un poco — levantó la ceja y me acompañó hasta la cocina.

Le preparé el desayuno y me pidió que me tomara el café con él. Yo ya me había tomado mi Nesquik en casa, pues era un hábito para mí imprescindible, pero me pareció una idea genial la de acompañarlo.

— Estoy pensando en irme a Fort William una temporada de forma casi inminente y quería asegurarme de que vendrías conmigo.

— Claro, le dije que sí.

— No te preocupes por el dinero, ya que te aumentaré el salario para que cubrir los gastos de tu piso aquí.

— No me preocupo, con lo que gano contigo en una semana ya pago mi piso un mes.

— Pues yo quiero hacerme cargo de su pago, ya que mi decisión hace que tengas que trasladarte.

— De verdad que no hace falta ¿Y lo que me voy a ahorrar en comida? — pregunté, bromeando.

— Da igual, pero yo me haré cargo de pagarte una vez al mes una semana doble.

— No hace falta, en serio, te lo repito.

— Bueno, lo tengo decidido — sonrió levemente.

— ¡Otra sonrisa!

— Eso parece... — levantó la ceja — Ahora me pondré a trabajar todo el día, además en Fort William se encuentra la sede de una de mis empresas y podré ir algunos mañanas a dar una vuelta por allí.

— Me parece formidable ¿Cuándo nos vamos?

— Pues había pensado en que nos fuéramos tan pronto tú estuvieras disponible.

— Ya sabes que lo estoy, así que cuando quieras.

— ¿Mañana?

— Pues sí que lo tienes decidido — reí.

— Me he sentido allí mejor que aquí, es la verdad.

— Pues nos vamos mañana, yo preparo bastante ropa y listo. Eso sí, temprano para hacer allí una buena compra, el viernes compramos bien poco.

— Sin problemas. Pues me pongo a trabajar.

— Vale.

Me iba a Fort William, a esa casa que a mí también me encantaba. Los fines de semana me vendría a Inverness a salir con Evelin y hacer mi vida, así que me gustaba la idea de estar a caballo entre los dos sitios.

La mañana la pasé de lo más nerviosa, me gustaba mucho lo que Cameron me había propuesto. Además, por si fuera poco, estaba decidido a encargarse de los gastos de mi casa. Su decisión daría pie a que yo pudiera reunir más dinero.

Un rato después de que se metiera en su despacho, pensé que igual le apetecía que le llevara un café. Bueno, para ser franca me apetecía a mí llevárselo, así que como lo veía mucho más comunicativo, no tardé en acercarme.

Llegué a la puerta y respiré hondo. Debía ser una tontuela total, pero me notaba nerviosa. Cameron era para mí de lo más atrayente, pero tampoco podía evitar que me siguiera imponiendo. Llamé a su puerta y me dijo que pasara.

— Me preguntaba si te apetecía un café.

— Cómo no, es muy amable por tu parte.

— Es que procuro esforzarme más...

— No entiendo—su cara reflejaba asombro.

— Por aquello que me dijiste aquel día, cuando la pasta, ¿recuerdas? Que me esforzara más.

— No puedo creerlo—esbozó una de aquellas sonrisas que tanto me gustaban—¡Me la tienes guardada!

— Un poco—reí.

— Bueno, digamos que, con este café, ya te has redimido de aquello—bromeó.

— ¿Redimido? No puedo creerlo—me llevé las manos al pecho como si me hubiera ofendido.

— De veras que te agradezco el detalle.

— No hay nada que agradecer, es mi trabajo.

— Pero hay muchas maneras de hacerlo.

Miré a mi alrededor. Trabajar en aquel despacho debía ser una auténtica gozada. Para empezar, estaba ordenado a más no poder y además el confort era la nota predominante en él.

En una de las paredes, había una foto de su padre y él, el día de su graduación universitaria. Verlo tan joven me llamaba poderosamente la atención. Lo cierto es que ya apuntaba maneras y estaba guapo a rabiar, pero diría yo que con los años había ganado en atractivo y es que poca duda cabía de que Cameron era un maduro de lo más interesante...

— ¿Qué miras? Te has quedado como embobada...

— Lo siento, no quería entretenerte, ya me voy.

— No, mujer, no hay prisa. No es eso. Piensa que acabo de incorporarme al trabajo y voy a mi aire, tampoco me está poniendo nadie un puñal en el pecho para que corra.

— Claro. Bueno, miraba tu foto.

— Ya... Seguí el camino de mi padre y estudié con el fin de poder llevar las empresas familiares, de modo que fue un gran día para él.

— Imagino, ¿y para ti?

— También, también. Siempre he amado mi trabajo. He tenido la gran suerte de poder dedicarme a algo que me apasiona y además de encontrarme gran parte del camino recorrido.

— Eso es lo que nosotros llamamos un...—me quedé totalmente cortada. Estaba pensando en alto.

— Dilo, mujer, no te cortes ahora, ¿qué ibas a decir?

— Nada, nada, perdona, ya me voy.

— ¿Ibas a decir de niño pijo? —arqueó la ceja.

Me había pillado con el carrito de los helados y si encima lo negaba, iba a quedar como el culo. Pensé que, a lo hecho, pecho.

— Un poco—reí.

- Bueno, sería un ingrato si no reconociera que la vida me lo puso fácil en ese sentido, pero no en todos, y tampoco he sido un consentido ni un crápula.
- No, hombre, no hubiera pensado yo eso nunca.
- En serio, siempre he luchado por llevar las empresas familiares bien alto, salvo estos dos últimos años de los que no me siento muy orgulloso.
- Pues tampoco debes mortificarte. Necesitabas un *kit kat* y te lo tomaste. Uno también debe saber cuándo parar para tomar aire.
- Me alegra que pienses así, no me gustaría que hubieras sacado tus propias conclusiones y me vieras como un parásito por el hecho de no trabajar en los últimos tiempos.
- Créeme que yo puedo verte como muchas cosas, pero no como un parásito.

En ese momento sí que me despedí y salí de allí como alma que lleva el diablo, porque lo último que deseaba era tener que dar una explicación sobre eso que había soltado.

Seguí haciendo varias faenas de la casa y, un par de horas después me apeteció subirle otro café. Llegué a la clara conclusión de que, cuando no lo veía por la casa, sentía un poco de mono, así que de nuevo estaba allí, delante de su puerta, repitiendo la operación.

- Bueno, bueno, me siento de lo mejor atendido, así ya se puede—lo cogió con agradecimiento.
- No es nada.
- Oye, antes te vi salir de un modo un poco apresurado, creo que dejaste una frase a medias.
- ¿Yo? Debes de haberte equivocado. Me voy, no sea que se me queme la comida.

Volví a salir de allí como una bala. ¡Qué divertido estaba resultando aquello y qué interesante veía a Cameron sentado en la mesa de su despacho!

Me resultaba curioso pensar en que mi jefe había pasado del hombre inexpresivo y poco ocupado

de los primeros días, a volver a ser lo que él era, todo un empresario y con el atractivo añadido de aquellas nuevas ganas que mostraba de abrirse al mundo.

Al salir de su casa aquel día quedamos en que me recogería a las ocho de la mañana siguiente en el mismo lugar de la ocasión anterior.

Por la tarde, no podía reprimir mis nervios. Yo sentía ya a Fort William como un refugio y a Cameron ese hombre al que deseaba seguir conociendo y en aquel entorno me caía todo como mucho más a la mano, lógico si tenía en cuenta que allí convivíamos.

Decidí acercarme a contarle a Evelin la noticia de mi partida en persona. Ella se mostraba cada día más asombrada con la marcha de los acontecimientos.

— Pero prométeme que me tendrás al tanto de todo. No te vayas a olvidar de mí, por favor —ponía carita de pena.

— Es broma, ¿no? ¿Cómo iba a olvidarme de ti? —le di un beso—Te veré los fines de semana.

— Espera, quiero que te lleves una cosa...

— Ni se te ocurra—la vi venir y le advertí con el dedo que no lo hiciera, aunque lo que le dijera caería en saco roto.

Y no me equivoqué. Allí la tenía llenando una bolsa hasta arriba con mis chuches preferidas y advirtiéndome de que, si era capaz, la rechazara. Desde luego que era otro amor. Dicen que la vida te da por un lado lo que te quita por otro, y yo iba a tener que empezar a creer en eso. ¡Vaya si era linda!

Llegué a casa y me tumbé en la cama. Me estaba costando mucho dormir. Pensé en algunas nuevas ideas para mi novela y reí con la idea de que, a ese paso, yo misma me iba a convertir en la protagonista de una en plenas Highlands, fuera en la calidad que fuese.

Para cuando el sueño vino a rendirme, en mi mente se dibujaba la imagen de aquel interesante Cameron en su despacho y la idea de un camino a Fort William que me resultaba de lo más seductor.

Capítulo 11

Estaba de lo más nerviosa, no me podía creer que me fuera con él a Fort, hasta cogí mi portátil para escribir allí.

A las ocho menos cinco estaba en la esquina para recogerme. Metimos mis cosas en el maletero y comenzamos nuestro viaje. Ir en el coche con Cameron era impregnarte en gran medida de historia y patriotismo escocés.

Bien se notaba que era un *highlander* de los de verdad y no un sucedáneo de esos que Evelin me advirtió que había, vamos que se ponían un *kilt* y ya se creían William Wallace. Cameron lo vivía y, aunque todavía no es que hablara por los codos, me iba contando detalles, de los que yo iba tomando nota mental, de los lugares por los que íbamos pasando.

Lo mejor que tenía Escocia es que en un tramo relativamente corto, podías pasar de su lado más verde a un paraje frío y agreste, donde la vida fuera inexistente y los tonos ocres los predominantes.

En aquellos parajes de leyenda, la soledad parecía ir en aumento mientras la visión de los lagos lo salpicaba todo. Si por mí hubiera sido, el coche lo hubiéramos parado a cada momento y hubiéramos tomado mil fotos.

Cameron me iba hablando de lugares emblemáticos para visitar por la zona. En concreto, hizo referencia a un trío de montañas gemelas que a su espalda escondían una sorpresa. Decía que hacer por allí una ruta de senderismo obligada y casi mágica, me hablaba del Valle Perdido y mi mente volaba.

Después se refirió al lago Ness, archiconocido donde los hubiera. Me contó que de niño era incapaz de dejar de escudriñar sus aguas, deseoso de detectar cualquier movimiento que diera verosimilitud a la historia de aquella criatura en forma de dinosaurio marino.

Paramos de nuevo en ese bar a pie de carretera con aquellas maravillosas vistas. A mí me hacían enloquecer y me inspiraban para mi novela.

Él estaba serio, pero no tanto como cuando lo conocí. Poco a poco iba suavizando los músculos

de su cara y eso me gustaba.

— Así que llevas el portátil.

— Si, aprovecharé para escribir un poco en mis ratos libres.

— Bueno, allí puedes marcar el ritmo que quieras, cuentas con todo el día, no tienes por qué encargarte de todo por la mañana.

— Gracias, pero prefiero trabajar por las mañanas y tener las tardes libres.

— El viernes, si quieres volver, te traigo yo y permanezco en Inverness el fin de semana.

— Podrías salir una noche conmigo y con Evelin. Sé que somos dos crías, pero para tomar una cerveza y charlar valemós — apreté los dientes.

— Bueno, no me veo yo por la noche de copas — levantó la ceja.

— Todo es proponértelo...

— Quizás una tarde podemos salir a tomar algo por Fort.

— Pues mira, no es mala idea, así me familiarizo con la ciudad.

— Mis padres también quieren que vaya a Edimburgo uno de estos fines de semana.

— Eso sí que mola, yo tengo en mente hacer alguna escapada y conocer la ciudad.

— Puedes venir, seguro que serás bien recibida.

— Bueno, no lo descarto, soy muy echada para adelante, pero antes me tendrías que prometer que no son tan serios como tú, con uno puedo, pero con tres... — solté una carcajada y se le dibujó otra sonrisa.

— Mi madre es como tú, muy divertida, mi padre es más serio, pero mantiene la sonrisa en su cara, son buenas personas, les encantarás.

— Entonces me apunto.

- Pues si quieres nos vamos el viernes y regresamos el domingo, así les damos la sorpresa.
- Bueno se la darás tú, pero si voy tiene que haber una condición...
- A ver — volvió a levantar la ceja.
- A mí me tienes que sacar a tomar algo por la noche, yo quiero ver la vida nocturna de la ciudad — me encogí de hombros.
- Vale, pero ya sabes que no soy muy divertido.
- ¿Y? La compañía es lo que cuenta.
- Entonces está bien.

Reanudamos el camino hasta Fort William. Antes de llegar paramos en un supermercado y pusimos dos carros hasta arriba. Después nos fuimos a la casa donde volví a instalarme en el mismo dormitorio que la anterior vez y solté mis pertenencias para ponerme a guardar la compra, además de preparar la comida.

Casi que echamos a “pito, pito, gorgorito” en qué porche almorzar. Es lo que tenían los ricos, a mí en mi apartamento no me pasaba eso.

- Esta carne huele que alimenta—dijo él al ver en los platos los solomillos que se nos habían metido por los ojos mientras comprábamos, junto a aquella parrillada de verduras.
- Pues espero que te guste. La he servido con verduras porque no quiero engordar.
- Eso está bien, cuidarse es fundamental... Ya lo hemos hablado.
- Claro y, además, que si como demasiado, no voy a poder zamparme luego la bolsa de chuches que mi amiga Evelin me ha regalado.
- ¿Una bolsa entera? —se echó las manos a la cabeza.
- ¡Hasta arriba!

- ¡Cielo santo! Solo espero que no te la comas de una vez o te veo con un pico de glucemia.
- No, hombre. No soy tan bruta, aunque, con lo que me gusta el dulce, me comería una y diez. No te preocupes que racionaré. Además, tú me vas a ayudar.
- ¿Yo? ¿Lo dices en broma?
- Lo digo en serio...
- No recuerdo la última vez que me metí una gomita de esas en la boca, ¡no me fastidies!
- Tenía cara de no dar crédito.
- Ni que te estuviera proponiendo robar un banco, tienes que reconocer que hay que darle alguna alegría al cuerpo.
- Bueno, reconozco que un whisky de vez en cuando es mi debilidad...
- Por supuesto, es que de otra manera sería para darte un palo, vamos eso que se dice en mi país de que “en casa del herrero, cuchara de palo”.
- Ya, ya, lógico. Bueno, ya daremos buena cuenta de otro copazo de esos, que le sienta al cuerpo como agua de mayo.
- No mientes eso del agua, por lo que más quieras, y menos de mayo, que aquí el tiempo es un sinvivir. Cuando más confiado estás, de repente se presentan unas nubes negras que parece Mordor, aquí hay que ir con el chubasquero debajo del brazo.
- Sí, supongo que para ti esto es una revolución.
- Total, total, aquí vas por la calle con miedo. Aunque hayas salido con un sol de justicia nadie te garantiza que no vuelvas como una sopa—reí.

Después del almuerzo y de recoger la cocina, me eché un rato. Lo mejor de estar en ese encantador lugar es que sentías que había tiempo para absolutamente todo.

Por la tarde me apetecía adelantar un poco mi novela. Con frecuencia, cuando escribía, me acordaba de Nuria y de lo mucho que me animaba a que lo hiciera en plan profesional, un salto al

que jamás me decidí.

Me puse un café y le serví otro a Cameron, que ya estaba también fuera, igual que yo, que disfrutaba unos minutos de la visión de la tarde desde un entorno que se me antojaba como el paraíso.

— Esta tarde la voy a dedicar a escribir desde aquí, si no te molesta.

— ¿Molestarme? ¿Lo dices en serio?

— Bueno, ya sabes que te suelo consultar las cosas.

— No lo hagas, por favor. Lo que me gustaría es que te sintieras como en tu casa.

— Eso no incluye la posibilidad de venderla, ¿verdad? —bromeé.

— No, me temo que hasta ahí no llego, pero tengo una idea—esbozó otra de sus sonrisas y eso me dejó atontada.

— Cuéntame.

— Si no te importa a ti tampoco, trabajaré igualmente aquí desde mi portátil.

Pensé en que su educación era extrema. ¿Acababa de pedirme permiso para trabajar desde su porche? Ganas me dieron de levantarme y comérmelo a besos.

— Por supuesto, me parece una idea formidable. Ambos aprovecharemos la tarde y al mismo tiempo nos haremos compañía.

— Perfecto, entonces.

Y sí, no me equivoqué. Fue una tarde extraordinaria en la que escribí más a gusto que nunca. Tener al lado a aquel hombre, que cada vez me atraía más, era como un regalo. ¿Y a aquello lo llamaban trabajo? Además, y para que no faltara de nada, logré que comiera uno de mis caramelos.

Durante la cena noté que la complicidad iba en aumento. Cameron cada vez se abría más a mí y me contó algunos otros aspectos de la vida y forma de ser de sus padres, para que yo llegara allí

más tranquila.

Por lo que decía debían ser encantadores y yo haría todo lo posible por caerles fenomenal.

— Te repito que no tienes nada de lo que preocuparte, son de lo más afables y hospitalarios, te acogerán como a una hija...

Como a una hija, decía, caí en la cuenta de lo paradójico que era el mundo. Él tenía vivos a sus padres, pero se veían poco, mientras que yo daría lo que tenía por pasar un solo día más de mi vida con los míos. Bueno, así eran las cosas.

Lo mejor es que, aunque no se vieran demasiado, la relación entre ellos era excelente y quién sabía si, ahora que él se encontraba mejor, no volvería a estrechar lazos con sus progenitores.

Nos despedimos y me fui a la cama feliz. Visitar Edimburgo era otro de mis sueños, pero hacerlo junto a Cameron y, además, con el objetivo de visitar a los suyos, era lo más.

Capítulo 12

Me encantaba la paz que desprendía aquella casa, miré por la ventana y vi que el día iba a ser de lo más bonito. Me fascinaba que el tiempo acompañase.

Fui a la cocina a preparar el desayuno y él apareció casi con una sonrisa, dando los buenos días.

- Al final va a ser cierto que esta casa te proporciona mucha paz.
- ¿Y eso?
- Bueno, esa cara mejoró mucho. Ya no pareces el hombre de hielo, ya pasas más por persona — reí.
- Vaya...
- Siéntate que vamos a desayunar, pero fuera, hoy hay que aprovechar la mañana — Puse el desayuno en la bandeja y la saqué al porche de la cocina.
- Había pensado en salir esta tarde a pasear por la ciudad y cenar, me preguntaba si te apetecería venirte.
- Claro, por supuesto ¡Faltaría más! No puede ser que te vayas y me dejes a mí encerrada aquí — reí.
- Pues me parece genial, sobre las seis nos vamos.
- De lujo, así me da tiempo a descansar un poco.

Me encantaba que ya se abriera más, que propusiera cosas, que hablara. No podía vivir sumido en ese silencio que no le hacía bien a nadie y menos a él, lo veía por días más animado.

La mañana la pasé limpiando un poco la casa. No estaba mal, así que fui rápida. Después de eso me metí en la cocina y dejé varias raciones de distintas comidas preparadas para ese día y el siguiente, ya que el viernes nos íbamos para Edimburgo. Se lo había contado por mensajes el día anterior a Evelin y había flipado.

Le llevé algún que otro café a su despacho y aquellos eran momentos que aprovechaba para mantener con él una conversación corta. Cameron se mostraba más abierto, menos serio. Su cambio de actitud me encantaba.

A la hora del almuerzo nos sentamos en la cocina. Me contó que había pedido varias muestras de botellas y que iba a prepararse una bodega en el trastero que había frente a la casa, en un parte del muro del jardín, estaba de lo más animado.

Luego me fui a descansar un rato a mi cuarto, quedamos a las seis para salir por la ciudad.

Me desperté a las cinco con la bonita sensación de que íbamos a disfrutar de una tarde distinta y especial. Desde luego que las que pasábamos en la casa eran también ideales, pero salir a pasear con él suponía todo un acontecimiento.

Abrí el armario y escogí un vestido de punto caído, con el escote fruncido con unos botones, al igual que las mangas. Dejaba caer sobre el pecho una simpática lazada. Era verde primaveral con unas dulces florecitas estampadas.

Resalté mis labios en rosa y me cogí una cola de caballo de esas que tanto se llevaban, con el tupé un poco levantado. Con mis manolequinas amarillas rematé un conjunto en el que destacaría el favorecedor rosa de mis labios.

— Estás muy guapa—soltó sin anestesia Cameron y caí en la cuenta de que mis mofletes se habían puesto rojos como dos tomates.

— Gracias—sonreí.

Me había encantado el detalle de que lo dijera, pero lo cierto es que no lo esperaba. Yo había echado una última visual al espejo antes de salir de mi dormitorio y me había visto muy mona, pero él...no fue ya lo que dijo, sino el cómo.

No hacía falta pensar mucho para rendirme a la evidencia de que era la primera vez que me había hecho un comentario de ese tipo y pensé que ojalá que no fuera la última.

Llegamos al centro de la ciudad y buscamos una cafetería para merendar. Me hizo gracia pensar en él y en el tema del azúcar, pues vi unas bandejas de dulces impresionantes, un surtido multicolor

que me llamaba a gritos.

No pude evitarlo, cuando quise darme cuenta estaba pegada a la vitrina, como una cría, ¡solo me faltaba dar saltitos!

Miré y lo tenía justo detrás de mí.

— Es una trampa, ¿verdad? Yo sé que es una trampa.

— No entiendo...

— Me traes aquí y luego me das una charla sobre el azúcar y bla, bla, bla... Pero que sepas que no puedes ponerme la miel en los labios y luego retirarla. De esta caigo.

— Lo sé, lo sé... Ya te he dicho que soy muy observador, ayer vi que sabías dosificar bien tus caramelos y...

— ¿Y?

— Y he pensado que te gustaría venir a esta cafetería. Es la mejor de la ciudad, famosa por sus pasteles. Vienen a por ellos personas de toda la zona, los fines de semana las colas son interminables...

— Jolines, entonces no tendrás inconveniente en que escoja uno, eso sí, quiero pagar yo.

— Ese es el único inconveniente, te he invitado yo y no lo podría permitir de ninguna de las formas.

— Bueno, pues no vamos a discutir más, quiero aquel...

— Siéntate y ahora te lo llevo todo.

— Me senté y enseguida llegó con dos cafés, mi dulce y un pequeño montadito que se había pedido para él.

— Veo que lo disfrutas, además te has pedido el más colorido...

— Bueno es que a mí el color me pierde, igual que el dulce.

Le conté que cerca de la universidad donde Nuria y yo estudiábamos, habían abierto una tienda de *cupcakes* y que solíamos escaparnos allí a media mañana a por uno. Era todo un ritual y nos los comíamos a pie de las escaleras, antes de volver a entrar en clase.

Algunas veces nos echábamos, con ellos en las manos, unas coloridas fotos y, de hecho, conservaba alguna en el móvil que le enseñé. Yo ya le había hablado de Nuria y lo noté muy interesado en verlas y que le contara. Eso me gustó.

— ¿Sabes? Yo tengo una teoría, creo que hay dos tipos de personas—le señalé.

— Cuéntame, me interesa mucho.

— Pues creo que están las que de verdad se muestran interesadas por tu vida cuando les hablas de ellas, y a las que no les importa un pimiento y te escuchan por compromiso. Incluso esas últimas están deseando que acabes de hablar para hablarte de las suyas.

— Estoy totalmente de acuerdo.

— Pues bien, tú eres de las primeras y eso me agrada—confesé.

— Es que tú eres de esas a las que merece la pena escuchar, Irina—me sentí genial cuando lo dijo.

— Bueno, pues entonces te vas a hartar porque a mí en casa me decían siempre que parecía que había comido lengua, vamos que hablo hasta debajo del agua.

— A mí eso no me importa, todo lo contrario, me gusta mucho escucharte.

— Vale, vale, pero vamos, que esto tampoco es un monólogo, háblame tú también—reí y saqué su sonrisa.

— Contigo lo voy haciendo mucho más, ¿o no?

— Por supuesto, por supuesto, nada que ver.

Y cierto que la situación había cambiado mucho en tan solo unos días. ¡Cielos aquel hombre que me mandó a la cocina ahora me agasajaba con dulces en una pastelería! Menudo avance. Y eso

que solo éramos jefe y empleada, aunque yo sentía que no me miraba como a tal.

Después de merendar dimos un agradable paseo por Fort William y terminamos en un típico pub, cuya especialidad era la cerveza de barril, que probamos.

Una vez nos levantamos, pensé que volvíamos para casa, pero no.

— Quiero invitarte a cenar, ¿aceptas o te estoy acaparando demasiado?

— ¿Acaparando demasiado? Si fuera así, ya me conoces, me rebelaría como un bicho, pero no lo es, ni de lejos.

— Conforme, entonces, ¿puedo elegir yo?

— Por favor, es que debes hacerlo, tú conoces el lugar.

Debí imaginarlo, no me llevó a un restaurante cualquiera. Lo hizo a uno de lo más elegante con visos de que allí había que rascarse el bolsillo sí o sí.

— Creo que te va a gustar. Su especialidad es la cocina moderna británica, pero salpicada con influencias francesas.

— Crees bien, estoy segura de que me va a encantar.

Y así fue. De la cena nada que decir más que simplemente estaba para hacerle un monumento, pero yo me quedo con el lujo que representó para mí su compañía. Durante aquella preciosa velada, fueron varias las miradas que le pillé que se clavaban directas en mi receptivo corazoncito.

Yo no sabía hasta qué punto ni de qué naturaleza, pero ya tenía claro que algo empezaba a sentir Cameron por mí, aunque solo fuera curiosidad. Yo no era una persona que estuviera pasando para él por debajo de la puerta y se percibía.

La vuelta se me hizo igualmente amena y muy corta. Eso sí, ya estábamos un poco hechos polvo, así que en mi caso fue caer sobre la almohada y dormirme.

Jueves por la mañana, los días volaban y no sería hasta el fin de semana siguiente cuando volviera a mi piso, pero a mí me daba igual. Me sentía como en unas vacaciones en Fort y encima me iba a ir a pasar el fin de semana a Edimburgo, eso me parecía de lo más gratificante.

Llegué a la cocina y ahí estaba él, con su media sonrisa y dispuesto a disfrutar del desayuno en el que ya era nuestro lugar, el porche de la esa parte de la casa.

— Estuvo ayer muy bien la tarde.

— Sí, hay que reconocer que no eres tan aburrido — bromeé.

— Bueno, de todas maneras, te lo pareceré por la diferencia de edad, hasta podría ser tu padre.

— No, tanto como eso no, que podrías, pero no te veo tan mayor — reí.

— Un día me llamaste viejo con disimulo.

— No fue con disimulo, fue en modo defensivo — apreté los dientes produciéndole otra sonrisa.

— Bueno pues me alegra que así sea.

El día pasó como un soplo, entre charlas, trabajo, escribir toda la tarde y que estaba emocionada con lo de nuestra marcha del fin de semana, las horas transcurrieron a la velocidad de la luz.

Por la noche nos despedimos quedando en vernos en el desayuno con todo listo para nuestra marcha.

Me acosté sintiéndome extraña. Tenía la sensación de que mis sentimientos iban tomando otro rumbo y que aquel hombre representaba para mí algo más que alguien a quien conseguir sacar una sonrisa, se estaba convirtiendo en el causante de muchas de mis sonrisas.

Capítulo 13

Saqué mi maleta y la dejé en la entrada de la casa. Entré en la cocina y ahí estaba él, con su media sonrisa, guapísimo...Siempre iba impecable, además que olía genial, no sabía qué perfume utilizaba, pero deleitaba el sentido del olfato.

- Buenos días, jefe. ¡Nos vamos de fin de semana! Esta escapada es para mí como ir al Caribe — reí.
- Me alegra que te haga especial ilusión. Ayer hablé con mis padres y se llevaron una grata sorpresa, sobre todo al saber que iría acompañado contigo. No se podían creer que hubieras aceptado, creo que esperaban que dejaras el trabajo como las demás — levantó la ceja.
- No, ni de broma ¿Que voy a dejar el trabajo? ¡Ni mijita! Esto es un chollo.
- Ya, estoy viendo que te lo tomas como tal y me gusta comprobar que te resulta gratificante.
- Mucho. Yo no tengo familia, voy improvisando sobre la marcha y créeme que esto es mucho más de lo que jamás soñé.

Su cara era de felicidad, bueno no era para tirar cohetes, pero sí se le dibujaba esa sonrisa que cada vez aparecía de forma más constante.

Salimos de allí en dirección a Edimburgo. Yo iba entusiasmada, como una niña pequeña de excursión. En el fondo necesitaba estos momentos, no era fácil vivir en un mundo donde te sientes sola como me pasó a mí, la que sentí en aquel tiempo era una sensación de las más feas que se pueden experimentar en la vida.

El viaje fue precioso, duró unas tres horas largas ya que paramos a tomar algo a mitad de camino.

Durante todo el trayecto le hice poner una emisora de radio, así que fuimos escuchando música, cosa que él normalmente no solía hacer. Pero para eso estaba yo, para cambiar todos esos hábitos de solitario huraño que había adquirido y que le habían aislado de los placeres mundanos.

Conforme nos íbamos acercando a la zona donde vivían sus padres, me iba entrando un pellizco en el estómago. Suerte que yo era una persona que socializaba a la perfección y que cara no me faltaba, eso ya lo había demostrado, pero desde luego que la situación un tanto extraña sí era. Al fin y al cabo, yo era la acompañante de Cameron, pero ¿en calidad de qué?

— ¿En qué piensas? Espero que no te preocupe el recibimiento de mis padres, ya te he comentado que será de lo mejor.

— No, no, simplemente que yo soy una chica sencilla. Tengo algo que confesarte, el día que te dije que la casa de mis padres era tres veces más grande que la tuya, exageré un poquito—hice el gesto con los dedos.

— ¿No me digas? Y yo que no lo sospechaba—la sonrisa volvió a iluminar su rostro.

— Vale, vale... Bueno, pues eso, espero que tus padres no vean nada raro en mi visita.

— Tranquila, que lo único que les va a extrañar es que el rarito de su hijo se haya decidido por fin a visitarlos, pero no veas si te lo van a agradecer...

— Eso espero.

Cuando llegamos reconozco que mis piernas volvían a temblar, ¿allí nadie tenía un apartamento como yo?

— ¡Yo flipo! —solté al bajar del coche.

— Me alegra que te guste, estamos a las faldas del extinto volcán de Arthur's Seat, en el barrio de Duddingston.

— Sí, sí, un barrio cualquiera, por lo que veo...

— Cierto que no, es una zona muy exclusiva, pero enseguida vas a comprobar que mis padres son unas personas muy cercanas. Ya verás cómo te gustan.

Flipante, así eran las columnas de la increíble fachada de una casa que más que una mansión parecía directamente un palacete. ¿De verdad me estaba ocurriendo aquello a mí?

Pensé en mi amigo Jorge y en que, si me estuviera viendo por un agujerito en ese momento, seguro que me diría alguna de sus barbaridades en orden a que me lo tenía que quedar, que con un hombre así no iba a dar un palo al agua más y todas esas cosas que a él se le ocurrían.

Tocamos en la puerta y, cómo no, apareció una chica de servicio, pero ataviada con uniforme y cofia. Yo pensé que la pobre parecía directamente sacada de una de esas series británicas de gente de la alta sociedad, que veía mi abuela cuando yo era pequeña.

— ¡Cameron, cariño! —apareció detrás suya su madre. Ya sabía yo por qué el hijo era tan guapo, dichosa la ramita que al tronco sale.

— ¡Hola, mamá! Cuánto tiempo.

— Sí, hijo ya no me acordaba de lo que era tenerte en casa, qué felicidad.

— Mamá, ella es Irina.

— Tenía muchas ganas de conocerte, hija. Considérate en tu casa. Enseguida viene mi marido y te lo presentamos. Seguro que te va a caer muy bien.

— No tengo duda, encantada, señora.

— ¿Señora? No, por favor, así empezamos mal. Me llamo Aila.

— Pues encantada de conocerla, Aila.

— Y así seguimos mal, tutéame, por favor.

— De acuerdo, lo intentaré.

— Mi hijo como siempre tan reservado, me dijo que venía acompañado, pero no por una belleza semejante—me ofreció una bonita sonrisa. ¡A ella sí le salían!

En cuestión de dos minutos salió su padre del despacho y me lo presentaron también. Si Cameron había heredado parte de la belleza de su madre, lo mismo podía decirse de su padre, que me pareció un hombre muy apuesto también.

La casa rezumaba elegancia por doquier exactamente igual que sus dueños, cuyas simples miradas

ya me hacían sentir querida. Una siempre imaginaba a los dueños de aquellas fortunas como personas distantes y engreídas, craso error, ellos se mostraban cercanos y cien por cien amables.

Yo no solo era una amante de la Filología y de la Literatura, la Historia del Arte era otra de mis pasiones y podía dar fe de que aquella casa era para echarle de comer aparte.

El interior me dejó ojiplática. Una deliciosa fusión del clasicismo original con el diseño contemporáneo que era para perder el norte, y el resto de los puntos cardinales de paso. En cuanto al exterior, contaba con unos jardines con unas fuentes dignos de un museo botánico.

— Tenéis una casa, no sabría como definirla, bueno sí, en una sola palabra, es una auténtica maravilla.

— Gracias, hija—contestó Estuardo, que así se llamaba el padre de Cameron.

— Instalarnos aquí fue la culminación de un sueño para nosotros, aunque también supuso estar más lejos de nuestro hijo, al que no hemos visto demasiado en los últimos tiempos —añadió su madre.

— Tienes razón, mamá. Prometo que intentaré venir más a partir de ahora.

Su madre me acompañó al dormitorio, que más que eso me pareció la suite de un hotel de lujo. Llegaba a tal la opulencia de la mansión que me explicó que tenían dormitorios de invitados de diseño femenino, masculino y mixto. Yo lo más parecido que había visto a un edificio de aquellas dimensiones era mi facultad, ¡qué fuerte todo!

Bajamos a almorzar y en ese momento comprobé que también tenían mayordomo. ¡Alucinante! Sus padres hicieron el momento de lo más agradable.

Me estuvieron preguntando por mi procedencia y por algunos aspectos de mi vida, pero con un rollo muy sano, alabando mucho todas las cosas de España, país en el que habían estado varias veces y que les encantaba.

Aila llegó a darme las gracias en distintas ocasiones porque decía que yo era la responsable de que su hijo esbozara de vez en cuando una sonrisa y eso me hizo sentir bien. ¡Al final mi reto estaba sirviendo para alegrarles la vida a todos!

Unas horas después, tomamos el té con ellos en el jardín, en el más distendido de los ambientes y yo estaba que no cabía en mí de gozo.

— ¿Qué deseáis cenar, Irina? —me preguntó Aila cuando la reunión tocaba a su fin.

— Mamá, la cena corre por mi cuenta. Le prometí a Irina que le enseñaría la ciudad de noche.

— Bueno, hijo, no sabes lo que me alegra eso que me dices. Sois jóvenes y es lo que tenéis que hacer, salir y exprimir la noche.

— Tampoco creo que vayamos a volver por la mañana mamá, pero sí, cenaremos y tomaremos una copa.

— Hijo, no creo que vayas a tener que darnos explicaciones de la hora a la que vas a volver, ¡ya sería lo último! Tu padre y yo hace ya unos añitos que no controlamos tu hora de vuelta—rio.

Salir con Cameron por Edimburgo, y de noche, supuso para mí otro acontecimiento, ¡vaya si me hacía ilusión!

Me puse monísima, aunque en línea informal, con unos vaqueros pitillos, unas sandalias altas de lo más coquetas y un top de gasa en rosa palo que era una auténtica monería y me quedaba realmente sexy. Sobre los hombros, llevaba dejaba de caer una chaqueta, que allí ya se sabía...

Durante la cena, en otro restaurante de impresión, yo notaba lo penetrantes que se estaban volviendo las miradas de Cameron. Dijera yo lo que dijera, él no me quitaba ojo de encima. Llegó a tanto la cosa, que prácticamente podría decir que me sentí deseada en esos momentos.

Terminamos de cenar, pero no de mirarnos, y nos dirigimos hacia un pub. Habíamos bebido un vino blanco durante la cena que estaba exquisito y que creo que había entrado demasiado bien.

Yo me notaba ya achispadilla y no pude evitarlo, ¿quién había puesto aquella piedra en mi camino? Semejante tropezón creo que no lo había pegado igual en mi vida, ¡qué fastidio! ¿O no? Porque cuando iba camino de probar el asfalto, Cameron me sujetó y caí en sus brazos.

Si la noche había sido especial, ese momento lo fue todavía más pues, al recogerme, su cara se acercó sospechosamente a la mía y, ¡casi! Yo creía que iba a besarme, pero no, a puntito estuvo.

Eso sí, en el fondo, con las copitas que llevaba encima, pensé que era una auténtica lástima que no lo hubiera hecho, pero igualmente iba más feliz que una perdiz.

Y la noche no acabó ahí. Todavía faltaban unas cuantas horas de diversión por los pubs, durante las cuales me enteré de lo que valía un peine, pues después de probar varias cervezas típicas del lugar, mi cabeza daba vueltas como una peonza, pero no tanto para como para no notar que a Cameron se le escaparon un par de risitas, sí de risitas.

Casi me tiene que llevar de vuelta en brazos, cielos en sus brazos... Debería haber forzado la situación para que lo hubiera hecho, solo de pensarlo... El caso es que no, que llegué, a Dios gracias, por mi propio pie y no sé cómo caí en la cama, pero lo hice, porque allí amanecí a la mañana siguiente, pensando en si me estaría enamorando de Cameron.

Capítulo 14

¿De verdad aquello era un desayuno? Cielo santo, menuda barbaridad... Yo había visto convites de boda más sencillos. Estaba claro que aquellas personas estaban a otro nivel.

Como quien no quiere la cosa, me tomé un Ibuprofeno con mi cacao, pues la resaca de la noche anterior se dejaba sentir un poco en mi cabeza, pero lo cierto es que no pudimos pasarlo mejor. Fue una velada perfecta.

— ¿Qué tal anoche, querida? ¿Te gustó Edimburgo? —me preguntó Aila.

— Me encantó, es un estilo distinto al de Inverness, pero tiene un encanto al que tampoco es fácil escapar.

— Esta chica es muy inteligente, hijo, me gusta mucho cómo lo matiza todo—a Estuardo, que no era un hombre tan dicharachero como su mujer, se le notaba también que era una buena persona, aparte de todo un señor.

— Sí, muy inteligente, y muy guapa también diría yo, marido. Vamos que a mí me parece que forman una parejita preciosa.

— Mamá, para, anda, que te conozco—y estaba claro que la conocía.

Seguramente, de no haberla parado ella hubiera seguido, pero a mí el comentario mentiría si dijera que no me supo a gloria.

— Vale, vale, hijo, que luego me echas la bronca, pero es que yo cuando veo algo, si no lo suelto...

— Revientas, mamá, y lo sé—esbozó una sonrisa.

— Hijo mío, solo por verte sonreír lo diría una y mil veces, cuánto tiempo sin ver esa preciosa sonrisa en tu cara. Me estáis haciendo muy feliz, pero ya me callo.

Y lo hizo, pero también me lanzó un guiño de ojo con el que me dejó muy claro que yo le gustaba para su hijo. ¡Qué curioso! ¿Serían señales? Lo que yo empezaba a pensar, la actitud de Aila, todo

me estaba llamando la atención...

Un rato después salimos a pasear por la ciudad para que yo la viera. Sin prisa ninguna y, en el mejor de los ambientes, estuvimos recorriendo las monumentales calles de Calton Hill, que me parecieron dignas de alabanza.

Más tarde almorzamos, entre risas cómplices. Aila, de vez en cuando, volvía intentar lanzar un tiritito y Cameron, con el mejor de los talantes, la paraba.

— No me deja decir nada, hija, pero tú ya sabes lo que pienso.

A mí me hacía mucha gracia la situación. Después de almorzar fuimos a tomar un café a Elephant House, en el corazón del Old Town, la cafetería en la que J. K. Rowling escribió la primera novela de Harry Potter.

Cameron les contó a sus padres que yo también escribía y yo me morí de la risa pensando en que salvando las diferencias.

— Eso nunca se sabe, hija. Es por poner un ejemplo, como en las cuestiones del amor, no sabe una nunca cuándo va a llegar.

— Ya, ya—reí, recibiendo el nuevo tiritito de una Aila que parecía estar segurísima de que su hijo y yo formábamos una combinación perfecta.

La tarde fue una auténtica delicia y, antes de la hora de la cena, volvimos a la casa. Cameron me había vuelto a invitar a salir y yo estaba deseando repetir una velada que volvía a ver una nueva oportunidad para que disfrutáramos el uno de la compañía del otro.

En aquella ocasión me hice otro tipo de arreglo, pues me encantaba lucir estilos distintos y opté por un bonito vestido en negro, pegado al cuerpo, que me había una estupenda silueta. Sin mangas, tenía debajo del pecho una tira de encaje que le daba un toque sexy que me gustaba. Era una monada, discreta, pero sugerente.

— Sencillamente radiante—murmuró un ilusionado Cameron que me cogió del brazo para salir de la casa.

— Tú también vas muy guapo—me apeteció decirle y es que vaya que si lo estaba.

Nos montamos en el coche y fuimos hasta el restaurante hablando animadamente.

— Mis padres están encantados contigo. Creo que van a venir más a menudo a Inverness a partir de ahora y será tu culpa—bromeó.

— Eso espero o se las verán conmigo, pero tú, jovencito, que sepas que también vas a venir más a verlos. Bueno y yo contigo—dejé caer. Estaba de muy buen humor.

— Repite eso.

— Pues que vas a...

— No, lo de jovencito—pensé que no veía visiones. Parecía una risilla lo que salía de la boca de Cameron.

— Bueno, a ver, pues sí. Lo de que eras mayor te lo dije para picarte un poco, porque reconoce que por aquel entonces eras un poquito borde—reí.

— ¿Sí? —arqueó la ceja.

— Un poquito, “el terror de las empleadas de Inverness”, creo que te llamaban.

— Desde luego que eres un caso—negaba con la cabeza.

Y no, para mí nunca fue así, pero el que conocí tampoco tenía nada que ver con el hombre jovial que tenía ante mis ojos. Cameron había dado un giro de ciento ochenta grados en muy poco tiempo.

— Me alegro mucho de tu cambio—me salió decirle.

— ¿Se nota tanto?

— A la legua.

— Bien, pues habrá que seguir haciendo avances.

- Hombre, eso está claro. Si piensas que voy a cejar en mi empeño antes de escucharte reír a carcajadas, la llevas clara.
- ¿Tiene que ser a carcajadas?
- Sí, sí, a puritas carcajadas y si no, no me vale.

Llegamos al restaurante y comenzó la parte que más me gustaba de aquel fin de semana y que estaba deseando repetir: el festival de miradas que Cameron me dedicaba.

- Te lo advierto, hoy pienso controlarme con la bebida. ¿Ves esta copa? —le señalé.
- La veo, la veo.
- Pues es la única que me voy a tomar en la cena y ya luego algún chupito o algo, que anoche estaba trastornada.
- ¿Trastornada? Pues yo te vi muy bien.
- Sí, sí, tú me verías estupendamente, pero te digo yo que la cabeza me daba tantas vueltas que creía que iba en un barco.
- Bueno, pues hoy nos controlamos un poquito.

El lugar que volvió a escoger para cenar era de diez. Bien se notaba que Cameron había vivido siempre a cuerpo de rey y que conocía todos los mejores lugares de los sitios por los que nos movíamos.

Mirada va y mirada viene, yo me preguntaba si no me vendría bien tomarme otra copita más, a ver si había suerte y volvía a caer en sus brazos, como el día anterior.

Salimos del restaurante y seguimos por la ruta de los pubs. Nos decantamos por uno en el que la música sonaba a un volumen ideal para que pudiéramos hablar y eso es lo que estábamos haciendo.

- ¿Quieres un chupito más? —me preguntaba de vez en cuando para que yo fuera controlando.

— Venga, uno más—le contestaba yo.

Entonces él me soltaba algo que me llegaba al alma.

— No te muevas, ¿eh? Te quiero aquí cuando vuelva.

Repetimos la operación varias veces y a mí se me caí todo al escucharlo. Tanto es así que creo que los últimos los acepté para que me lo volviera a decir. Cameron molaba con copas y sin ellas, pero yo me sentía un poco más desinhibida con algo de alcohol en el cuerpo, para qué me iba a engañar.

Volvía a sentarse y con él llegaban mis risas. Yo cada vez estaba más suelta y le contaba una y mil anécdotas de cuando salía con Nuria y el resto de mi pandilla. A él todo le parecía muy gracioso y también me confió algunos de sus secretos de juventud.

— O sea, que tengo que creerme que tú no naciste serio—lo miré muy intensa cuando ya tenía varios chupitos en el cuerpo.

— No, no, yo también tengo mis batallitas para contar, ¿o qué te crees?

— Hombre claro, para eso eres un *highlander*, desembucha, desembucha...

La velada fue sencillamente inmejorable. Y lo digo con conocimiento de causa. Lo pasamos igual de bien o mejor que la noche anterior, pues cada vez teníamos más confianza, pero hubo un detalle que marcó la diferencia a su favor.

Me explico, bajamos del coche y estábamos justo delante del portón de entrada de la mansión de sus padres cuando las risas dieron paso a las miradas y las miradas a un acercamiento entre nuestras caras que desembocó en... ¡nuestro primer beso!

¿Cómo definir un momento tan deseado como inesperado? Fue un beso único, que duró unos cuantos segundos en los que me sentí elevar varios metros sobre el suelo.

Una vez nuestros labios se separaron, no dijimos nada al respecto, entramos en la casa, nos dimos las buenas noches y cada cual se fue a su dormitorio a dormir.

Mientras me costaba conciliar el sueño, presa de una emoción impresionante, me preguntaba si Cameron estaría igual. Y es que, terminado el beso, nuestros labios se habían separado, pero yo sentía que nuestros corazones se habían unido un poquito.

Capítulo 15

Me desperté pensando en ese beso ¡La que había liado! ¿Y ahora qué? ¿Me seguía comportando como siempre o qué pasaba? ¡Quería que la tierra me tragara!

Bajé a desayunar e hice como si nada pasara, como si se tratara de un día más, además tras el desayuno ya partíamos hacia Fort William, así que nos despedimos de sus padres y prometieron ir algún fin de semana a vernos. Se refirieron a los dos, un detalle que me encandiló ¡Para qué negarlo!

Nos montamos en el coche y no tardó en poner la radio. Para mí ese ya fue un avance monumental en su intento de querer salir de esa espiral solitaria en la que había estado inmerso. Yo lo interpretaba como que iba poco a poco viendo las cosas de otra manera.

Charlamos por el camino y yo estaba un poco cortada ¡Sí, yo! Pero es que lo que había pasado la noche anterior no lo esperaba, simplemente nos dejamos llevar por el momento ¿Se habría arrepentido? No lo creía, pues su actitud era muy complaciente y la sonrisa no dejaba de aparecer en su cara.

Antes de llegar a Fort William almorzamos en un restaurante que nos pilló de camino. Cameron decía que no quería que me pusiera a cocinar nada más llegar, que era mi día de descanso.

Al llegar a su casa nos fuimos directos a los cuartos a deshacer la maleta y me eché un poco a dormir. Me sentía un tanto extraña, aquello del beso me había dejado fuera de juego y encima tenía la incertidumbre de no saber si volvería a pasar. He de reconocer que lo deseaba, a pesar de esa diferencia de edad a mí me gustaba mucho y sabía que detrás de esa fachada de hombre controlador y rudo, había un corazón de lo más noble.

A las seis me puse a preparar café y no tardó en aparecer por la cocina.

Ni buenas tardes, se vino hacia mí y me agarró por la cintura, no se lo pensó dos veces y... ¡Me besó!

Yo tenía una de las tazas en la mano, me había cogido de improviso por completo, pero me gustó.

— Esto ¿Dónde pongo los cafés? — pregunté apretando los dientes después de aquel impactante beso.

— ¿Dónde te apetece?

— No sé, me tiembla todo — reí, sincerándome.

— ¿Quieres que los tomemos en el porche del salón?

— Claro.

Agarró los dos cafés y se dirigió allí. Yo lo seguí con el pulso a mil y el corazón que me iba a salir por la boca.

Nos sentamos y no esperaba la conversación que iba a tener lugar en ese momento.

— No sé qué me pasó, no sé si debo comportarme así por la edad que tienes, pero algo me llevó a volverlo a hacer.

— No te sientas mal por ello, eso sí, no quiero que esto suponga algo que termine propiciando que me des dos patadas y me echés del trabajo — fue lo primero que me salió.

— No, pero ¿me sigues la corriente por esa razón?

— ¡No! — reí — A mí me apetecía igual que a ti. De lo contrario, con mi carácter, te hubieras llevado una patada en los huevos — me salió una carcajada y a él la mejor de sus sonrisas.

— ¿Te puedo preguntar algo?

— Claro.

— ¿Has tenido muchas relaciones?

— Dos — reí — pero mi vida estaba muy enfocada a mis padres, así que consistían en algunas salidas y poco más. Te digo más, nunca me acosté con ningún hombre — me sinceré mientras me ruborizaba y su cara era completamente de asombro.

- Vaya, jamás lo imaginé.
- Además, como imaginarás, tuve la oportunidad, pero el cuerpo jamás me pidió con ellos llegar más allá de unos besos y yo lo interpretaba como una señal.
- Me sorprende que se pueda llegar a desear besar a alguien, pero solo eso, que quede ahí, que no implique querer llegar a algo más.
- Pues sí, tampoco vi en ninguno a mi prototipo de hombre ideal para irme a la cama, con uno de ellos me sentía más madre que otra cosa — solté una carcajada.

No sabía si lo había dejado con dudas sobre por qué no habría pasado en mi vida de unos simples besos, pero intenté explicarme lo mejor posible.

Por otra parte, aunque mi primera vez me generaba una mezcla de temor y deseo, con Cameron era diferente, lo veía más hombre. En realidad, no sabía si llegaría a pasar algo de esa naturaleza entre nosotros, pero no me importaría. En contraposición a los otros chicos, a él lo veía ese hombre con el que probar todo aquello que aún no había experimentado.

Tras esa conversación le propuse ver una película. Era domingo por la tarde y consideré que se trataba de un momento perfecto para hacerlo vivir otras historias que no fueran la suya. Quería sacarlo de esa falta de contacto con la realidad en la que estuvo viviendo los dos últimos años.

Bajé mi portátil y lo conecté a su televisor. Seleccioné una película, ya había preparado hasta palomitas, él sonreía negando, viendo cómo lo preparaba todo. Se notaba que mis propuestas le gustaban, probablemente porque hacían que su mente se evadiera.

Se sentó a mi lado en el sofá sonriente, sí sonriente. Eso para mí era mucho, así que comenzamos a ver la película que era una comedia romántica, pero con mucha acción e intriga. Observé cómo se metía en la trama de lleno e iba murmurando algunos aspectos sobre ella, a la par que nos zampábamos las saladas palomitas.

En un momento dado, agarró mi mano y comenzó a jugar con ella. Me encantó ese gesto, yo estaba de lo más cómoda con las piernas cruzadas en lo alto del sofá. Y, es más, ya al final de la peli estaba estirada con mi cabeza sobre sus piernas, él me había ido acomodando y yo me dejé llevar.

Y terminamos besándonos cuando aparecieron los créditos en la pantalla. Con mucho tacto, Cameron me acariciaba la espalda, me enviaba señales con esa mirada seria con media sonrisa que me hablaba. ¿Qué me decía? Pues que estaba cómodo con esa situación, al menos a mí me parecía que ese era el mensaje que emitían sus penetrantes ojos.

De allí nos fuimos a preparar la cena. Cocinamos una ensalada de pasta caliente, no la esperaba y le encantó. Yo notaba que estaba de lo más atento conmigo, además me ayudaba en todo y comenzaba a soltarte mucho más.

Después de la cena nos quedamos un rato charlando mientras él sostenía mi mano jugueteando con ella. Me fascinaban esos instantes, me sentía muy protegida y notaba que le hacía bien ese contacto, deseaba que aquello se pudiera convertir en algo bonito para los dos.

Nos despedimos antes de dormir y me fui a la habitación emocionada, feliz, aunque me hubiera encantado dormir con él, no por hacer nada, sino por sentirme entre sus brazos.

No podía conciliar el sueño, estaba de lo más nerviosa, me dieron las tantas de la madrugada pensando en todo lo que había sucedido.

Capítulo 16

Llegué a la cocina deseando verlo. Mi sorpresa fue escuchar un silbido desde el porche y me asomé. Lo encontré a mesa puesta, con un desayuno opulento, esperándome.

- Buenos días ¡Qué sorpresa! — sonreí y se levantó.
- Buenos días — sonrió y me dio un beso en los labios que me alegró el despertar.
- Esto sí que no lo esperaba ¿No será una táctica para descontármelo del sueldo?
- Para nada es la intención — alargó la mano para que me sentara.
- Madre mía, qué buena pinta tiene todo cuando te lo ponen por delante.
- Pues a partir de ahora me encargo yo del desayuno — sonó contundente.
- Ah no, tampoco te pases, a ver si me vas a denunciar por explotación al jefe — reí
- Sabes que no — sonrió.
- Por cierto, necesito ir a comprar algunas cosas, como pan, por ejemplo.
- Yo tengo que ir a mi empresa un rato, así que te llevo, te dejo comprando y luego te doy el encuentro ¿Te parece?
- Genial, me lo pones todo muy fácil. No entiendo a esas chicas que abandonaban el puesto, no sabían el chollo que es trabajar contigo — bromeé.
- Pues yo me alegro, gracias a ello me quedé con la mejor.
- ¿Cameron? ¿Eres tú? Estás cambiando mucho ¿No tendrás algún virus raro?
- No, estás sacando lo mejor de mí — sonrió y a mí se me cayeron las bragas en ese momento ¿Cómo podía ser tan lindo?

Después del desayuno pusimos rumbo a la ciudad. Me dejó en el centro y acordé con él hora y

lugar para recogerme.

Ya que estaba allí me tomé un cacao. Me senté en una terraza, pues me apetecía observar a la gente pasear por allí, era algo que me daba mucha vida, se veía de lo más bonito.

Compré el pan, algunas cosas de aseo personal que me hacían falta, algo de verdura fresca, un poco de carne y listo, volví al punto de encuentro a la hora acordada.

Al llegar se bajó del coche para ayudarme a meter las cosas en el maletero, pero con algo entre sus manos ¡Un ramo de flores precioso!

— Sé que puede parecer muy antiguo, o no sé qué, creo que venimos de diferentes épocas, pero pensé que te podría gustar recibirlo — lo puso en mis manos.

— ¡Viva lo clásico! — sonreí emocionada y le propiné un beso en los labios que me salió del alma — Muchas gracias, jamás me habían regalado uno.

Nos metimos en el coche e iba de lo más emocionada. Un detalle así para mí era mejor que si me hubiera tocado la lotería, me hacía una especial ilusión y me ponía de lo más feliz. Detrás de su dura fachada, como decía, se escondía un gran hombre.

Al llegar a su casa coloqué lo comprado y puse el ramo en un jarrón sobre la mesa de la cocina, él entró un rato después y lo vio allí.

— ¿Y eso? — señaló al ramo.

— ¿Te molesta ahí? — pregunté, confundida.

— No, pero me sorprende que hayas elegido la cocina para ponerlo.

— Es mi lugar — le solté bromeando por lo que dijo el primer día.

— Me niego — rio. Sí rio y casi me da algo al escuchar esa floja carcajada provenir de su garganta. Cogió el ramo y lo puso en el salón mientras yo lo seguía para descubrir el lugar escogido por él.

- Lo pongo aquí, a no ser que te lo quieras llevar a tu dormitorio...
- Mejor al tuyo — le solté en una broma que parecía más una indirecta.
- Pues tendrás que dormir allí entonces...
- Bueno ¿No ves lo rápido que me amoldo a todo?
- No sé si tomarlo como una broma o...
- Tómalo como quieras, además mi padre siempre decía eso de que “piensa mal y acertarás” — hice un carraspeo que provocó su sonrisa.
- Mejor — lo cogió de nuevo — Lo llevo a mi dormitorio, espero que no se quede solo y triste por no recibir la visita de su dueña — se encogió de hombros y se fue a llevarlo.

Esa vez no lo seguí, me fui a la cocina con una cara de tonta increíble, a visitar al ramo, digo que sí, aquello iba a parecer un lugar sagrado y yo iba a ser la más fiel religiosa, este no me conocía.

A la hora del almuerzo apareció por la cocina, después de haber dejado el ramo y haber permanecido una hora en su despacho trabajando.

- Que dice el ramo que si quieres echar la siesta con él — dijo mientras nos sentábamos a comer y dejándome sin respiración.
- Claro que sí, por favor, yo soy de las que no abandonan — sonreí ruborizada.
- Me encanta cuando te salen esas rojeces en tus mejillas.
- Vaya y pensé que no te habías dado cuenta — negué.
- Soy muy observador...
- Eso lo tengo claro, porque al pico te cuesta darle, aunque últimamente te estás soltando mucho — hice una burla que le ocasionó una preciosa sonrisa. Por cierto, qué pena de piscina ahí nueva, vacía, de verdad, es todo un desperdicio.

- ¿Quieres que la llene?
- Pues claro — reí — ¿No te gustaría bañarte?
- Bueno, ahora que lo dices, claro, pero ni lo pensé.
- ¡Qué raro eres! — me salió del alma, además que, si me había besado, me daba opción a ser más yo. Eso de pensar para dentro se iba a acabar.
- ¿En qué soy raro?
- En nada, en nada, cosas más — reí mientras él me miraba fijamente conteniendo la sonrisa.
- Vaya, pero creo que es cierto, que me ves así...
- Bueno, ya mucho mejor, antes ni te veía, te miraba y era como mirar a un monumento de esos en los que te fijas por la calle.
- Inerte...
- Totalmente, muerto en vida — volteé los ojos.
- Quizás me faltaba encontrar más cosas que me hicieran sonreír.
- Verás que al final hasta te doy un hijo para que estés todo el día a carcajadas — bromeé.
- ¿Me lo darías?
- Bueno, tanto como dar, lo compartiría — seguí bromeando.
- ¿Te gustaría ser madre?
- Y casarme y toda la parafernalia, pero considero que está en manos del universo, que es el que conspira para que nos pasen o no las cosas.
- Bueno, también dependen en gran medida de las personas.

- Claro, dependen de las personas, pero cuando el universo da el visto bueno — le causé una sonrisa— Y a ti ¿Te gustaría ser padre?
- Bueno, siempre soñé con tener hijos, luego las cosas vinieron como vinieron y claro, todos los sueños se vienen abajo y terminas apartándolos de la cabeza. Pero si es con alguien que me vuelva a hacer sonreír como lo hacía antes, sí que estaría dispuesto.
- Jo, me lo pones jodido, creo que soy la única en este mundo capaz de volverte de lo más risueño, no sé si deberé jugármela tanto... — reí causando otra risa a él.
- Pues mira, no te descartaría como la madre de mis hijos — soltó y por poco me caigo de la silla.
- ¿Y me pierdo el sueldo? ¡No! Me niego rotundamente.

Nos reímos y cambiamos el tema. Era obvio que se trataba de una broma, a ver que podía pasar como en las películas de chacha a señora, pero que en esos momentos en mi cabeza no cabía semejante avance en él. Sabía que le atraía, que nos daríamos muchos besos más, pero no pensaba que yo fuera el tipo de mujer que Cameron buscaba, me daba la sensación de que él me veía muy niña. Y vale que no le faltara razón, que a su lado lo era, pero a mí eso no me importaba.

La comida fue amena, cada vez teníamos más temas de conversación, hasta me ayudó a recoger la mesa y la cocina mientras yo fregaba.

Terminé y me agarró la mano, lo miré riendo.

- El ramo te espera — me dirigía a su habitación y a mí me faltaba el aire en esos momentos.
- Vaya, ya se me había olvidado — solté una carcajada.

Entramos, cerró la puerta y me pegó a él, casi pude sentir su miembro. Me quedé en shock ante aquella mirada que observaba mis labios dispuesto como estaba a hacerse con ellos.

Mi corazón se agitó por momentos, me besó y pegó a él de una manera diferente, con más deseo, como si tuviera muchas ganas de mí.

Luego me arrastró sin soltarme hasta la cama donde me dejó caer con cuidado y se echó a mi lado mirándome.

— Ahora puedes descansar — puso su mano en mi barriga y la acarició por encima de la camiseta.

— ¿Y tú crees que yo voy a poder dormir? — reí sonrojándome.

— Bueno — echó mi pelo hacia atrás de mi oreja — Si prefieres que te siga besando — se fue hacia mis labios de nuevo y se puso encima de mí entre mis piernas.

Ahí sí que me quedé sin aliento, notando su miembro sobre mi zona y poniéndome de lo más nerviosa, además de excitada, aunque me moría de la vergüenza.

Nos dimos un beso de esos que te limpian hasta el estómago, pero él era muy cuidadoso, aunque dejaba ver que me deseaba y mucho, sabía cómo hacerlo.

Hizo unos movimientos que, junto con el roce, me excitaron más, me costaba respirar y él lo sabía.

Luego nos pusimos de lado mirándonos el uno hacia el otro, bien pegados y su mano en mi trasero, al que apretaba mientras me daba mil juguetones besos. No dejaba de mirarme, había tomado el control sobre mí al completo y era incapaz de hacer ni bromas. Estaba cómoda, pero me sentía muy cortada.

Se tumbó boca arriba y me echó sobre su pecho mientras tocaba mi pelo y no sé en qué momento, pero me quedé dormida un rato.

Cuando abrí los ojos unas dos horas después él me estaba mirando y encima con una sonrisa. A mí eso me enamoraba el alma. Le devolví la sonrisa y me besó.

Nos levantamos y bajamos a tomar el café. Por supuesto que lo preparó él, me encantaba que me tratara de esa manera, que se preocupara por mí y que tuviera esos detalles, a nadie le amarga un dulce.

Esa tarde fue preciosa, charlamos y nos regalamos mil besos, tantos como sonrisas comenzaba a obsequiarme, hasta preparó la cena en la que estuvo de lo más hablador, me contó infinidad de detalles de su infancia.

Tras la cena y una preciosa charla, me sugirió que me pusiera el pijama, dejándome entrever que me esperaba en su dormitorio.

Opté por un camisón de verano, era como un vestidito de tirantes. Estaba nerviosa, regresé junto a él, que me esperaba de pie al lado de la puerta, cogió mis dos manos y me besó, tierno, suave con mucho cariño mientras su mano se ahuecaba en mi cuello.

Él estaba con un pantalón corto de algodón y una camiseta, era de lo más irresistible y su cuerpo me parecía espectacular.

Me cogió de la mano, me metí en su cama y luego se metió él, tapándonos con esa fina y suave sábana.

Y me abrazó...

Me puso sobre su hombro mientras acariciaba mi pelo con sus dedos metidos en mi melena por la parte de la nuca.

— Descansa, Irina — me dio un beso en la frente y apagó la luz, dejándome sobre él y sus caricias.

Capítulo 17

Abrí los ojos e intenté salir de la cama sin hacer ruido. Pretendía ir a preparar el desayuno sin despertarlo, pero su mano me agarró en esa oscura habitación donde estaba todo cerrado a cal canto.

— ¿Te vas sin darme los buenos días? — preguntó flojito, aguantando mi mano.

— No quise despertarte... — sonreí y lo abracé.

— Bueno, no estaba durmiendo, intenté no moverme para no despertarte.

— ¡Qué mono! — le agarré la cara y le di un beso en los labios.

— No quiero que te levantes porque estés pendiente de una hora, ya no tienes obligación.

— No me digas eso, es mi trabajo y me hace falta. No quiero obtener más beneficios de los que tengo, sabes que lo hago todo de mil amores y no veo que esté matándome.

— Vamos a desayunar, que quiero hablar contigo — hizo un carraspeo y lo miré cuando encendió la luz con cara de no entender esa necesidad de charla.

Me acerqué a mi dormitorio a ducharme rápidamente y cambiarme. Cuando bajé ya estaba en la terraza de la cocina con el desayuno.

— Me vas a malacostumbrar — sonreí negando.

— Te lo mereces, créeme que te lo mereces.

— No será para tanto — le saqué la lengua provocándole una carcajada.

— Pues como te dije quería hablar contigo.

— Miedo me da — apreté los dientes.

— No, tranquila — sonrió — ¿Qué crees que sientes por mí?

— Joder con el *highlander*, no te imaginaba haciéndome esta pregunta — reí.

- Me interesa saber la verdad.
- ¿Y eso?
- No quiero que hagas nada que no desees y pensé que quizás te dejaste llevar y correspondiste a mis besos por el tema de no perder el trabajo o de la soledad...
- ¡No! — reí — Podría estar muriéndome de hambre, que gracias a mis padres que en paz descansen no es el caso, y jamás haría algo así por conseguir un objetivo, además nunca me besaría con una persona que no me gustara.
- Me parece bien.
- No sé cómo calificar lo que siento por ti, pero es un sentimiento bonito, no se trata de tener algo para no sentir la soledad, a ella estoy acostumbrada y no la cambio a cualquier precio. Pero poco a poco fui sintiendo por ti cosas, me causabas alguna que otra mariposa en el estómago y me siento cómoda — él me escuchaba en silencio, mirándome...
- ¿Qué esperas?
- Ah vale, no, a mí no me vas a interrogar porque ni que fueras el FBI, la Interpool o similares — reí provocándole una sonrisa.
- No es eso, no quiero hacer algo que te moleste o cambie tus planes, me gustaría saber qué piensas o esperas de esto.
- Cameron estás muy chapado a la antigua — reí — Yo no espero nada, estoy trabajando para ti muy cómoda, surgió algo que no esperaba o esperábamos y creo que solo consiste en dejarlo fluir.
- Me cuesta separar lo laboral y lo personal contigo...
- Ah pues se acabó lo personal, por mi trabajo mato— reí.
- A ver quiero ser claro contigo, jamás voy a jugar ni con mis sentimientos y mucho menos con los de nadie. Yo no esperaba por nada del mundo y bajo ningún concepto que pasara por ahora algo así en mi vida.

- No conoces a las españolas — le hice un guiño y le provoqué otra sonrisa.
- Este es el problema, que me haces sonreír y lo cierto es que eso parecía imposible. Me has hecho salir del caos en el que estaba sumido. No veía más allá y con los días me ganaste, me ganaste haciéndome sonreír, me ganaste haciéndome sentir ganas de volver a besar, de abrazar...
- ¿Y eso supone un problema?
- El problema es que te amo y no te puedo ver con unos horarios, con una rutina...
- Verás — me estaba viendo algo venir.
- No te preocupes que no pasa nada, solo que me preguntaba si...
- ¿Si qué? No hagas silencios que se me atraganta la tostada — reí.
- Yo jamás pensé volver a sentir esto en la vida, nunca, pensé que me moriría en la más absoluta soledad, sin volver a amar, no sé si es muy fuerte lo que siento, pero me gusta. Me encantaría que la nuestra se convirtiera en otro tipo de relación más sana, sin verte como la chica que lleva mi casa, sino que hace las labores de nuestra casa.
- ¿Me vas a dar una parte de la casa? — bromeé nerviosa por lo que estaba escuchando.
- Quién sabe si algún día — sonrió.
- Ya me vas a dejar sin sueldo, me lo estoy viendo venir — reí.
- No, no lo haría, solo te pido que no veas ya esto como la obligación de lunes a viernes, entre los dos podemos llevar la casa, disfrutar de lo nuestro...
- Espera que me estoy mareando — bromeé poniéndome la mano en la frente — Suelta las cosas más rápido, entre tanta pausa me está entrando ansiedad.
- Quiero estar contigo, me apetece seguir sintiendo esto que hasta ahora no sentí con nadie, eres con la única persona que quiero compartir mi vida, la que me hace sonreír, a la que tengo ganas de besar, de proteger...

- ¡Qué bonito! Suena a una declaración de amor — asentí bromeando con el gesto.
- No me tomas en serio — levantó la ceja sonriendo.
- A ver, estoy aquí durante la semana, inclusive he dormido contigo ¿Es que quieres que me quede también los fines de semana y ya de paso a vivir permanentemente aquí? Suéltalo sin miedo, ya estoy preparada — reí.
- No quiero que me veas como tu jefe...
- Entonces ya estoy despedida.
- Sí, pero siempre que estés a mi lado percibirás tu sueldo.
- A ver ¿Paso de chacha a chica de compañía? — reí.
- ¡No! — rio — Quiero vivir contigo, quiero dejar fluir lo que está naciendo. Sé que quizás no soy el hombre con el que soñabas tener una relación por mi edad, pero estoy dispuesto a intentar ponerme a la altura de lo que necesites.
- ¡Ay, Dios! — incorporé el cuerpo por encima de la mesa y le di un beso — Si no solo te voy a hacer reír a carcajadas, también te voy a enamorar — reí mientras miraba la sonrisa tan bonita que tenía — Yo quiero intentarlo — cambié el tono — pero hay algo que me machaca...
- Dime.
- Yo tengo los ahorros de mis padres por si algún día necesito tirar de ellos. Ni por asomo voy a cobrarte por estar contigo viviendo aquí y llevando la casa como tú, pero eso sí, tendré que soltar mi apartamento. No quiero mantener algo que no es mío, tirando inútilmente el dinero. Si esto no sale bien ya alquilaré otro.
- ¿Lo dejarías por mí?
- ¿Por qué no? Al fin y al cabo, ya no vivo allí — me encogí de hombros.

Agarró mi mano por encima de la mesa.

- No sé cómo lo haré contigo, soy consciente de que eres muchísimo más joven que yo,

pero intentaré cuidarte todo lo que pueda.

— Verás que el highlander este va a ser romántico y todo — murmuré en voz baja y le causé una sonrisa.

— Algo hay de eso — hizo un carraspeo.

— ¿Entonces te parece si aviso de que dejo el piso? Perderé la señal, pero me da igual.

— Te la daré yo, al igual que todos los meses te seguiré haciendo un ingreso para que dispongas de tu propio dinero.

— Joder, esto es un chollo más grande de lo que pensaba — reí.

— Si quieres mañana vamos a retirar tus cosas y nos quedamos unos días allí para que veas a tu amiga, del mismo modo que la puedes invitar a venir un fin de semana.

— ¿De verdad? — pregunté emocionada.

— Claro — sonreía feliz y yo me sentía la más afortunada del mundo — Quiero que aquí o allí consigas ver el mío como tu hogar y que a mí me veas como parte de tu familia, de verdad que quiero ser todo aquello que necesites en tu vida.

— A mí no me vayas a hacer llorar y una cosa te digo, me vas a acompañar a ver a mi amiga y vas a ir con una sonrisa de oreja a oreja, te lo advierto, prometí que conseguiría hacerlo.

— ¿A sí? Así que ella estaba al tanto...

— De todo — reí, mordisqueando la tostada.

— Yo tengo mucho trabajo por hacer que adelantaré día por día, pero en la casa también pondré de mi parte.

— Ah no, la casa déjamela a mí, si realmente con limpiarla a fondo una vez en semana se mantiene. El resto, un pañito, escoba y listo.

Terminamos de desayunar y se fue a su despacho. Yo me quedé preparando un guiso y después a recoger el dormitorio. A continuación, me senté un rato en el jardín a escribir, eso era vida.

Al mediodía me besó como él solo sabía y me ayudó a preparar la mesa. Antes de sentarnos abrió una botella de vino.

Chocó su copa con la mía. Brindamos. Estaba risueño, silencioso, pero con miradas que lo decían todo y yo estaba loca por comérmelo a besos, es que lo adoraba, se había convertido en el núcleo de mi vida.

De allí nos fuimos a su dormitorio a echarnos, bueno, antes me hizo trasladar mis pertenencias del dormitorio de invitados al suyo. Lo veía ilusionado como a un niño pequeño y me hacía mucha ilusión.

Nos echamos y tuvimos nuestros roces y besos, pero notaba que a él le costaba llegar a más, era como si no se atreviera. A mí me gustaba que fuera así conmigo, paciente, ante todo me imponía como hombre, no estaba acostumbrada a ellos y menos con esa edad.

Me quedé dormida entre esos brazos que comenzaban a formar parte de mi vida, de mi día a día, bendito el momento en que acepté aquel trabajo.

Cuando despertamos salimos a tomar un café a la calle. Me llevó de la mano todo el tiempo y yo me sentía la mujer más feliz del mundo, además veía la sonrisa que permanecía perenne en su cara, aunque sin perder ese lado serio que tenía.

Pasamos toda la tarde en la ciudad, inclusive cenamos en un restaurante en el que preparaban unas hamburguesas de lo más jugosas y completas, con unas patatas que eran una delicia.

Después decidimos tomar una copa y más tarde volvimos a casa. Me encantaba ese lado del que ya era mi pareja. Estuvimos charlando todo el tiempo, me miraba sonriente, era un nuevo Cameron al que si vieran en Inverness se sorprenderían.

Cuando llegamos nos duchamos cada uno en un baño diferente y luego nos encontramos en la cama, en esa en la que sus besos y caricias volvían a ser el bálsamo que lograría mi descanso.

Capítulo 18

Me sonrió cuando lo miré al despertar, esa vez había un poco de luz y me acurruqué en su brazo.

— Buenos días, Irina — besó mi frente.

— Buenos días. Pensé que me íbas a decir cariño o una de esas cosas — bromeé.

— Me gusta tu nombre — me pegó más a él.

— Vamos, que no me vas a decir cariño, amor y esas cosas que se dicen los que se levantan en una misma cama — reí y lo hice sonreír.

— ¿Te haría sentir mejor?

— No y además sinceramente, no te imagino pronunciando esas palabras — reí.

— Ah ¿No? — me pegó a él.

— ¡No! — reí mientras me lo comía a besos.

Nos besamos unos instantes de esos que te dan vida para una buena temporada.

Nos fuimos a duchar, nos cambiamos y bajamos a desayunar, ya que íbamos unos días a Inverness y pasaríamos por mi piso para coger mis cosas.

Había avisado al propietario del apartamento de que lo dejaba, el buen hombre no objetó nada. Es más, quedó en devolverme la señal, ya que decía que lo tendría alquilado al día siguiente si le entregaba ese mismo día la llave.

Tenía pocas cosas, tres maletas para mi ropa y cosas sueltas, además de la comida que metimos en un carrito que yo me había comprado para la compra, me encantaba salir con él al supermercado.

Entregamos la llave y dejamos las cosas en su coche, íbamos a comer en la ciudad y luego iríamos para casa, así que le dije de pasar por la tienda de Evelin. Le pareció genial. Ya por mensajes la

tenía al tanto de todo.

— ¡Irina! — gritó emocionada al verme.

— Evelin — nos abrazamos — Aquí te presento a Cameron el señor de la sonrisa permanente — me eché a reír y mi amiga negó sonriendo avergonzada.

— Encantado.

— Encantada.

— No me dirás que no lo conseguí.

— Vaya que sí, ya veo — lo miró y tenía esa sonrisa que me prometió que no quitaría.

La invitamos a comer y para mi sorpresa en el restaurante estaba la chica de la oficina de empleo, Beth. Al vernos juntos y con Evelin, a la que también conocía, se acercó a saludarnos. Bien mirado, él era su cliente, ¡y ella lo había visto sonriendo!

— Cameron no me creo que Irina se haya salido con la suya y le haya conseguido hacer sonreír.

— Eso parece — le dio dos besos.

— Cuánto me alegro, de verdad — me miró y me dio un abrazo.

— Cuando tengas que lidiar con otro como este me llamas — bromeé causando una risa en todos.

Nos despedimos de ella y nos sentamos a comer con Evelin. Estaba incrédula hablando con los dos. Por suerte, Cameron se mostraba muy comunicativo y charlaba animadamente.

Durante la comida le dijimos que el viernes volvíamos a Fort William, y que, si se quería venir el fin de semana, la esperábamos encantados. Ella respondió que hablaría con la chica que a veces la cubría y si accedía a trabajar el sábado se acercaría el viernes por la tarde en su coche. Me puso

muy contenta que existiera esa posibilidad.

Yo sabía que mi amiga me iba a someter a un tercer grado de esos de interrogatorio de película a través del móvil. Lo estaba temiendo, se había quedado muy loca con eso de comer con nosotros y ver cómo sonreía mi ¿chico? Yo ya no sabía ni cómo etiquetarlo...pero sí...

De allí nos fuimos para la casa, antes pasamos a comprar un poco de pan y unos pasteles que nos íbamos a comer para merendar. Y digo comíamos porque ya estaba más receptivo a un poco de dulce.

Coloqué las cosas y él fue preparando un café para merendar con los dulces en el salón.

Levanté la mano como gesto triunfante por haber guardado ya todas mis pertenencias en el armario que me había dejado en su dormitorio.

— ¿Listo todo?

— Ajá — lo miré sugerente.

— Dejas un piso y ahora tienes dos casas...

— No son mis casas, pero tampoco aquel era mi piso — reí y me senté encima suya, que estaba en el sofá con todo delante sobre la mesa.

Me agarró por la cintura y me besó.

— Otra vez volvió a pasarme lo mismo...

— ¿Qué? — pregunté extrañada.

— Me siento mejor en Fort que aquí, es entrar en esta casa y me da una cosa...

— Y eso que es la casa donde viviste toda la vida...

— Y donde pensaba que me sentía bien, pero no, la vida que tengo en la otra esta se la lleva.

— ¿Podrás aguantar hasta el viernes o volvemos mañana? — reí abrazándolo con fuerzas.

— No sé — su mano apretó mi glúteo y me besó.

La tarde pasó volando entre charlas y preparando cosas para llevarnos a Fort. Al final acordamos que pasaríamos la mayor parte del tiempo allí y a Inverness vendríamos algún que otro fin de semana. Lo cierto era que él se sentía mejor allí y yo donde él estuviera bien.

Por la noche dormimos abrazados entre caricias, pensé que pasaría algo más, pero Cameron seguía con su extremo tacto, cosa que yo agradecía.

Capítulo 19

Después de un buen desayuno partimos hacia Fort William...

Aquel camino finalmente iba a ser de lo más familiar para mí, me gustaba hacerlo, me daba paz y sobre todo mucha felicidad.

Entramos en la casa y coloqué cosas más que había llevado de más. Un rato después salimos a comer por Fort y aproveché para comprarme algo de ropa, que él se empeñó en pagar, para eso era muy generoso y chapado a la antigua.

Llegamos por la noche después de hasta cenar en la calle, me metí en la ducha y luego me fui a la cama con él.

Al entrar en el dormitorio me encontré con tres velas encendidas, él me cogió por la cintura y me llevó a la cama.

— ¡Ay, que me lo veo venir! — bromeé pegándome a su pecho.

— ¿Qué te ves venir? — me miraba con esa sonrisa y esos ojos que me hacían poner de lo más nerviosa.

— ¡Esto! — reí — Me cago toda — solté con gracia.

— No pasará nada que no quieras...

— Contigo lo quiero todo, pero me cago — no paraba de reír por los nervios.

Me besó y me quitó el camisón con cuidado, al igual que el sujetador, mientras me miraba y se me ponía la piel de gallina.

Nos metimos en la cama, yo solo llevaba las bragas y miraba hacia el techo y él estaba de lado mirándome.

Me volvió a besar y esa vez sus labios fueron bajando hasta mis pechos, los lamió con cuidado, noté cómo mi respiración se aceleraba.

Sus manos fueron hacia mis bragas para bajarlas, yo lo ayudé levantando las caderas, aunque creía que me iba a morir de la vergüenza.

— Abre un poco y relájate — ordenó con ese tono bajo.

Abrí las piernas con las rodillas flexionadas, cogí aire mientras notaba cómo se sentaba entre mis piernas y ponía cada una a su lado.

— ¿Te has masturbado con algo?

— No — reí.

— ¿Nunca?

— Nunca metí nada por ahí, solo toqué mi parte hinchada — reí refiriéndome al clítoris.

Vi cómo sonreía y sus dedos jugueteaban por fuera, por mi clítoris. Comenzó a introducir un dedo con sumo cuidado en mi vagina, me contraje un poco cuando iba adentrándose en ella.

— Afloja ¿Te duele?

— No, pero noté mucha presión — sonreí agitadamente.

Su dedo fue un poco más hacia dentro y me produjo una sensación dolorosa, pero a la vez placentera. Cameron iba con cuidado, con su otra mano estimulaba mi clítoris.

Sacó su dedo e introdujo dos, la sensación era dispersa, pero me volvía loca eso ahí, en mi cavidad íntima. Ahora bien, el placer, la incomodidad de notar aquello en mi interior y los nervios me iban contrayendo hasta que poco a poco me fui relajando, llegando a un orgasmo clitoriano.

Se puso un preservativo y colocó su miembro en la entrada de mi cavidad, apoyándose en mis rodillas.

— Voy a ir muy lentamente, me dices si paro.

— Vale — el corazón parecía que se me iba a salir del pecho.

— ¿Bien? — preguntó mientras lo iba metiendo lentamente.

Aquello era una anaconda por lo menos, yo pensaba que no cabía, pero poco a poco iba entrando.

— Sí — solté el aire.

Respiré cuando finalmente entró. No pensaba que pudiera, pues el tamaño era considerable y yo era una inexperta total en las cuestiones sexuales, pero entró y poco a poco se fue moviendo mientras me miraba con esos ojos y lo hacía con cariño. Fue lo que noté, mucho tacto y cuidado en esos momentos.

Me fui excitando, sintiendo aquella zona más receptiva y relajada, llegó al orgasmo y se tiró sobre mí con cuidado dándome muchos besos.

Fuimos a su baño y nos metimos en la ducha, él estaba sonriente, cuidadoso, pendiente de mí. Me encantaba la forma que tenía de actuar conmigo y ¡vaya cuerpo!

Volvimos a la cama y me tumbé en su pecho, solo con las bragas y él con su bóxer. Nos abrazamos, sentí que mi primera vez había sido lo soñado, con la persona correcta.

Por la mañana desperté y me estaba acariciando, jugueteaba con mi cuerpo y mis pezones mientras me miraba sonriente.

Me pegué a él y lo abracé. Me fascinaba sentirme entre sus brazos.

Volvió a devorarme con besos, con caricias, a tocarme con más intensidad, me puse a mil... No podía dejar de gemir mientras mi respiración se acortaba.

Su boca fue hasta mi parte íntima y comenzó a lamer ¡Joder con Cameron! Me agarré a las sábanas dispuesta a disfrutar de ese momento tan erótico y excitante que me llevó al mayor de los orgasmos.

Esa vez lo hizo con más soltura, con más pasión y yo me sentí la mujer más deseada del mundo. Aquello me gustaba y mucho, me hacía sentir emociones que antes no había experimentado, disfruté mucho más que el día anterior.

Bajamos a desayunar y consideré que recibía un regalo de la vida, estaba viendo la sonrisa más bonita reflejada en su cara.

— Quiero contarte algo... — su voz me dejó sin aliento.

— ¿Pasa algo?

— Quiero que sepas toda la verdad de por qué mi actitud todo este tiempo, de por qué no era capaz de sonreír, de todo eso que me mata por dentro.

— No entiendo... Imagino que estabas así por la pérdida de tu mujer.

— Yo no era feliz con ella... — dijo dejándome totalmente loca — Llevábamos un año en el que ni siquiera nos acostábamos, ella siempre estaba ausente de la casa y yo intuía que estaba con otra persona.

— No me lo puedo creer.

— Cuando confirmé que estaba con otro le dije que nos íbamos a divorciar, eso a lo que ella no se atrevía por la vida tan cómoda que llevaba a mi lado, pero se vio acorralada y el día que falleció íbamos para firmar los papeles de la separación.

— ¿Pero ella no tenía una enfermedad?

— No, tuvimos un accidente de coche, íbamos discutiendo y perdí el control al mirarla. Chocamos con gran violencia, ella murió en el acto, mientras que yo solo sufrí unas fracturas.

— Joder — me puse las manos en la boca.

— He vivido con culpa todo el tiempo, con tristeza de no haber sido yo el que me hubiera muerto. Me he destrozado la vida machacándome, me generaba hasta malestar salir a la calle, sentía como que debía cumplir mi condena por lo que pasó.

- Pero eso no es así.
- Lo sé, pero no podía evitarlo, por eso mi rechazo hacia todo el mundo. No me sentía bien hablando con nadie y mucho menos era capaz de sonreír, hasta que llegaste tú...
- ¿Y?
- Me sacaste una sonrisa y me devolviste las ganas de vivir...
- Pienso que te machacaste mucho, fue un accidente, tú no querías que ocurriera.
- Pero me distraje con la disputa, no paraba de lanzarme toda clase de improperios, a pesar de ser ella la que provocó el divorcio.
- Debes quitarte esa sensación Cameron, no puedes vivir con ello.
- Lo sé, me estás devolviendo la vida y estoy consiguiendo ser algo más feliz, ahora solo quiero cuidarte.
- Oye, que no soy tu hija — reí.
- Pues no te creas que no te voy a cuidar como si lo fueras — carraspeó.
- Dame un abrazo, anda — me levanté y nos abrazamos fuertemente — Yo te voy a ayudar a que te vayas sintiendo mejor, tú mi padre, yo tú psicóloga — lo pegué fuerte contra mí.

Por fin lo entendía, lo comprendía perfectamente, estaba inmerso en un duelo entre él mismo y esos sentimientos de culpabilidad. Cameron era un gran hombre, incapaz de hacer daño a nadie y con unos valores intactos. No quería por nada del mundo que siguiera sufriendo, necesitaba calmar poco a poco su dolor y me alegraba mucho haber sido la causante de devolver la sonrisa a su cara.

Capítulo 20

Y llegó el fin de semana y con él Evelin que apareció a la hora de la cena.

Cenamos en el porche del salón. Mi amiga había alucinado con la casa y con todo, además le conté por mensajes de voz lo ocurrido. Comenzó a comprender sus circunstancias y encima se alegraba mucho de que me hubiera quedado al lado de ese hombre sacándole sonrisas.

Tras la cena nos pusimos a tomar copas y a jugar a las cartas. Cameron nos miraba aguantando la risa por la que nos estaba dando, ni pensando las dos juntas ni con trampas podíamos con él.

Bebimos más de la cuenta, Evelin y yo ya estábamos de lo más borrachas riéndonos un montón porque seguíamos haciendo trampas, pero nada, no había forma de poder con él.

Lo pasamos tan bien que nos acostamos a las tantas. La acompañé al cuarto junto con Cameron. Yo no podía ir derecha, parecía que estaba meciendo un paso de Semana Santa.

Cuando aterricé en nuestra cama caí a plomo, bocabajo, notaba como él me colocaba bien y me tapaba con las sábanas.

Desperté por la mañana con un dolor de cabeza de lo más fuerte, al igual que mi amiga que cuando me vio en su cuarto decía que se moría.

Bajamos a desayunar y Cameron nos estaba preparando un festín.

— Joder es un chollo — me murmuró Evelin al ver la escena.

— Mira el que tenía cara de pena al final lo feliz que parece — bromeé en flojo.

— Buenos días, chicas. Os estoy escuchando.

— Encima tienes el oído fino — me acerqué a besarlo.

— ¿Qué tal dormiste Evelin?

— Bien, la verdad es que la cama es muy confortable.

- Me alegra saberlo. Salid a la terraza que os pongo el desayuno.
- ¿Tienes un hermano gemelo como tú? — preguntó bromeando.
- No — rio — pero seguro que hay muchos hombres dispuestos a ponerte el desayuno.
- Pues no sé dónde, todos terminan huyendo de mí — me hizo reír la jodida.

Nos sentamos a desayunar. Con eso y la pastilla que nos dio se nos fue pasando la resaca, así que después de una hora allí de relax, nos fuimos a la ducha y salimos a comer por Fort William las dos solas, ya que Cameron tenía que hacer unas cosas del trabajo y porque sabía que nos quería dar nuestro espacio. Lo iba conociendo a la perfección.

- Joder al final el tío no veas, te has llevado lo mejor de lo mejor.
- Te dije que solo era cuestión de hacerlo sonreír.
- Me dio mucha pena lo del accidente que me contaste, por eso estaba así.
- Sí, la realidad es que vivió mucho tiempo con cargo de conciencia.
- Sobre la muerte de su mujer no había nada claro, se escuchaban muchas versiones en Inverness.
- Pues mira, la que nadie contó, fue.

Paseamos, almorzamos y por la tarde volvimos a la casa con pasteles. Cameron había preparado la cena para esa noche, la dejó lista para que llegada la hora no nos complicáramos.

Nos tomamos el café con los pasteles y luego nos fuimos al salón los tres a ver una película, ese día no queríamos alcohol ni en broma.

Llegada la hora, me acosté fresca y Cameron no tardó en despojarme de mi camión. Ya había entre nosotros una química mucho mayor. Yo disfrutaba sin esos miedos de las primeras veces y él convertía mi cuerpo en todo un repertorio de sensaciones.

Por la mañana desayunamos con Evelin, que a continuación se fue. Había quedado para comer con

su abuela y padres, así que nos despedimos quedando en vernos en breve.

Cameron y yo salimos a comer a la calle, a pasear, a disfrutar de ese día de verano que lucía precioso, invitándonos a tomar cervezas en las diferentes terrazas y a ver la animación que había en Fort.

Me sentía la diosa de la fortuna con ese hombre, como si la vida me tuviera guardado un premio que finalmente me entregó. Antes me sentía sola, sin nadie, pero de nuevo volvía a tener la sensación de disfrutar de una ilusión, de una persona que se preocupara por mí, de un motivo para no dejar de sonreír.

Capítulo 21

Habían pasado dos meses desde que dejé mi apartamento, desde que comencé algo serio con Cameron, desde que se esfumaron todas esas dudas en relación a qué tormentos mentales le habían llevado a ser un hombre sumido en esa constante seriedad. Ya no era así, la sonrisa vivía permanentemente en su rostro y eso hacía que mi dicha fuera plena.

Me gustaba Escocia, sobre todo la casa en Fort William, aunque a veces solíamos escaparnos a Inverness e inclusive salir de fiesta con mi amiga. Mi chico se apuntaba a todo, pero también me daba mucho espacio para que disfrutara a solas con Evelin, era un hombre de los pies a la cabeza, una gran persona.

Cameron acudía dos veces en semana a una de sus empresas a trabajar. En mi caso estaba trabajando en una novela que no iba a ser un relato, sería una comedia romántica que esperaba algún día publicar y él me apoyaba por completo. Le encantaba leer mis textos y era mi mayor fan.

Sus padres tenían pasión conmigo. Pronto repetimos visitas, yendo un par de días a verlos y estaban súper contentos con nuestra relación. Me trataban como a una hija, me sentía como parte de su familia, era increíble cómo iba marchando todo.

Aquella mañana tenía que ir al médico, pues me sentía muy débil y Cameron se había empeñado en que me hicieran unas pruebas en la clínica privada.

Y no, no me lo podía creer cuando el médico nos felicitó por el embarazo...

A Cameron en esos momentos los ojos le brillaron y en su rostro se dibujó una preciosa sonrisa, pero...

— No puede ser, yo he tenido mis reglas... — dije mirando al médico sin entender nada.

— Ya, suele pasarles a muchas mujeres, no tiene por qué desaparecer el sangrado durante el embarazo, ocurre más de lo que imaginas, pero de que lo estás, lo estás.

El resultado salió en la prueba de orina. A continuación, nos hicieron pasar a la sala de ecografías y ya se escuchaba el latido de aquel corazoncito, Cameron no cabía en sí de gozo y yo estaba en un

shock, ni más, ni menos.

Salimos de allí y yo casi ni hablaba.

— ¿Estás bien, cariño?

— No lo sé — me eché a llorar.

— Irina ¿No te hace feliz la noticia?

— No lo sé, no me la esperaba. Estoy en shock, no sé si estoy preparada.

— Claro que lo estás y tendrás todo mi apoyo — me abrazaba intentándome arropar para transmitirme su cariño.

— Tengo mucho miedo — rompí a llorar.

— ¿Miedo a qué? Estás conmigo y os voy a proteger, nada malo os ocurrirá ni a ti, ni al bebé.

— A que no tengo a nadie, solo a ti, pero ¿y si esto se rompe? ¿Y si te enamoras de otra? Yo antes solo tenía que cuidar de mí, ahora el embarazo supone una responsabilidad añadida — tenía una llorera de esas irrefrenables.

— No digas eso, sabes que me tienes y no te voy a dejar por nada del mundo, no imaginas lo feliz que soy a tu lado.

— Me voy a volver loca, Cameron, me voy a volver loca.

Me metí en el coche, puse mi brazo en el cristal y apoyé mi cara en él, en ese momento un montón de temores más se apoderaron de mí.

Llegamos a casa y los papeles se invirtieron. Ahora era Cameron quien intentaba darme mil razones para que sonriera, pero no había forma, tenía más miedo que ilusión y un bebé se estaba formando dentro de mí. Me aterrorizaba, estaba en un estado mental de bloqueo que nunca había sentido, me molestaba hasta que Cameron me hablara ¿Podía ser más infeliz en un momento que se suponía que era de máxima felicidad?

Transcurrió el día y no hubo forma de que él me levantara el ánimo. Le pedí por favor hasta que no me agobiara, lo que le debió causar mucho dolor y tristeza, pues le costaba sonreír y lo hacía por animarme. Ciertamente que yo se lo estaba poniendo muy difícil, pero ¡Es que no contaba con eso!

Los días se convirtieron en un infierno, las semanas pasaban y no dejaba que me tocara, apenas le hablaba y él no perdía ocasión de intentar por todos los medios que yo asumiera la situación y confiara en que jamás me iba a dejar. El problema era tan sencillo como que yo estaba aterrada y mi barriga comenzaba a notarse, me costaba hasta mirarme frente al espejo.

Ya no había comunicación entre Cameron y yo. No comprendía qué me podía llevar a ese rechazo, pero es que me sentía perdida. Él intentaba tener paciencia, bueno la tenía, pero yo me ponía como loca cuando me hablaba.

El pobre se encargó incluso de preparar una preciosa habitación para el bebé, un rincón dulce e ideal, pero a mí me daba hasta cosa entrar. No aguantaba nada, no me aguantaba a mí, me estaba volviendo loca.

Sabía que él había ido a hablar con ginecólogos para pedir información acerca de mi cambio y le dijeron que sería pasajero, que no había ningún remedio más que esperar a que se pasara, que era duro por los cambios hormonales. Por lo visto, cuando a una mujer le ocurría lo que a mí, el protocolo era procurarle ayuda psicológica, a lo que yo me negaba y, si no, esperar a una solución que llegaría por sí sola. Yo no me lo creía, no quería ni estar con él y eso no podía provenir del embarazo.

Nos habíamos trasladado a Inverness, pues él quería que estuviera al lado de Evelin. Mi amiga me estaba ayudando en todo y a él también, que lo estaba pasando realmente mal.

Al quinto mes ya no aguantaba ni verlo por la casa, me sentía mal, quería estar sola y le dije que lo sentía pero que me iba. Casi se vuelve loco, lloró a lágrima viva, le prometí que no lo apartaría de la vida del niño, pero quería vivir este momento sola y con mi hijo cuando naciera.

Me dolió mucho hacerle eso, pero ¿qué podía hacer si me molestaba su sola presencia? ¿Cómo podía ser si yo lo amaba y me sentí con él la mujer más afortunada del mundo? Tenía una depresión de caballo, lo notaba y lo peor de todo es que no podía tomar más que algún remedio de herboristería.

Alquilé un apartamento encima de la tienda de Evelin. El aciago día que me trasladé a él, Cameron me ayudó en todo, pero estaba de nuevo muerto en vida. Él sentía un increíble dolor del que yo era la causante, pero ¿cómo lo remediaba? No era feliz a su lado, no comprendía cómo lo había dejado de amar, pero me costaba aguantar solo que me rozara, me producía mucho rechazo.

Evelin se convirtió en el principal puntal de mi vida. Me ayudó a preparar el dormitorio para el bebé. Yo lo compré todo, me lo quería regalar Cameron, pero no lo acepté. Él había montado uno en su casa y yo quería encargarme del mío.

Mi embarazo me producía sentimientos encontrados. Por un lado, ya estaba deseando tener a mi bebé en brazos y por otro, no quería que saliera de ahí, me daba mucho miedo enfrentarme a la realidad.

Evelin estaba en contacto con Cameron, que le preguntaba mucho por mí para no agobiarme. Con él me veía para tomar un café cada dos días y poco más, o para ir al ginecólogo.

Sus padres me llamaban a diario. Aila me decía que vivía un mal momento producto de los cambios hormonales, pero que todo pasaría. Ella deseaba verme al lado de su hijo y no comprendía que yo quisiera estar sola y empezar una vida junto a lo que venía en camino. Por supuesto Cameron tendría su lugar, era su padre y yo se lo iba a dejar cada vez que quisiera llevárselo, en mi vida le pondría un pero.

Cameron se estaba quedando muy delgado, apenas sonreía. Conmigo lo intentaba de mil maneras el poco rato que pasábamos algunos días juntos, yo me sentía mal por no amarlo, pero no quería mentirme ni fallarme.

Llegaron las Navidades y aquello fue la muerte pelada, lloré como una cría abandonada y sentí que no estaba bien conmigo misma, que no sabía ni qué hacía en el mundo y por qué no me fui al cielo con esas personas que eran mi familia ¡Me habían dejado sola!

Evelin pretendía que aquellas fechas fuera con sus padres a comer o cenar los días clave, pero no me apetecía, Cameron me lo pidió por activa y por pasiva, al igual que sus padres. Todavía peor, yo no quería ver a nadie.

En Nochebuena Cameron apareció por mi casa a las ocho de la tarde con un pavo relleno.

- Hola, no debiste...
- Irina, no te voy a dejar sola este día.
- Ya, pero — me derrumbé a llorar y me abrazó.

En ese momento sí necesitaba un abrazo de alguien. Me aferré a él con fuerza, rota por todo el dolor que me estaba provocando yo misma.

- Siempre serás la madre de mi hija — ya sabíamos que era niña y se llamaría Nuria, como mi fallecida amiga — No quiero que te sientas sola en estos días, sé que no soy la mejor de las compañías, pero al menos no estarás sola, ni el bebé tampoco.
- La niña aún no nació, está bien ahí dentro.
- Pero nos necesita...
- No te mereces estar así por mi culpa, Cameron, haz tu vida, no te preocupes por mí.
- No tienes la culpa de nada, solo quiero que estéis bien y que se te pase eso tan feo que estás sintiendo.
- No se me va a pasar...
- ¿Por qué no?
- Pues porque lo presiento y lo noto.
- Yo estuve como tú y mira, vino una española y sacó la mejor de mis sonrisas.
- Y luego te la apagó — volví a llorar.
- No, luego me regaló algo que yo le había contado que era lo único que me sacaba en aquel entonces una sonrisa, un niño. Así que con ese regalo se aseguró de que siempre tendría una razón para seguir sonriendo.
- Eres muy bueno — dije en tono triste.

— Y tú, eres una de las personas más maravillosas que he conocido. Te prometo que por verte sonreír sacrificaría toda mi vida, inclusive si apareciera otro hombre y te devolviera la felicidad, yo también sería feliz por ti, aunque me partiera el alma no ser yo el causante.

— Joder ¿De dónde sacaste ese romanticismo? — hice un intento de bromear.

— De ti y lo que causas en mí. Ven — agarró mi mano y me llevó a mi cocina — Voy a preparar la cena.

Se puso a preparar el pavo, cortándolo en rodajas y echándole una salsa que había preparado, además de ir poniendo una mesa con muchas más exquisiteces que se había ocupado de traer.

Nos sentamos a cenar y estuvimos un rato charlando sobre sus padres, el tema del embarazo lo obviamos porque me ponía muy mal hablarlo, sobre todo con él. Me daba pena porque era el padre, pero no podía remediarlo.

Esa noche se quedó conmigo hasta que me quedé dormida en el sofá.

Al día siguiente al mediodía vino a por mí y no me permitió un “no” por respuesta. Me lo pidió como un favor personal y fui hasta su casa donde me encontré a sus padres y a mi amiga Evelin. Me sorprendió verla allí diciéndome que le debía una a sus padres, ya que nunca había pasado una comida de Navidad sin ellos.

— Somos tu familia, aunque no lo creas — dijo Evelin señalándolos a todos.

— Gracias, sé que estáis...

— ¡Somos tu familia! — gritó levantando su mano como para pegarme en plan bromas.

Les di un abrazo a sus padres, a ella y también a Cameron, agradeciéndole el que se hubiera preocupado por mí. En el fondo eso me llenaba mucho, aunque yo solo quisiera vivir ahora mismo en mi mundo.

Almorcé y merendé con ellos, estuvimos charlando... Todos intentaban no agobiarme con el tema, hablar de otras cosas, hacer que estuviera cómoda...

Cameron estaba atento a que a ninguno nos faltara de nada y su rostro reflejaba tristeza. Aunque en todo momento se esforzaba por dar la mejor de sus sonrisas, se veía que lo estaba pasando muy mal y todo por mi culpa.

En los últimos meses de embarazo nos veíamos todos los días, un día para comer, otro para desayunar, otro con Evelin, pero seguía sintiendo que quería vivir una vida sola, que no me había dado la oportunidad de hacerlo nunca y que lo que amé un día hoy era todo cariño, aunque a veces me molestaba su presencia, era lo que peor llevaba y menos entendía.

Teníamos previsto que cuando naciera Nuria él se vendría los primeros días a casa a ayudarme, a la suya no. Yo allí quería ir lo menos posible, me daba muy mal rollo, es que le había cogido asco a todo.

Mi amiga tenía mucho aguante, la verdad es que estuvo todo el embarazo volcada, atenta a mí y a Cameron. Era como la vela que intentaba sujetar con fuerza el candelabro que se desestabilizaba para

Capítulo 22

¡Putra madre! ¿Había roto aguas? Ni tiempo al Nesquik que me tomé mientras llamaba a Cameron, que antes de colgar la llamada ya estaba en la puerta de mi casa con el coche.

Menos mal que yo tenía la bolsa de Nuria preparada, así que me vestí, cogí una para mí y nos fuimos directos en su coche para la clínica.

— ¿Estás bien? — preguntó en la puerta cuando aparcó.

— Cameron me lo has preguntado tres veces en menos de los cinco minutos que hemos tardado en llegar ¿Te vas a callar ya? — resoplé queriéndolo matar.

— Ya me callo — hizo el que se echaba una cremallera en la boca y yo pensaba que esperaba que fuera verdad.

Los dolores comenzaban a venir y rápidamente me pasaron a registro. A toda velocidad me llevaron a paritorio, pues parecía que Nuria tenía mucha prisa por salir.

Cameron se puso a un lado agarrando mi mano, esa que en un momento de empuje le mordí y hasta le hice sangre, pero él aguantaba como un guerrero, para eso él era un *highlander* y yo la que estaba pariendo.

Y nació Nuria en dos empujones, ¡Viva yo que no me tuvieron ni que coger puntos!

El médico me la colocó en el pecho mientras Cameron nos miraba llorando y yo sentía que estaba recibiendo en ese momento el mayor regalo del mundo. El contacto con mi hija me despertó de esa pesadilla que había vivido los últimos meses. Comencé a llorar con desgarró y se la puse en las manos a Cameron, que lloraba mirándome mientras la abrazaba y besaba.

Me pasaron a la habitación en la que tendría que permanecer dos días y nos pusieron a la niña en una cunita al lado.

Llegaron los padres de Cameron y los de Evelin con mi amiga. Nos trajeron regalos para la niña y para mí, les di a todos las gracias entre lágrimas, pidiéndoles perdón por lo que les había hecho pasar durante el embarazo. En especial al padre de mi niña, que no se merecía el desprecio con el

que lo había tratado.

Cameron me miraba como pensando si el mal estaba resuelto, pero no volvería a su lado, o si le estaba diciendo que volvía a amarlo como antes. Las lágrimas no me dejaban ni hablar y había demasiada gente animándome como para ponerme más sentimental.

Los padres de Cameron se iban a quedar en casa de su hijo unos días para ayudarnos, así que se despidieron hasta el día siguiente, como mi amiga y sus padres.

— ¿Yo también tendré que marcharme? — preguntó cuando se habían ido todos mientras cerraba la puerta.

— No, tú te jodes y te quedas aquí conmigo — se lo dije llorando a moco tendido.

— ¿Y me vas a dejar que me joda en tu piso muchos días para disfrutar de la pequeña y no perder ni un minuto de vuestro lado?

— No, no quiero.

— ¿En serio? — Se sentó en el sillón de al lado de mi cama y cogió mi mano acariciándola — ¿No quieres que esté estos días con vosotras?

— Sí, pero no en ese piso de mierda en el que no hay vida. Yo me siento bien en Fort William — decía llorando con el corazón encogido.

— ¿Quieres que nos vayamos a vivir a Fort William? — preguntó emocionado sin dejar de llorar.

— Sí, quiero ir a nuestra casa, quiero que nuestra hija sienta lo que yo sentí allí y sé que volveré a ser. Perdóname por todo, perdí la cabeza Cameron.

No se separó de mi en los dos días, sus padres le traían ropa para ducharse y cambiarse. Evelin vino al día siguiente dos veces y el último día nos fuimos a la casa de Inverness a estar dos o tres días con sus padres hasta que se fueran y nosotros nos marcháramos a Fort.

Ese mismo día Cameron fue a vaciar mi piso, inclusive el cuarto de la niña, y se encargó de entregar la llave. Sabía que yo no quería entrar ahí y menos con el bebé.

Sus padres estaban locos con Nuria, les prometimos que nos veríamos más a menudo para que disfrutaran de su nieta.

Capítulo 23

Nos despedimos de sus padres que esa mañana salían para Edimburgo y nosotros nos fuimos hacia Fort William donde comenzaríamos una nueva vida.

Cameron se mostraba feliz. En cuanto a mí, por fin me sentía relajada. Atrás quedó el daño psicológico tan grande que me provocó el embarazo, hasta pensé que ya no estaba enamorada, sin saber que él sería el amor de mi vida.

Llegué a la puerta de la casa y mientras se abría para dar paso al coche un cosquilleo y una sonrisa salieron de mí, aquello era lo que quería, lo que necesitaba, lo que nunca debía abandonar.

Tenía claro que Cameron era una persona con un corazón que no le cabía en el pecho, con un amor auténtico, un guerrero que no dio nunca por perdida su batalla, una persona que amaba a los suyos y nosotros lo éramos. Ahora sí sentía que tenía una familia, ahora estaba convencida que mi lugar en la vida estaba en las Highlands junto a él y Nuria, esa bebita que era el amor de sus papis.

La casa estaba igual que cuando la dejé. El cuarto de Nuria era una preciosidad, en blanco y tonos rosas, no le faltaba detalle, aunque su cuna estaba al lado de nuestra cama. Ahora nos tocaba unos meses aguantar a sus papis dormir con un ojo abierto y otro cerrado.

La pequeña estaba en su coche capota que íbamos moviendo por la casa, comimos en la cocina en ese primer momento solos los tres. Sentíamos que comenzábamos una nueva vida.

Nuria solo tenía seis días, Cameron y yo aún no nos habíamos besado, pero sí dormido abrazados. Él me daba mucho espacio y entendía mis tiempos, había salido de un shock muy grande.

Después de comer nos echamos en el sofá, la pequeña también había comido, así que tres o cuatro horas estaría sin gruñir.

Me tiré sobre su pecho y lo abracé, nos miramos a los ojos entre sonrisas que estaban a punto de ser lágrimas. Nos fundimos en un precioso beso que no quisimos en mucho tiempo que terminara.

Y ese beso llevó a mil caricias, pero no a nada más, él decía que necesitaba esos cuarenta días que había dicho el médico para recuperarme y que no me quería hacer daño. Yo le decía que o me

lo hacía o me iba a buscar a otro, por supuesto en broma, pero él no estaba dispuesto y en el fondo hacía bien, sabía cuidarme a la perfección.

Los días fueron pasando y a cada cual más feliz. La nuestra era una familia en toda regla, además Cameron se volcaba mucho con la niña, sus biberones, baños, levantarse por la madrugada... Un chollo, lo que yo siempre dije.

Íbamos a Inverness de vez en cuando a ver a Evelin, que había comenzado una relación con un chico policía de la ciudad y estaba loca de contenta con él, hasta sus padres lo habían acogido muy bien. No era para menos, cuando nos lo presentó vi en él una persona humilde y con muchos valores.

También visitamos a los abuelos de Nuria en Edimburgo un par de veces y ellos vinieron a Fort William en otras ocasiones. Sentían devoción por la niña, su única y adorada nieta.

Ya tenía la pequeña su cuarentena y por ende yo podía hacer con mi cuerpo lo que quisiera, así que preparé una cena de lo más romántica y Cameron sonreía sabiendo que había llegado el momento, ese del que él también tenía muchas ganas, ya que vivía de calentón en calentón.

Tras la cena nos fuimos a la habitación y yo llevaba un body que me había comprado para la ocasión. Cuando me vio con él sus ojos se volvieron láseres que apuntaban a mi cuerpo llenos de deseos.

Lo hicimos a lo guerrero, con ganas, ansias, sin medir nada, solo con la excitación que nos hacía devorarnos de mil maneras.

Jamás había visto así a Cameron, pero me encantó sentirlo de esa forma tan sensual, provocadora y desinhibida.

Desde ese momento se desató una tensión sexual que se resolvía con continuos “aquí te pillo y aquí te mato”. Eso sí, yo tomaba anticonceptivos, me negaba a vivir por el momento otro embarazo, del de Nuria me quedó de todo menos buenos recuerdos.

Estaba completamente feliz al lado de Cameron y Nuria, él al nuestro ni que decir tiene, no había día que no se desviviera en atenciones.

Capítulo 24

Era una preciosa noche de verano y Nuria tenía cuatro lustrosos meses. Era de lo más bonita y simpática, además dormía toda la noche seguida, apenas se quejaba. Eso sí, estaba siempre recibiendo muestras de cariño y atención por nuestra parte.

De modo excepcional, se quedaría con ella Evelin. Estábamos pasando unos días en Inverness y Cameron se había empeñado a toda costa en invitarme a cenar, así que mi amiga y su chico, Ian, tomaron en brazos a la pequeña. Nosotros estábamos tranquilos de que estaría de lo mejor atendida. Se la llevó a casa de sus padres y la recogeríamos por la mañana.

Salimos camino de un precioso hotel de lo más lujoso a las afueras, donde tenían un servicio de restauración impresionante y Cameron había reservado una suite.

Dejamos las cosas en ella, no había visto un hotel de aquella categoría en mi vida. La suite era preciosa y estaba llena de flores por todas partes que mi chico había encargado para mí.

En ese momento llamaron a la puerta y nos trajeron la cena. Lo colocaron todo sobre la mesa de una impresionante terraza alumbrada por unas velas grandes en unos faroles, aquello era de ensueño con esas vistas incomparables.

— Es lo más bonito que he visto jamás en hotel, aunque realmente he visto pocos — reí.

— Te mereces una noche para ti, para nosotros, para disfrutar de esto tan increíble que nos puso la vida por delante — me acercó una copa de vino y brindamos.

— No merezco nada por todo lo que te hice pasar — se me dibujó en el rostro algo de tristeza.

— No digas eso, te comprendí en todo momento, mi dolor era por verte así, confundida, yo sabía que me querías y rezaba cada noche porque volvieras a ser como antes.

— ¿Rezabas?

— Cada día — sonrió echando mi pelo detrás de la oreja.

— Y yo soy agnóstica — reí.

— Yo casi lo era, pero cuando te pasa algo así te aferras a lo que haga falta y yo me aferré a la fe.

— Lo siento mucho — lo abracé.

— No lo sientas, ya me haces el hombre más feliz del mundo y me has dado la causa de muchas más de mis sonrisas.

— Eso sí, ya veo que ella te saca más carcajadas — reí.

— Te dije que los niños eran mi debilidad, pero si encima es mía...

— Lo sé — lo besé con todas mis ganas.

Nos sentamos a cenar entre charlas, sonrisas y una paz que se palpaba en todos los rincones. En ese momento si algo tenía claro es que sentía auténtica felicidad en toda la extensión de la palabra. A pesar de que me seguían haciendo mucha falta mis padres y mi amiga Nuria, los notaba conmigo en todo momento y era una sensación que nada ni nadie me iba a arrebatarse.

Tras la cena, Cameron entró en la habitación y salió con una preciosa rosa en las manos y colgando, agarrada a ella, una cajita.

Me la dio y me dijo que la abriera.

— Estoy nerviosa — reí intentando desatarla.

— Yo también — rio.

— Pues me lo pones peor — apreté los dientes.

Cuando la abrí vi una preciosa alianza con diamantes engarzados.

— ¿Qué significa esto? — lo miré emocionado.

— Me preguntaba si te quieres casar conmigo...

— ¿¿¿Qué??? ¿¿¿En serio???

Me levanté y nos fundimos en un precioso abrazo.

— No me has contestado...

— Pero si ya me he puesto el anillo ¡Sí y mil veces sí!

— Quiero que sea pronto, muy pronto...

— ¿Cómo de pronto? Yo quiero casarme de novia con un vestido en condiciones.

— ¿Te da tiempo en dos meses?

— ¡Sí! — grité emocionada.

No me podía sentir más pletórica ¿De verdad me estaba pasando todo eso? ¿Me iba a casar con el hombre que amaba? ¡Si! Parecía que la cosa iba muy en serio.

Después de tan emocionante pedida lo hicimos un par de veces, con tranquilidad, bajo ese control que poseía sobre mi cuerpo y que tanto me hacía disfrutar.

Dormí sumida en una felicidad que no podía describir y nunca imaginé que existiera, hasta ese momento, que había llegado a mi vida como un soplo aire fresco en aquellas Tierras Altas de las que tantas historias de amor leí, ¡Y ahora yo era la protagonista de la mía!

Por la mañana desayunamos en el restaurante al aire libre del hotel. Por supuesto nos levantamos entre arrumacos que nos llevaron a otro momento sexual de lo más gratificante.

— Echo de menos a la gordita — dije mientras mordisqueaba la tostada.

— Yo también, pero necesitábamos este momento.

— Sí, además es la pedida más bonita que jamás pude imaginarme ¿En serio nos casamos?

— ¿Me ves cara de estar bromeando?

— No— reí— pero nunca la tuviste, eso es normal en ti.

— Hace mucho que me hiciste sonreír.

— Eso no tiene que ver con estar bromeando — negué.

— Me suelo tomar todo muy en serio.

— ¿No me digas? ¡No me lo creo! — le hice reír.

— Pero sabes que tengo mi punto irónico.

— Es verdad, eso también y me encanta — le cogí la mano por encima de la mesa y se la acaricié.

Sus miradas eran las que me transmitían la paz que yo necesitaba en mi vida, la seguridad, el amor, los deseos, lo eran todo. Reí pensando que, si en algún lugar estaba el paraíso, era en mi propio cuerpo.

Después de desayunar nos fuimos a por la peque, a la que bajó de lo más feliz Evelin. Casi que no me la quería devolver, pero yo ya la echaba demasiado de menos.

La invitamos a comer a nuestra casa con su pareja, pero él tenía guardia y ella un compromiso familiar con una tía, así que quedamos en vernos otro día, aunque pronto volveríamos a Fort William.

Mientras permanecemos allí aproveché para ver un par de tiendas de novias que había en la ciudad. Estaba loca por probarme mil vestidos, pero no me convenció ninguno.

Al regresar a Fort William no tardé en visitar una tienda de novias que tenía fama de ser muy exclusiva. Sentí amor a primera vista por un vestido que vi nada más entrar.

Me lo probé, iba sola, pero no me hacía falta la opinión de nadie, lo que veía me encantaba.

Casi me echo a llorar de la emoción al vérmelo puesto, estaba preciosa, me veía especial,

radiante, no podía ser otro. Iba a ser verdad eso de que hay solo un vestido para cada novia.

Era palabra de honor y luego caía en triángulo, con un broche en el centro de la cintura, una preciosidad a base de piedras Swarovski y plata vieja.

La tela era de mantilla. Escogí para el pelo una cinta que rodearía mi frente y a un lado salía una flor de la misma tela del vestido y el broche pequeño como el del cinturón.

A lo española me casaba, lo tenía claro, me había enamorado de ese vestido, hasta los zapatos me los compré allí.

Salí de la tienda con el corazón a mil y pletórica de felicidad. No podía haber dado más en el clavo, era todo lo que yo quería para ese día.

Una mañana salimos a pasear y Cameron me llevó a una joyería para que eligiera las joyas que quería lucir el gran día. Me quedé muerta, no quería que gastara mucho dinero en eso, pero insistió y salí con una magnífica gargantilla de oro blanco a juego con los pendientes, la pulsera y una sortija para la otra mano.

— No necesitaba tanto, Cameron — me agarré a su hombro que llevaba estirado manejando el carrito de la pequeña.

— No merecías menos...

— Lo que merezco ya lo tengo.

— Y a pesar de eso quiero darte lo mejor.

— ¿Y crees que no me lo das con solo ser como eres con nosotras?

— Pero eso no significa que no pueda darte caprichos. Además, será un recuerdo para toda la vida, unas joyas que podrá hasta ponerse quizás un día nuestra hija para su enlace.

— Ah no, esta no se casa, a esta la dejamos encerrada en casa— reí.

— No, ella al igual que nosotros debe encontrar su felicidad, nosotros debemos poner

nuestro granito de arena para que la alcance.

— Tienes razón, si es que eres un caramelo — volví a abrazarlo.

Nos fuimos a comer a un restaurante. Siempre buscaba la manera de que saliéramos, de que me sintiera bien, de no perder esos momentos que eran necesarios para desconectar de la casa, me tenía en una nube.

No podía creer que ya estaba todo preparado por mi parte, todo lo que luciría ese día que tantas veces había soñado de niña.

Del tema de los preparativos se encargó Cameron, los dejé en sus manos, pues era el que mejor conocía aquello y porque yo lo quería vivir todo como una sorpresa.

Dos meses y ya estaríamos dándonos el “sí, quiero”. No me lo podía creer, estaba de lo más emocionada y parecía una loca todo el tiempo sin poder parar de hablar, fantasear y soñar.

Evelin a cada momento me ponía mensajes, estaba tan nerviosa como yo y su madre me llamaba cada día, además que hacíamos videollamadas para que vieran a la pequeña.

Cameron derrochaba esfuerzos por complacernos, mimarnos y cuidarnos. Ponía mucho de su parte y todo lo veía positivo. Había sacado lo mejor de él y era una persona de esas que merecían la pena, un buen hombre con todas las letras, aparte del mejor padre del mundo con permiso del mío, que también lo era.

Yo seguía sacando ratos para escribir mi novela sobre una historia en las Highlands. Estaba muy emocionada con ella pues ahora podía contarle habiéndolo vivido y es que esas tierras eran para disfrutarlas en primera persona.

Cameron me regaló un coche que me dio mucha independencia, la verdad es que no me lo esperaba y ni se me había ocurrido, pues yo con el de él me apañaba divinamente, pero mi chico era así.

Capítulo 25

Miré por la ventana y sabía que el sol no nos iba a defraudar. Vale que estábamos en las Tierras Altas, pero el astro rey sabía lo importante que era para mí tenerlo de mi parte aquel día.

Mientras me ponía el vestido prometo que los vi. No estoy loca, me sonreían. Pude observar la cálida mano de mi padre sobre mi hombro, la sempiterna sonrisa de mi madre y el gesto de felicidad de mi amiga Nuria.

No podía frotarme los ojos porque la maquilladora, que en ese momento se estaba marchando, se hubiera tirado de los pelos, pero no me hizo falta. Los sentí a mi lado mucho más que nunca.

Cerré los ojos y disfruté de aquella maravillosa y reconfortante sensación. Por un momento me trasladé a mi casa de niña y pensé en lo que habría representado para mis padres que yo hubiera salido de allí vestida de novia.

Habíamos decidido casarnos en Inverness, el lugar en el que nos conocimos y en el que empezó a forjarse una preciosa historia de amor que aquel día íbamos a sellar ante el altar.

A falta de ser mi padre quien me llevara del brazo, Estuardo, para su enorme alegría, había sido el elegido. En cuanto a Aila, ella sería la madrina de su hijo, un puesto que le correspondía por derecho, pero además por méritos propios, porque era una gran madre y no solo para él, incluso actuaba así conmigo.

El balbuceo de la pequeña Nuria, que tenía al lado sentada en la sillita, me devolvió a la realidad. Mi hija, aquel regalo que no supe interpretar cuando llegó y que digerí con inicial amargura, se había convertido en mi auténtica locura, del mismo modo de su padre, por el que recobré el amor de antaño y lo multipliqué por mil, pues cada día lo quería más.

Mi vida transcurría feliz. Había avanzado bastante en mi novela, que por fin iba a publicar, pues una editorial había dado el visto bueno después de leer los primeros capítulos. Esa noticia me entusiasmó y poco a poco la iba llevando hacia adelante.

— Amiga, llevas un rato callada—me dijo Evelin, cogiendo a la pequeña.

— Estoy ensimismada en mis pensamientos, pero no te preocupes, que de lo más feliz.

— Y de lo más guapa también.

Nosotras estábamos en mi dormitorio. Cameron se estaba arreglando en uno de los de los invitados y su padre le estaba echando un cable con los últimos preparativos.

La que ese día estaba llamada a convertirse en mi suegra, Aila, no tardó en llegar y sus ojos se llenaron de lágrimas al verme.

— Hija, vengo de ver a Cameron, que parece un modelo y ahora te veo a ti... ¡Por favor si es que parecéis una pareja de Hollywood! —se secaba las lágrimas.

— Gracias, Aila.

Evelin acababa de ayudarme con los últimos detalles y cierto que yo me sentía radiante. El vestido me sentaba como la seda y ya ardía en deseos de encontrarme con un Cameron que había vuelto a demostrarme en esos meses hasta qué punto era un chollo, encargándose uno a uno de todos los detalles de la boda.

La pequeña Nuria me miraba sonriente y me echaba los bracitos. Parecía que estuviera al tanto de que el día que acababa de comenzar era uno de los más emocionantes de mi vida, y digo uno porque el de su nacimiento se llevó la palma.

Estuardo se acercó, me alabó y ofreció su brazo. Con paso firme y decidido le acompañé hasta la verja, donde nos esperaba el coche que habría de llevarnos al lugar elegido por Cameron para convertirnos en marido y mujer.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver al gaitero que nos acompañó hasta la puerta del automóvil, perfectamente adornado para la ocasión, con unas preciosas y elegantes flores con lazos de tela de cuadros escocesa, como no podía ser de otra manera.

Me intrigaba hasta decir basta saber el lugar en el que uniríamos nuestras vidas y disfruté como una enana de un camino de cuento de hadas en el que entendí el concepto del conocido como “Orgullo de Escocia” en toda su extensión. Y es que era lo que tenía estar en las Highlands, aquellos maravillosos parajes plagados de mitos y leyendas...

Cuando el coche se paró en la puerta de aquel majestuoso castillo sentí temblar mis piernas más que nunca en mi vida. Sin duda, Cameron se había superado y había hecho gala de ese buen gusto que le caracterizaba.

Del brazo de mi orgulloso padrino, entré en la capilla, en la que únicamente nos esperaban mi futuro marido con su madre, Evelin con sus padres e Ian, y mi pequeña Nuria, a la que mi amiga sostenía en brazos y que empezó a tocar las palmitas en un gesto muy suyo cuando me vio pasar.

No pude evitar que las lágrimas resbalaran por mis mejillas cuando mi mirada se enfrentó a la de un emocionado Cameron que estaba aquel día más guapo que nunca, ataviado con el tradicional *kilt*.

— Para comerte—solté tan pronto llegué a su altura.

— Pues si eso piensas de mí, deberías verte tú—su gesto reflejaba la tremenda ilusión de un momento irrepetible.

Cameron tomó mi mano, que apretaba con fuerza y disfrutamos de una preciosa ceremonia. El “sí, quiero” tuvo su complicación, porque en ese momento, a la que parecía que iba a ser una charlatana Nuria, le dio por comenzar a balbucear en alto y no había quien escuchara.

Evelin comenzó a pasearla y los demás a reír. El ambiente no podía ser más distendido. En nuestra ceremonia éramos realmente cuatro gatos, pero no necesitábamos más.

Salimos de allí, precedidos por un gaitero que le daba a nuestra unión el toque escocés que requería y nos hicimos una y mil fotos por los alrededores de aquel castillo de cuento que quedaría para siempre en nuestro recuerdo como el idílico escenario en el que hicimos de nuestras vidas una sola.

En la puerta, todos nos fundimos en besos y abrazos y pusimos rumbo al siguiente destino en el que pasaríamos el resto del día, celebrando lo que Cameron y yo tanto habíamos soñado.

Fue entonces cuando sentí una voz familiar en mi espalda y di un grito tremendo. No podía creer que allí estuviera mi amigo Jorge, recién llegado de Miami.

Según me contaron después, aquello tenía una explicación lógica, el chiquillo no cayó del cielo,

aunque ese capaz era. Yo en su día le había hablado a Evelin de él y se aceptaron en las redes, por lo que también hicieron amistad.

Así, cuando decidimos casarnos, mi amiga le comentó a Cameron que sería una preciosa sorpresa proponerle a Jorge que viniera. Y allí estaba. No sabía él hasta qué punto agradecía su presencia.

De lo más efusivo, me comentó que había visto la ceremonia, pero yo no lo vi porque él se quitó de la vista cuando entré y cuando salí. Tener a Jorge allí representó para mí contar con una parte de mi pasado, de mi juventud en España, de mi gente, de mi esencia, de aquella otra vida que un día dejé atrás.

Todos juntos pusimos rumbo a un precioso restaurante en el que Cameron había reservado nuestro almuerzo nupcial. Del mismo modo que en sus casas siempre observé una mezcla de lo clásico y lo moderno, él me comentó que así proyectó nuestra boda: la ceremonia en un tradicional castillo y la celebración en un moderno restaurante de lujo.

— Estás en todo y yo es que te como—reí.

— Hombre claro, para mí la tradición es fundamental, pero también soy consciente de que me estoy casando con una chica española y joven, y no quiero parecerme un carcamal—carcajeó.

Por muchas melodías que sonaran ese día, que sonaron, ninguna otra podría gustarme tanto como aquella carcajada. Bueno sí, la que le salió a nuestra hija al escuchar a su padre. Los adoraba.

La celebración fue sencillamente sublime, no tengo otra palabra para describirla. Todos juntos disfrutamos de un día en el que no faltaron las mayores exquisiteces gastronómicas, la más dulce y elaborada de todas las tartas, el alcohol y el baile. ¡Y es que hasta Cameron se animó a bailar!

Ni que decir tiene que la presencia de Jorge fue toda una revolución en ese sentido y cogió a mi ya marido y a Ian para hacer una coreografía, que dejamos plasmada en fotos y vídeos, ante el estupor de un Cameron que, pese a todo, se mostró de lo más participativo.

A aquellas alturas del partido yo ya sabía que Cameron (o sea, mi marido, ¡qué bien sonaba!), estaba dispuesto a absolutamente todo con tal de verme sonreír.

Lo último que pensé aquella noche antes de estrenar lecho nupcial fue que el que un día escogí como mi reto: mil maneras de hacer sonreír al *highlander*, era prueba superada. Lo que no sabía en aquel momento es que él cogería el relevo y se dejaría la piel en que yo también sonriera, siempre y en todo lugar.

Epílogo

— ¡Nuria! Vas a tirar a tu hermano si lo sigues balanceando tan fuerte — reí negando mientras la veía sonriente mirar a su amiga.

— Logan se ríe.

— Tu hermano se ríe aunque salga disparado, desde luego que a vuestro padre no sale — me eché a reír.

El balancín era como un columpio. Cameron lo mandó a hacer unos días antes del cumple del pequeño que ese día cumplía tres años, se llevaba cuatro con Nuria que ya había cumplido los siete.

— Me he enterado del comentario — dijo Cameron apareciendo por el porche de la cocina donde estábamos y había dejado la tarta del cumple que había ido a recoger.

— ¿Y vas a decir que eres risueño como tu hijo?

— No, pero vivo con una sonrisa permanente — me dio un beso en los labios y se sentó a mi lado con una botella de vino y dos copas.

— ¿Ya vamos a empezar a beber? — reí.

— Claro, la primera copa antes de que comiencen a llegar todos.

Logan estaba nervioso porque llegaran sus amigos, Barday y Banner, los mellizos de Evelin, que tenían un mes más que él.

Evelin se fue a vivir con Ian, su novio policía, un año después de que yo me casara y cuando ella se quedó embarazada dos años después, al mes siguiente me quedé yo de forma inesperada.

Con mi segundo embarazo fue diferente y eso que tanto Cameron como yo cuando nos enteramos nos echamos a temblar, ya que nos daba miedo que volviera ese cambio de humor y de sentimientos que enturbiaron el primero. Pero nada más allá de la realidad...

Del embarazo casi ni me enteré. Yo estaba por cumplir y todavía me tiraba al suelo a jugar con Nuria, esa que estaba loca con mi barriga y que no la dejó de besar en ningún momento esperando a su hermano, por el que hoy sentía pasión.

Cameron lo vivió con intensidad. Igual que nuestra hija, tocaba y besaba mi barriga cada vez que podía y se puso tan pesado que ya comencé a darle collejas cuando se acercaba.

Además, al estar Evelin embarazada también al mismo tiempo, las dos compartíamos muchas ilusiones y nos íbamos de compras, siempre comentábamos los síntomas y demás.

Nuria había creado un estrecho vínculo con Elsie, una compañera del colegio con la que tenía gran amistad. Se veían los fines de semana. De hecho, un día lo pasaba mi hija en casa de su amiguita y al día siguiente, las teníamos en casa a ambas. Ese día estaba ahí riendo, observando cómo Nuria le hacía perrerías a su hermano en el balancín.

Cameron me ayudaba en todo, pero a la vez se volcó mucho en sus empresas.

Yo decidí que no quería trabajar, preferí encargarme durante un tiempo de la casa y de los niños. Era muy feliz e irme a currar suponía contratar a alguien para asumir las responsabilidades que a mí me hacían sentir bien. Tiempo tendría cuando los peques crecieran.

Los padres de Cameron aparecieron al rato, venían de Edimburgo, de una misa a la que acudían todos los años, así que de allí llegaron directos para la comida del cumple de Logan, por el que sentían pasión como por Nuria.

Después llegó Evelin con los niños y su pareja.

Aquello ya era un revuelo y eso qué éramos pocos. Eso sí, en los cumpleaños de Nuria venían todas las niñas de su clase y nuestra casa se convertía en una locura. Sin embargo, el pequeño iba a empezar a ir al cole ese año, así que por ahora nos habíamos librado de semejante trasiego.

Evelin contrató una chica para la tienda cuando se quedó embarazada, pero iba tan bien que la dejó allí de forma permanente. Se dedicó también a su casa y a los mellizos, además Ian tenía un buen sueldo como policía y encima sus padres les regalaron una casa por lo que vivían desahogadamente.

Mis suegros dieron sobradas muestras de ser los mejores abuelos del mundo y encima tenían un tacto increíble. Le habían traído al pequeño el coche que había pedido de batería para la finca, pero a la vez a los mellizos, a Nuria y a su amiguita les habían traído un buen regalo a cada uno. Procuraban actuar por igual con todos los niños.

Era tan feliz que jamás imaginé que la vida fuera tan generosa conmigo, ahora tenía a mi propia familia, a gente que quería con locura y que por mí hacían cualquier cosa. Ese sentimiento de soledad que tuve un día se acabó para siempre, ahora estaba llena de amor por todas partes.

— Bueno — callé a todos los presentes cuando tenían la copa de vino en las manos — Cameron se ausentó una hora, pues ayer pasó algo y ahora tuvo que ir a resolverlo, ya llegó y va a salir por la cocina. Hay un regalo para todos, sobre todo para nosotros y es que...

En ese momento apareció con un bebé de siete meses de color, que era un caramelo de bonito y todos se quedaron locos mirándolo.

— Es nuestro tercer hijo — dijo Cameron — hemos llevado en secreto el tema de la adopción y lo hemos recogido ayer. La cuestión era que se tenía que quedar en el hospital hasta ahora por temas de pruebas y demás antes de traerlo a casa, pero ya está inscrito como nuestro hijo y ahora es vuestro nieto — dijo mirando a sus padres.

Mis hijos lo sabían y nos habían guardado el secreto, corrieron a mirar bien a su hermano, al que ya habían conocido el día anterior. Mis suegros lloraban emocionados, Evelin lo agarró y comenzó a besarlo mientras lo abrazaba.

— Lo siento, pero no lo suelto, es para darle bocaditos — decía besuqueándolo.

— Vida, deja que lo cojan sus abuelos — le decía Ian.

— Es verdad, perdón, pero es tan bonito... — se lo dio a mi suegra.

El bebé era el hijo de un compañero de trabajo y socio de Cameron, fruto de su matrimonio. Sus padres murieron en un accidente de tráfico y no tenían familia. Se encontraba con una chica que lo cuidaba cuando ocurrió la tragedia, ya que sus padres fueron a una boda y ya nunca regresaron.

Mi marido luchó contra viento y marea, pero lo consiguió. Probó el trato de años de sociedad con su padre, el vínculo existente entre ambos y en el juzgado nos dieron la razón, reconociendo la viabilidad para la adopción. Fue una lucha de casi cinco meses donde a veces veíamos luz y otra no. Todo este tiempo estuvo en un centro de acogida con asistentes.

Fuimos todos los fines de semana a verlo, pues el juez nos autorizó mientras resolvía, y estrechamos lazos con él, que tenía que ser nuestro, tenía que ser parte de nuestra familia.

El día anterior cuando nos dijeron que era favorable y que podíamos ir a por él nos dimos patadas en el culo. El caso es que en la clínica nos dijeron que lo querían revisar y hacer varias pruebas para darnos su cartilla. Lo dejamos sabiendo que estaría en las mejores manos.

Todos estaban locos con él, a la hora de la comida iba de mano en mano, no lo dejaban en el carro ni en broma. Él no cesaba de sonreír, era muy simpático y nos reconocía, por eso nunca dejamos de visitarlo.

Ahora sí estábamos llenos de felicidad, al completo, con los que queríamos, con esa familia que habíamos formado, con todas las sonrisas que nos tuvimos que sacar el uno al otro en los peores momentos, pero siempre luchando. Teníamos claro que lo nuestro era de verdad y para siempre.

